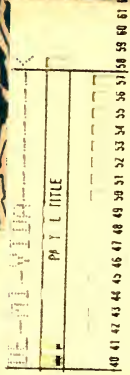
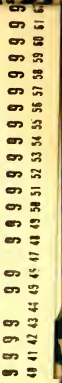
Encuadernado por
F. J. Marenales
Montevideo





THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6647
.A5
Z463

a 00001 52421 0

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
AUG 11 1998			
JUN 18 1998			

Form No. 513

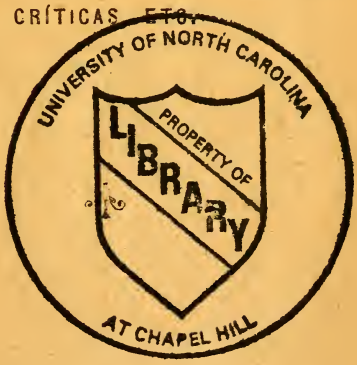
DE MI VIDA

C
ch
PQ6647
.A5
2463

EDUARDO ZAMACOIS

DE MI VIDA

RECUERDOS,
HISTORIA DE MIS LIBROS, ENSAYOS DRAMÁTICOS,
CRÍTICAS, ETC.



CASA EDITORIAL SOPENA
CALLE VALENCIA, 275 Y 277.—BARCELONA

Maucci Hermanos
PRIMERA DEL RELOX, NÚM. 1
MÉXICO

Maucci Hermanos é Hijos
CALLE DE RIVADAVIA, 1435
BUENOS AIRES

Imp. casa editorial Sopena, calle Valencia, 275-277. Barcelona

TREINTA AÑOS

Estos libros autobiográficos á que la moderna literatura es tan aficionada, aparte del inefable contento que su redacción da á quien antaño, entre lágrimas y risas los vivió y compuso, son útiles porque fuerzan al autor á replegarse en sí mismo, desandando mentalmente los caminos recorridos, revolviendo el caliente rescoldo de las pasiones extintas y de los anhelos apagados, con lo que, sin salir de sí mismo, podrá adquirir nuevos raudales de experiencia que acaso le sirvan de guía ó escudo en futuras campañas; y también porque le disculpan ante los rigores, injustos casi siempre, de la crítica y del público, recordando sus vicios, sus luchas y las circunstancias, malas ó buenas, en que su labor artística fué realizándose. Todo puede exigírsele á Flaubert, que vivía holgadamente y tardaba en escribir un libro diez ó doce años; mas no seamos tan exigentes con Balzac, que escribía para comer, dilapidando el vigor de sus portentosas facultades en cuarenta ó cincuenta volúmenes que servirán á su reputación, contra la memoria indiferente y olvidadiza de los siglos, de solidísimo cimiento ó baluarte.

Los artistas no deben tener secretos: sus almas, de las que sus obras son reflejo y traducción,

pertenecen al público: ellas objetivan lo que aquellos sienten; sus recuerdos, sus pasiones, todos los estremecimientos de su espíritu, repercuten en sus creaciones. Los artistas son actores que luchan por presentarse á las muchedumbres futuras en el escenario de la inmortalidad; escenario obscuro, todo noche y silencio, como aquel donde Fanny Kemble hizo su primer ensayo: ¿á qué, pues, disimular el génesis íntimo, personalísimo, de su labor?... En la producción artística, más que la educación metódica y el ordenado vivir de la vulgaridad, influyen la miseria y las pasiones que, como las enfermedades y los viajes, agitan y mudan las almas: la ceguera derramó sobre el maravilloso poema de Milton, colorido inmenso; el viaje á Italia robusteció la fantasía brillante de Goethe, marcando en la historia de sus libros resurrección admirable. Todo esto debe conocerse. El arte es desequilibrio, por que un verdadero artista lleva en su misma exaltación imaginativa un principio de anormalidad, y nadie podrá convencerme de que Nerón, con algo menos de potencia espinal y tal ó cual circunvolución menos dislocada, no hubiera sido, en vez de un histérico terrible, un gran poeta. Zola y Daudet nos legaron detalles deliciosos acerca de su psicología íntima; el eminente actor italiano Ernesto Rossi y el periodista Rochefort, también han publicado sus *Memorias:* ¿por qué los escultores y pintores no imitan este ejemplo? Desnudas, como gladiadores romanos, así debían presentar sus conciencias los artistas ante las muchedumbres que han de juzgarles.

«Pasamos la primera mitad de la vida—dijo Karr—soñando con la segunda, y la segunda llorando por la primera...»

Yo, que puedo hablar de todo, porque, como dicen los marinos, doblé ya el «cabo Treinta», no soy así: gracias á mis padres, mi niñez fué muy dichosa y los episodios tristes interpolados en el curso de mis primeros años juveniles, no son á nublar la historia radiante de los placeres, de las ambiciones, de las luchas, de los viajes, que pasaron dejándome en los labios la miel supereminente de su amoción. Yo bien quisiera volver á gozar vida pasiva, vida sin proyectos, como la de aquellos claros días de la infancia en que mi profesor de Historia, don Juan Pérez López, nos explicaba inútilmente á los estudiantes de entonces, por qué el dios Jano tiene dos caras. Todo esto tan bueno, pasó. Mas, ¿qué adelantaríamos rebelándonos contra lo inevitable? Muchas ilusiones, muchos amores, muchas energías perecieron en el flujo eternamente filante de las horas; no importa; y como antes soñaba con los tiempos presentes, ahora espero los futuros, administrando hábilmente los años que me quedan, dándoles cuanta variedad, comodidades, y placeres estén al alcance de mi deseo.

Nulla die sine línea, había escrito Zola sobre una de las paredes de su despacho. *Nulla die sine riso,* digo yo; los días tristes, son días inútiles. ¡Ah! Jamás me consolaré de las horas que perdí llorando...

La juventud no debe entender aquellos fatigados versos de Fray Luis de León:

> «A mí una pobrecilla
> mesa de amable paz bien abastada
> me basta; y la vajilla
> de fino oro labrada
> sea de quien la mar no teme airada.»

Procuremos ser siempre jóvenes; la juventud, que es despreocupación y fortaleza, ríe con sus

triunfos; ante sus descalabros se encoge de hombros, y cualquier chiste, consolándola repentinamente, vuelve á hacerla reir. Luchemos por la gloria, por el progreso, por la mujer, por la patria; ambicionemos cuanto haya de bueno y de alegre bajo el sol; ambicionar es vivir; sólo los muertos ni ríen ni ambicionan.

Mi resuelto propósito de ser feliz, me obliga á despreciar lo malo y á ver las cosas más pequeñas y flacas de lo que son, lo que desluce y acorta la duración de mis recuerdos. El temor de olvidarlo todo, me movió á componer este libro. Diez años antes, mi historia no hubiese cabido en cinco volúmenes: entonces cualquier detalle me impresionaba; los episodios más insignificantes me parecían acreedores á prolijas y minuciosas explicaciones, y la aventurilla más trivial me exaltaba, pues mi generosa imaginación todo lo magnificaba y enaltecía; ahora, en cambio, mucho recelo que todos mis recuerdos no basten á formar un tomo... ¿Por qué?

Porque las remembranzas están obligadas á las mismas leyes ópticas que los objetos, que menguan con las distancias. En la memoria sólo tienen validez real ó, como si dijésemos, independiente y objetiva, las primeras impresiones: siempre recordaremos el primer libro que leímos, el primer viaje, la primera borrachera, los primeros besos, la primera bofetada que dimos ó nos dierón... Después, todo mengua, las impresiones se confunden y apiñan, el espíritu, templado por la lucha, permanece impasible ante la desgracia; la experiencia asegura que en la mudanza constante del tiempo va el consuelo de las pesadumbres mayores; cualquier lance, por original y notable que sea, nos parece repetición ó aburrido trasunto de otros anteriores. Por

eso raras veces veremos que un hombre muy vivido hable entusiásticamente de sí mismo. ¿Para qué? Sus locuras son, poco más ó menos, como todas las locuras; sus amores, sus ilusiones, sus desesperanzas, sus tristezas, se parecen á los amores y á los anhelos y á los reveses y á las melancolías de todos los hombres...

Yendo por la calle, los acordes de una orquesta ambulante que ejecutaba trozos de *La Mascota,* despertaron en mí agridulce tropel de viejos recuerdos; me vi niño, paseando con mi padre por la Avenida de Neully en la noche del 14 de Julio... La voz de la pequeña orquesta languidecía en la distancia. Pensé: «Esos valses los he bailado mucho después, siendo estudiante y mozo, en noches de máscaras ó de verbena, que ya están muy lejos»...

Y queriendo revisar los años pasados, los hallé casi vacíos y como caídos en una laguna inmensa y negra; diríase que todos ellos se bañaron en las aguas del Leteo, quitándose las arrugas ponzoñosas, cortantes como espadas, de los recuerdos. Yo, que creía haber vivido bastante, apenas tengo historia: en ella sólo hallo fechas y nombres dispersos, cuadros sueltos, cabezas anegadas, como las de Greco, en un fondo de hollín, perfiles y retratos inconexos, cual eslabones de una cadena rota. Y, flotando sobre tantas imágenes, algo soñoliento, manchado con la tonalidad gris de la ceniza ó del humo. Sin duda esta es la experiencia que todo lo empequeñece ó nivela; la experiencia, polvo frío que los recuerdos, en su galope incesante hacia el ayer, dejan tras sí... Comprobé, pues, con terror, que mi espíritu va adquiriendo la sequedad inhumana de los diccionarios enciclopédicos, que abrevian entre dos renglones los sufrimientos y las alegrías de toda una his-

toria, y repentinamente tuve miedo, miedo vivísimo de llegar á viejo sin acordarme de lo que fuí; lo que será horrible, pues no tener pasado por falta de memoria, ni mañana por exceso de edad, es no existir. Entonces, aterrado ante vacuidad tan desconsoladora, dragué empeñadamente los fondos y recónditas sinuosidades de mi espíritu, alcanzando reunir los mal hilvanados recuerdos que ahora embarco en este libro, el cual, por adversa que su suerte sea y tacaño el literario valimiento de quien lo compuso, presumo durará más que yo. A los treinta años, un hombre tiene obligación de conocerlo todo: á esa edad sabemos cuánto valen los padres y lo que son los hijos; y los amigos, ¡los excelentes amigos! ya han tenido tiempo de enseñarnos á ser un poco misántropos...

Todos los poetas dedicaron un apesarado recuerdo á sus treinta años, edad fatal en que la experiencia va quitando la venda que la mocedad bravía pone sobre los ojos.

Espronceda aparece inconsolable ante un espejo:

«Así yo meditaba
en tanto me afeitaba
esta mañana mismo, lamentando
cómo mi negra cabellera riza,
seca ya, como cálida ceniza,
iba por todas partes blanqueando;
y un triste adiós mi corazón sentido
daba á mi juventud, mientras la historia
corría mi memoria
del tiempo alegre por mi mal perdido;
y un doliente gemido
mi dolor tributaba á mis cabellos,
que canos se teñían,
pensando que ya nunca volverían
hermosas manos á jugar con ellos.
¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!»

Espronceda no debió lamentarse tanto. Yo, por mi parte, no pienso quejarme; despreciemos el dolor; sólo las alegrías son interesantes y dignas de recordación; así, por lo menos, lo aconseja la higiene del espíritu. «Imitemos—decía Champfleury, —el ejemplo de los antiguos griegos, que al caer heridos en el campo de batalla, se cubrían con el escudo para no espantar ni desanimar á sus compañeros de combate con las terribles contorsiones de su agonía»...

¡Treinta años!

La juventud compró con su inocencia candorosa el derecho á levantar el telón del teatro del mundo, repleto de fingimientos seductores; la imaginación aprecia mejor sus impresiones; nuestros brazos, fortalecidos por la lucha, son ya bastante fuertes; sentémonos, pues, al festín de la vida; es la hora solemne; ¡arriba los tullidos ó los rencos de corazón!... La comedia humana está empezando...

HUMO

La historia de cada hombre es un poema tan conmovedor, por lo menos, como *La Eneida* de Virgilio: poema de amores, de esperanzas frustradas, de placeres efímeros comprados á costa de largos quebrantos y cuyo último verso queda inconcluído entre los labios fríos del protagonista. De tantas luchas sin gloria, de tantos callados tormentos, de tantas generaciones perdidas en la miseria ó en la muerte, apenas si queda un retrato, una impresión, un recuerdo...

¿Y qué es un recuerdo?

Nadie lo sabe: *algo* que guarda la memoria; pero algo indefinible que, no ocupando lugar, suele llenarnos el pensamiento; y que no pesa, que se esconde y disimula en las anfractuosidades cerebrales sin dejar vestigio de su paso, que va y viene sin que los psicólogos más zahorís sepan jamás cómo se forma ni por dónde se escurre y desvanece: es un *sér que no es*, una *afirmación* con todas las cualidades de la *negación*, pues lo reconocemos impalpable, inhallable é incoercible; es un sueño sin nombre y sin fecha, es niebla transparente, es luz crepuscular, es humo que se disipa por el espacio; es menos aún...

¡Menos, sí!

Pues eso es la historia con todos sus dramáticos detalles: recuerdos; es decir, humo...

. . . . . .

I

Mi familia.

Los hermanos de mi padre forman un conjunto churrigueresco y sorprendente. En mi familia hay de todo: marinos, héroes, cazadores de leones, gimnastas, tiples, pintores, actores, frailes, monjas, excéntricos musicales... El Diablo no lo hubiese hecho adrede mejor que lo hizo mi abuelo, engendrando en dos mujeres esta maravillosa generación de aventureros y de artistas.

Mi abuelo, Miguel Zamacois, buen historiador y geógrafo y matemático excelente, fué director del Colegio de Humanidades de Vizcaya, que compitió ventajosamente con el Real Seminario de Vergara, educando aquella juventud heroica que tan señalados servicios había de prestar á la libertad durante el segundo sitio de Bilbao.

Francisco, el mayor de mis tíos, estudió marina y llevaba realizados dos viajes á Ultramar é iba á examinarse de piloto de derrotas, cuando Zumalacárregui sitió á Bilbao. Francisco tenía entonces dieciocho años. Mi abuelo, aunque maduro ya para entrometerse en tales trotes, cogió su fusil y reclamando un puesto en las compañías de milicianos nacionales improvisadas para defensa de la plaza, peleó como bueno desde la muralla; su hijo le acompañaba; mis otros tíos, que eran muy pequeños, quedaron al cuidado de su madre y expuestos, como es consiguiente, á las bombas que lanzaba sobre Bilbao,

cual fuego del cielo, la poderosa artillería carlista.

Francisco, como Byron, era guerrero y poeta; el día lo pasaba en la trinchera, y por las noches componía con gran inspiración himnos patrióticos que luego recorrían la ciudad enardeciendo los ánimos: pronto fué popular; mi pobre abuelo adoraba en él.

A mi tío le perdió su temerario valor.

Una tarde y sin que su padre lo supiera, unióse á trescientos ó cuatrocientos jóvenes voluntarios que, protegidos por los fuegos de la plaza y por algunos pelotones de milicianos, realizaron una salida. Llegados que fueron todos á las inmediaciones de Begoña, empezó el tiroteo; las fuerzas carlistas, que eran numerosas y estaban hábilmente dirigidas, se replegaron al principio, con lo que exaltaron la fe y temerario coraje de los cristinos; pero muy luego avanzaron, copándoles completamente merced á un rápido y taimado movimiento envolvente: las fuerzas liberales comenzaron á retroceder desordenadamente, olvidando toda disciplina, esclavo cada cual del indomable instinto de conservación; el momento crítico, horriblemente sombrío del «¡sálvese quien pueda!» era llegado. Acompañado de tres ó cuatro amigos, que no pudieron ó no quisieron abandonarle, mi tío peleaba heroico contra un grupo de carlistas; el valor fanático de los mártires mantenía en pie su cuerpo, acribillado por las enemigas bayonetas; cuando gastó el último cartucho, tiró el fusil y sacó la espada. Un oficial carlista, admirando tanta bravura en mocedad tan temprana, le invitó á rendirse, prometiéndole la vida; Francisco arremetió contra él y varios soldados dispararon sobre mi tío á quemarropa; una bala, atravesándole una ingle, le derribó en tierra. En tal sazón y desesperado momento, un oficial cristino que huía á lo-

mos de su caballo de otro grupo de ginetes carlistas, pasó por el sitio donde Francisco acababa de caer herido mortalmente, y de tal modo, que mi tío pudo agarrarse á la cola del caballo fugitivo. Sobre las cerdas de aquella cola sus dedos crispados por la agonía se apretaron con sobrehumana fuerza, permitiéndole resistir una carrera inaudita, durante la cual el destrozado cuerpo, perdido ya todo conocimiento, botaba y rebotaba inerte sobre las piedras y recuestos del camino. Así volvió Francisco á Bilbao, donde murió pocas horas después, traspasando el corazón de su padre con un dolor del que mi santo abuelo no pudo consolarse nunca.

Y llego á la peregrina segunda parte de este novelesco episodio.

Habían pasado muchos años, más de doce ó quince... cuando mi abuelo, que continuaba dirigiendo el Colegio de Humanidades, recibió la visita de un viejecito que iba á ofrecerle sus servicios como profesor de dibujo. Don Miguel dijo que, por aquel momento, no le necesitaba. Después hablaron de los antiguos tiempos y de las calamidades innúmeras que las discordias civiles acarrean.

—Yo fuí oficial carlista—dijo el viejo.

—Yo, liberal—repuso mi abuelo.

Esta escena ocurría en el despacho de don Miguel: una habitación rectangular, estrecha y muy larga, con paredes enyesadas cubiertas de atlas geográficos y que mi padre me ha descrito muchas veces. Don Miguel ocupaba un sillón, delante de su mesa de trabajo: su interlocutor mientras hablaba, iba y venía caminando lentamente, los brazos cruzados á la espalda. De repente sus ojos de pintor advirtieron una figura trazada rápidamente al carbón sobre la pared: aquella silueta de vigorosa

y genial gallardía, acusaba la mano de un maestro.

—¿Quién ha pintado esto?—preguntó.

—Un hijo mío...

Mi abuelo refirió los méritos de Francisco, el más amado de sus hijos, y los horribles detalles de su muerte: citó fechas, allegó pormenores, puntualizó minuciosamente el lugar donde el combate se verificó...

—Recuerdo perfectamente á ese joven heroico—exclamó palideciendo el ex jefe carlista;—yo mandaba á los soldados que, no pudiendo apresarle, dispararon sobre él...

Este episodio me lo ha referido mi padre y va aquí sin enmiendas, raspaduras ni impertinentes exornos. Reconozcamos que el Destino suele burlarse de los componedores más célebres de fábulas novelescas, hilvanando de cuando en cuando y como para escarmiento de todo lo ordenado y verosímil, estos maravillosos folletines.

El segundo de mis tíos fué Niceto, á quien su padre envió á México colocado en el escritorio de una casa de comercio. Pero Niceto, que se aburría con el *Diario* y el *Mayor,* procuraba endulzar las horas discurriendo versos y cuentos para los periódicos. Vivió y murió en México, cuya historia escribió: compuso también gran número de novelas y zarzuelas, y fué autor de jugosa y abundante vena cómica.

Mi abuelo que, habiendo luchado mucho por la vida, tenía motivos para conocerla bien, quería que todos sus hijos, terminados los estudios del bachillerato, aprendiesen un oficio: según él, las carreras aprovechan de muy poco; el hombre, en cambio, que tiene una profesión manual y honrada conducta, no corre riesgo de morirse de ham-

bre en ninguna parte. Pero estas prudentes cábalas fracasaron contra el temperamento aventurero y bohemio de sus hijos. Muchas veces me he preguntado si mi abuelo, que fué gran aficionado al estudio de la geografía y de la historia, legaría á sus descendientes, por uno de esos raros caprichos de la herencia que nadie sabe, esa afición á las aventuras y á los viajes de que todos dieron más tarde original y copioso testimonio.

A mi tío Miguel le envió su padre á Burdeos para que aprendiese el oficio de sastre: pero Miguel, en vez de aficionarse al manejo de las tijeras y del metro, dedicóse á tocar el violín por los teatros y á pintar caricaturas, de modo que cuando tres años después regresó á Bilbao, aun no sabía ni coser un botón... Mi abuelo, justamente indignado contra aquello que su recto y severo juicio de profesor de matemáticas, calificaba de inutilidad y desgobierno, expulsó de su casa al fracasado sastre. Marchóse Miguel á México en compañía de un francés con quien, según dijo haciendo votos de formal arrepentimiento, pensaba establecerse; pero no bien pisó el continente americano, quiso ser militar, y como era buen matemático y hábil dibujante, logró que el presidente mexicano Santana, le nombrase teniente de artillería. Muy pronto comenzó á levantarle la suerte, y en uno de los innumerables motines que por entonces conturbaban aquella república, descubrió y pudo contener él solo, revólver en mano, la sublevación del cuartel donde estaba de guardia, cuando ya los amotinados se disponían á lanzarse sobre el general que llegaba á pasarles revista. Esta hombrada le valió el grado de capitán. Transcurrieron bastantes años sin que Miguel escribiese á su padre ni nadie supiese de él, y ya todos

sus hermanos le daban por muerto, cuando un periódico de Londres publicó la hazaña del capitán Zamacois, que en la India Inglesa había matado, por apuesta, dos leones, luchando contra ellos cuerpo á cuerpo y en campo raso...

Es la última noticia que mi padre ha sabido de este Zamacois, excéntrico y heroico como un personaje de Mayne Reid.

El ilustre poeta y académico don Manuel del Palacio, me decía una tarde en el saloncillo de la Comedia:

—No he conocido otra familia más inverosímil que la de usted; á ustedes van unidos el arte y la fortuna, y la empresa donde uno de vosotros intervenga, es salva.

Después, con ese desenfado seductor con que Palacio sabe decirlo todo, prosiguió:

—Había regatas en la bahía de Santander. Uno de los amigos que me acompañaban, exclamó: —«Mira: allí, en aquella lancha, va Zamacois.» Yo, sin saber á cuál de ellos aludía, repuse inmediatamente y sin vacilar: «Pues, esa gana.» Y así fué.»

Llego, con esto, á citar los nombres de las dos ramas más populares y sobresalientes de mi familia.

Eduardo nació en Bilbao, en 1842; su padre pretendió hacer de él un buen sombrerero, pero mi tío quiso ser pintor y mi abuelo, cansado de pelear con tantos y tan ingobernables hijos, transigió sin lucha. Eduardo estudió en Madrid con Madrazo, luego trasladóse á París, donde trabajó bajo la dirección del gran Meissonier, y cuando empezó á ganar algún dinero, llevóse consigo á mi abuelo que ya estaba viejo y muy quebrantado y deshecho por cuarenta años de incesantes combates. Casó en

París, y su mujer, sus hijos y mi abuelo, le sirvieron de modelo para muchos cuadros.

Eduardo concurrió á las Exposiciones de Madrid, desde 1860 á 1866, presentando, entre otros lienzos de mérito relevante, los titulados: *La desesperación, Un violinista, Una visita, Oficiales de guardia, Ultimos momentos de Cervantes* y *La primera espada*. El cuadro *Los limosneros,* fué adquirido por el gobierno para el Museo del Prado. Más adelante, cuando el gobierno francés le había otorgado la Cruz de la Legión de Honor, entre otros títulos y preeminencias, pintó *Contribuciones indirectas, Bufones del siglo XVI, La botella de champagne, El refectorio de los Trinitarios en Roma, La vuelta al convento, Revelación, Jaque á la reina* y *La educación de un príncipe*, lienzo volteriano, premiado en la Exposición Universal de París con medalla de oro.

Mi tío Eduardo poseyó, mejor que nadie, el espíritu de lo cómico: en la expresión de este sentimiento tan complejo, no creo haya ningún pintor antiguo ni moderno que le aventaje, ni aún el mismo Van-Dyck. Eduardo tenía la intuición suprema de la burla y de la risa, y, sin descender á la dislocación de la retorcida caricatura, sus figuras mueven á reir mejor y con regocijo más duradero y discreto, que los geniales adefesios de Caran-Dach. Sus mujeres son hermosas; sus caballeros, jarifos y elegantes; la nariz, los ojos, la boca, todo está sujeto en aquellos semblantes á las rígidas leyes de la belleza, que es proporción y armonía; y, no obstante, todas sus creaciones sarcásticas ó ingenuamente alegres, ríen con júbilo franco ó hipócrita, pero tan real y contagioso, que muy pronto trasciende al espectador.

En *Contribuciones indirectas,* hay un fraile bebiendo chocolate; la familia que le ha obsequiado le rodea cariñosa y solícita, deseando que el chocolate le parezca bueno, que le haga excelente provecho, que no le queme los labios... El religioso, con el rostro casi borrado bajo la sombra de la capucha y los ojos puestos en la taza que su mano izquierda sostiene, parece burlarse, allá para su sayal de pardo paño, de cuantos le rodean. No obstante, su boca, es una boca triste, desengañada, acostumbrada á orar por los pecadores irredentos. ¿Qué puso, pues, el artista en la expresión de aquel semblante? ¿Qué risueño temblor roza aquellos carrillos grandes y fofos?... No sé, no podría decirlo; pero tampoco cabe dudar que aquel fraile está reventando de risa.

En *La educación de un príncipe,* este sentimiento de hilaridad tiene mayor alcance. La escena ocurre en un salón palaciego. El príncipe está echado pecho abajo sobre una alfombra, divirtiéndose en derribar soldaditos de plomo; un viejo general, á quien el reúma y otros seniles alifafes apenas permiten tenerse en pie, juega con el niño; varios nobles rodean al augusto infante sonrientes y amables, como celebrando la fina puntería y gran instinto bélico del príncipe: sus rostros afeitados ríen á carcajadas despreciativamente, pero por dentro, con hilaridad solapada que apenas distiende sus labios: se ríen del pobre general que, al agacharse para levantar á los soldaditos derribados, pierde un guante; sus cejas, entretanto, expresan cansancio y todos parecen preocupados de lo que, viéndoles tan bondadosos y aniñados, pensará de ellos el rey, que aparece al fondo discutiendo con su confesor. La risa de este cuadro es triste; risa servil, de lacayos ó de

ineptos, que trae á la memoria los infortunios y desmembraciones nacionales...

¿Y qué diré de *La vuelta al convento?*... Un burro que va cargado de aves de corral, quesos, jamones, frutas y otras vituallas, se resiste á entrar en la cuadra del monasterio; el fraile que lo conduce, enfurecido, le tira del ronzal con todas sus fuerzas, trabándose entre ambos y sobre la nieve, una descomunal y ridícula pelea: toda la comunidad ríe, presenciando la escena: un fraile viejo, grueso y alto, ríe serenamente; su expresión es bonachona y dulce como la del abuelo jugando con el nieto sentado sobre sus rodillas; otro fraile ríe á carcajadas, metiéndose los puños por los hijares; su boca llena su rostro: los demás religiosos ríen en distintos tonos y atacando diversas vocales. Nada más sugestivo que aquellas risas; es un cuadro que se oye; el observador, vencido por tanto júbilo, ríe también.

Los cuadros *El guarda campestre* y *Los dos confesores,* los compró los Estados Unidos. Eduardo murió á los treinta y dos años, y sus lienzos, *El fraile componiendo su peluca, Mientras llueva* y *Un confesonario,* presentados mucho después de su muerte, en la Exposición de París de 1878, merecieron que el gobierno francés otorgase un nuevo diploma á su memoria.

Ricardo, el actor, nació en 1850, y á los doce años comenzó á publicar fábulas y otras poesías muy notables en *El Eco Hispano-Americano,* revista ilustrada de París. Ricardo vivía allí con su padre y Eduardo. La muerte de mi abuelo interrumpió las estudios literarios del que poco después había de ser actor meritísimo, y entonces Ricardo fué á Madrid, matriculándose en la Escuela

de Declamación. Ricardo trabajó por primera vez en público el año 1870 y en el teatro de la Zarzuela, que entonces dirigía don Francisco Salas; luego estuvo en Variedades y en Eslava, y más tarde en la Comedia, con Emilio Mario.

El excelente actor Ricardo Manso, y Mariano de Cavia, me han hablado repetidas veces de Ricardo, celebrando su labor artística, su vasta ilustración y sus chistes, muchos de los cuales han llegado á ser populares como los de Inza y Roberto Robert.

—Cuando había que oir á Ricardo—dice el veterano Mariano Vallejo—era en su cuarto del teatro, un poco excitado por el vino y entre amigos que, mordiéndole el amor propio, le revolviesen la bilis. Entonces el torrente de sus donaires se desataba: proponía charadas jugando con las palabras últimamente pronunciadas, resolvía acertijos, improvisaba versos... ¡Era inimitable!

Una tarde estaba Ricardo en el café Inglés con varios amigos. Un pedigüeño, conocido de todos, le abordó.

—Hola, Ricardo—dijo,—¿tienes un duro ahí?

—Aquí, no.

—¡Caramba, qué contrariedad!... ¿Y en casa?

—En casa, todos bien....gracias...

También recuerdo esta otra anécdota.

Después de una alegre noche, Julián Romea y mi tío, atravesaban cogidos del brazo la Puerta del Sol; aun era muy temprano; á la entrada de la calle Montera había una expendeduría de buñuelos; Romea compró diez céntimos de éstos, ensartados en un junco y Ricardo comenzó á lamerlos, hincándose de rodillas devotamente delante de su amigo. Claro es que esta genialidad llamó la atención de los transeuntes, y muy pronto formóse

alrededor de los actores un numeroso grupo compuesto de cocheros, bohemios, vendedores ambulantes y demás tipos que pululan de madrugada por las calles de la villa y corte. También acudieron varios guardias, uno de los cuales quiso detener á Ricardo.

—Yo no voy á la delegación—decía mi tío,—ni quiero ir, ni puedo ir. ¿No comprende usted que me conoce mucha gente?

El guardia se encogía de hombros.

—Nada me importan esas historias—gritaba, —yo no le conozco á usted, y por tanto...

Cuando mayor iba siendo el escándalo, uno de los granujillas vendedores de periódicos que allí había, exclamó, dirigiéndose á un compañero:

—¡Anda!... ¡Pues es Ricardo Zamacois!...

A lo que mi tío repuso muy comedidamente y con una entonación cómica, que le valió de los espectadores un aplauso cerrado:

—¿Lo oye usted, señor guardia? ¿Ve usted cómo yo no miento? El señor, que es comerciante, me conoce y me fía.

Yo me hallaba en Sevilla, cursando el cuarto año de bachillerato, cuando los periódicos dijeron que Ricardo Zamacois había muerto. Aquella escena persistirá siempre en mi memoria, porque fué entonces la primera vez que he visto llorar á mi padre. Habíamos terminado de cenar; yo, acodado sobre la mesa del comedor, estudiaba las lecciones del día siguiente, sujetando entre mis manos mi frente cargada de sueño; mi padre, sentado delante de mí, leía *El Imparcial*. De pronto arrojó el periódico y se levantó, desapareciendo en un dormitorio contiguo; iba llorando; mi madre corrió tras él. Esto ocurrió en la noche del 19 de Febrero de 1888. Yo permanecí turulato, sin saber moverme

ni qué pensar; después reapareció mi madre, que se acercó diciéndome en voz baja:

—«Ve adonde está el pobre papá y dale muchos besos; el pobrecito está muy triste; tu tío Ricardo ha muerto...»

Ricardo murió en Barcelona, y nada diré del terrible motivo que le empujó á la locura y al suicidio. Ricardo murió de vergüenza. Es una enfermedad rara que sólo padecen los hombres de honor.

Mi padre también me ha citado anécdotas interesantes de sus hermanos Federico, que murió en Madrid; de Adolfo, establecido en Bilbao, desde hace muchos años, y de Elisa, que tanto brilló en los buenos tiempos de nuestra zarzuela.

Mis tíos Antonio y Leonardo murieron demasiado jóvenes y no tienen biografía. Leonardo prometía muchísimo; yo he visto caricaturas suyas admirables. Mi padre residía en Cuba cuando recibió una carta de Eduardo, fechada en París, que le anunciaba la visita de Leonardo: «Ahí va ese; aquí no estudia ni puedo hacer carrera de él, y lo siento, porque quizá sea el que más vale de todos nosotros, que no es poco decir.»

De Pantaleón, mi padre, hablaré más adelante, cuando hable de mí, pues de tal modo van ligadas nuestras historias durante los veintidós primeros años de mi vida, que sería imposible separarlas. Aquí sólo copiaré un trozo de la carta con que mi padre contestó á la que yo ha tiempo le escribí pidiéndole noticias biográficas suyas.

«Salí de Bilbao—dice—á los dieciocho años por no querer aprender el oficio de cuchillero á que mi padre quiso dedicarme, y embarqué para América, teniendo, en justo castigo á mi desobediencia, que costearme el pasaje y cuantos gastos me acometie-

ron después, que fueron muchos. Yo sabía de todo un poco, pero á lo que más me dediqué fué al estudio del piano y de la pintura; también estudié comercio y los idiomas inglés y francés. Con estas débiles armas y provisto de excelentes cartas de recomendación, llegué á la Habana, pero no me presenté á nadie, porque allí encontré á mi primo Juan Urrutia, que había llegado de Guatemala, y éste me decidió fácilmente á marcharme con él á Centro América. Así lo hice y no bien desembarqué en aquel país seductor, en vez de aceptar las magníficas proposiciones que el dueño de una respetable casa comercial me hizo, me dediqué á dar lecciones de piano, pues esta ocupación y modo de vivir armonizaban mejor con mi carácter independiente y vagabundo. También estuve en Costa-Rica, y nunca he olvidado ni olvidaré jamás, la cariñosa acogida y noble hospitalidad que me dispensaron aquellos países patriarcales, cuyos hijos son más españoles que los que nacimos en España.

»No puedes figurarte, hijo mío, las pruebas de deferencia, consideración y cariño que en aquella excelente sociedad recibí. Fuí ingrato, lo confieso, marchándome de allí, pero mi complexión bohemia me expulsaba de todas partes, empujándome continuamente hacia lo desconocido.

»Poco después me escribió mi padre, rogándome que volviese á su lado: así debí hacerlo, pero en el camino conocí á un famoso cantante y aventurero inglés, cuyo nombre he olvidado, y juntos fuimos á la América del Sur, llegando al Callao y á Lima. Por no pecar de prolijo omitiré detalles, y sólo diré que de allí salí con varios artistas de una compañía de ópera italiana que, terminados sus compromisos en Lima, regresaban á la Habana.»

Mi buen abuelo, que tan práctico y ordenado fué en sus pensamientos y costumbres, á vivir, seguramente hubiese cosechado en sus nietos disgustos análogos á los que de sus hijos recibió. Mi familia sigue rindiendo á las aventuras y á las bellas artes, culto fervoroso. En París vive Miguel, hijo de Eduardo, el pintor, que es redactor de *Le Gaulois* y caricaturista muy notable; y no ha mucho trabajaron en el Circo-Price, de Madrid, dos primos míos, excéntricos musicales de los más sobresalientes que he visto ni oído.

¿Y yo?...

Yo, que como mi padre, desfallezco de melancolía en la uniformidad de lo reglamentado y del aislamiento, también adoro el arte y me extasío mirando, desde la ventana de mi cuarto, á las golondrinas que se van...

II

Mi niñez.

Algo desequilibrado ó inconcluído advierto en mi cerebro; es un deseo punzante, anodino, sin motivo concreto ni orientación fija. No puedo estar solo ó inactivo sin ser preso de horrible melancolía; es una tristeza superior á todo discurso, aplanadora, invencible, que rinde y pisotea mi ánimo. Para estar contento, necesito la preocupación poderosa del placer ó del trabajo; cuando uno de estos dos elementos devoradores de la vida me falta, me zumban los oídos y parece que algo vibra dolorosamente y se rompe bajo mi cráneo.

Las impresiones que guardo de mi primera niñez, son borrosas y escasas. Recuerdo algo, muy poco, del cortijo donde nací; de *León*, un viejo mastín que

se dejaba pegar y montar por mí sin irritarse, y de sus hijos *Nelson* y *Príamo;* pero ni con el almirante inglés ni con el rey troyano, hijos esta vez, por raros caprichos de la suerte, del mismo padre, me dejaban jugar, temiendo sin duda algún desaguisasado. También me acuerdo, aunque sin rencor, de los gansos, mis mortales enemigos, los cuales, viéndome solo y tan chiquitín, me perseguían por la huerta amenazándome con sus picos sonrosados, atronándome los oídos y poniendo miedo cerval en mi corazón con sus graznidos irreverentes: yo algunas veces escapaba como hoja que el viento se lleva, pero otras me revolvía corajoso contra mis enemigos, muchos de los cuales, dicho sea de paso y en mi honor, eran más altos que yo, defendiéndome heroicamente y dispersándoles bajo una lluvia de piedras.

Los viajes dejan vacíos enormes en la hilación de mis recuerdos. Evoco confusamente mis excursiones por las calles de Santander y de Bruselas: la capital de Bélgica, dormida bajo las nieves del terrible invierno de 1876, aparece en mi memoria como una mancha blanca, sobre la que las chimeneas humeantes pintan desgarrones obscuros. Más tarde y estas son escenas que recompongo con bastante exactitud, me veo corriendo por los *boulevares* de París detrás de un aro, curioseando los rincones del bosque de Bolonia, y dando vueltas al Jardín de Plantas montado sobre un elefante ó metido entre las jorobas de un dromedario ó en un ligero cochecillo arrastrado por un avestruz. Esta época contiene ciertos episodios á los que no puedo abstenerme de consagrar algunas líneas.

Mi familia había alquilado en la calle Jacques-Dulud, del barrio Neully, un lindo hotelito de dos pisos con jardín, huerta y otras comodidades. Mi

padre, no quiriendo que yo concurriese á las escuelas de primera enseñanza donde, generalmente, mejor se aprende lo malo que lo útil, quiso enseñarme por sí mismo los conocimientos rudimentarios ó preliminares, de mi futura ilustración. Al efecto procuróse algunos libros y armándose de paciencia, de la que siempre estuvo muy sobrado, acometió la difícil tarea de revelarme las primeras nociones de gramática castellana y de aritmética, un poquito de geografía y dibujo y algo también de historia natural. Conviene advertir que mi padre no es un hombre, sino un santo, y sólo así comprendo que no desistiera de su noble empresa. Todas las mañanas, encerrado conmigo en su despacho, comenzaba á leer y releer en voz alta las lecciones del día, seguro de que algo habría de quedárseme en el distraído y atolondrado magín; yo me sentaba á sus pies, sobre la alfombra, y mientras él se desalivaba repitiendo las propiedades físicas de los cuerpos ó nombrando los huesos del esqueleto, yo disponía mis escuadrones de soldados de plomo, disparaba cañoncitos cargados con cañamones ó construía barcos de madera que inmediatamente echaba á navegar en un barreño lleno de agua; de cuando en cuando y como la conciencia me reprochase mi desaplicación y poco juicio, levantaba la cabeza fingiendo prestar atención tenaz á lo que mi padre leía, con lo que éste, en su inagotable bondad, se daba por satisfecho y pagado.

La clase de geografía, por lo que luego diré, era más de mi agrado.

Como carecíamos de esfera armilar, mi padre se valía, para explicarme la dirección de los círculos celestes, de una naranja, alrededor de la cual trazaba líneas imaginarias con el dedo.

—Mira—decía:—estos son los paralelos de latitud; los círculos máximos que cruzan por los polos se llaman meridianos, y reciben tal nombre, porque cuando el sol pasa sobre ellos, es mediodía para cuantos pueblos tienen debajo; los españoles nos guiamos por el meridiano de San Fernando, los franceses por el de París, etc. Esta línea representa el ecuador que divide á la tierra en los hemisferios, Norte y Sur; vé los trópicos de Cáncer y de Capricornio; aquí tienes la elíptica, círculo máximo que corta oblicuamente al ecuador, formando con él un ángulo de veintitrés grados y medio... Fíjate bien: nuestro planeta tiene tres clases de movimientos: de rotación sobre su eje, de traslación y de balanceo. ¡A ver, cómo lo dices!...

Aunque estas nociones son conceptuosas y obscuras para la mayor parte de los niños, yo me las asimilaba fácilmente, y cuando sabía á mi padre satisfecho de mis acordadas respuestas y buen entendimiento, me abrazaba á su cuello, gritando:

—¡Papá!... ¡Basta de geografía! ¡Vamos á comernos el mundo!...

Por la noche, después de cenar, mi padre nos leía á mi madre y á mí, novelas de Julio Verne. Estos libros me inspiraron afición desmedida á los viajes, cacerías y toda laya de aventuras maravillosas; y tan grande fué esta manía, que en cuantos ratos de ocio me dejaban la construcción de mis barcos y el estudio del piano, me dediqué á escribir novelas geográficas que mi padre, por seguirme el humor y tenerme ocupado en aquel provechoso y callado entretenimiento, prometió publicar tan pronto como las juzgase bien terminadas y corregidas. ¿Qué más?... Hasta llegué á fabricar, contra las tapias del parque, una choza dentro de la cual pasaba mu-

chas horas evocando los pintorescos desatinos que últimamente hubiese leído, ó escribiendo las impresiones de mis viajes imaginarios; para lo cual suponía que el jardín era un islote deshabitado, y los conejos fieras terribles dispuestas á lanzarse sobre mí y devorarme, y yo un Robinsón de pies á cabeza. Otras veces imaginaba que el hotel era un barco combatido por el más desatado huracán de entretópicos; ¡y allí eran mis apuros y el recurrir á todos mis dotes de valor, serenidad y pericia!... Era preciso cerrar las escotillas, torcer á barlovento, cortar el mesana, aferrar velas, subir al castillo de proa, achicar el agua de las bodegas, apercibir los botes de salvamento... Y para cumplir tantas maniobras subía al piso primero y luego á las boardillas, agarrándome al pasamanos de la escalera cual si realmente trepase por movibles escalas de cuerda; dando gritos, derribando muebles, abriendo las puertas de los desvanes á martillazos y formando, en suma, el mayor estrépito imaginable; el hotel retemblaba sobre sus cimientos con una especie de trueno horrísimo. Después bajaba á los sótanos tambaleándome, pues mi ilusión era tan fuerte y tan real el aturdimiento que aquélla ensoberbecida bataola me producía, que á ratos creía hallarme en un verdadero buque, y allí continuaba el terrible tragín hasta que, rendido de cansancio, me quedaba dormido, los brazos en cruz, sobre el primer peldaño de la escalera.

Por aquella época mi madre cayó gravemente enferma, y como mi padre tuvo que dedicarse á cuidarla, la administración de la casa quedó á cargo de una sirviente bretona, coja y borracha, por más señas. Las raterías de aquella mujer fueron tantas, que mi familia llegó á saberlas. Era, pues, necesa-

rio despedirla, en cuyo caso no exponíamos á caer en manos de otra peor, ó ejercer sobre ella una inspección severa que reprimiese sus rapiñas; mas si lo primero era peligroso, lo segundo parecía imposible, dado el poco tacto que los hombres tienen para el manejo de una casa, la diferencia de idiomas y la delicada salud de mi madre. El único que, por sobradamente entrometido y desocupado, podía fiscalizar de cerca cuantos gastos se hiciesen, era yo; y mi padre, comprendiéndolo así, me propuso solemnemente para el cargo de *mayordomo*. La idea me encantó, pues recordaba que en las novelas de Verne siempre hay un mayordomo, especie de ángel tutelar que aplaca la sed y llena el estómago de los viajeros. ¡Desempeñar yo cargo tan importante, tener derecho á examinar cuanto, cocinas adentro, sucediese y á reñir con la criada, inspeccionar los alimentos que luego serían servidos á la mesa, conocer el precio de todos y guardar las llaves de la despensa, era la omega ó el cenit de mis aspiraciones!...

Empecé cumpliendo mis deberes heroicamente. En cuanto la bretona volvía del mercado me encerraba con ella en el comedor, asediándola á preguntas, regateándola el céntimo, aburriéndola: los tomates eran muy caros, aquella carne no podía comerse, las patatas estaban heladas. ¿Pero cómo gastaba el dinero en porquerías tales? ¿Y la vuelta? ¿Qué había hecho de los francos que faltaban?...

Siempre concluíamos riñendo, insultándonos desvergonzadamente. Convencida de que por el áspero camino de las amenazas no vencería mi varonil fortaleza, procuró sobornarme regalándome dulces y frutas: pero yo era un mayordomo incorruptible, y aunque aceptaba estos obsequios, en llegando el

momento de ajustar cuentas no tenía piedad. Muchas veces la taimada mujer me pidió humildemente un poco de aceite, un trozo de queso ó una cucharada de manteca...

—¡Aceite... manteca!—repetía yo con enfurecidas voces;—¿y para qué quiere usted eso?

—Para la sopa... para la carne...—balbuceaba.

—No hay, no hace falta... ¡Vaya usted noramala!

Entonces procuraba quitarme las llaves de la despensa á viva fuerza, yo me resistía y más de una vez cambiamos bulliciosas puñadas: no obstante quedar yo siempre vencedor, ella descubrió el secreto de vencerme y rendirme á discreción.

A pesar de no comprender yo aun las relaciones que median entre personas de sexo distinto, sentía, manoseando las robustas caderas de la bretona, una suave y gustosa impresión; y como la pícara se percatase de mi afición, explotó en su provecho aquel indefinido sentimiento que á pesar de su fealdad y de su cojera me inspiraba: con lo que el mayordomo intachable que no se había rendido á los halagos del paladar, fué esclavizado por la misteriosa atracción de aquellos. El trato quedó hecho: cada libra de pan ó de queso, ó cada medio kilo de aceite, costaría una lucha á brazo partido: la bretona, maravillada de obtener mi protección á tan poco coste, accedió inmediatamente á mis deseos, y yo, ¡oh poder de las faldas! olvidé mi deber y mis llaves. Cuando mi madre se admiraba de que tal ó cual artículo se hubiese concluído aquel mes demasiado pronto, yo me encogía de hombros impertérrito, con la reposada indiferencia del héroe que ha cumplido con su deber.

El desenlace de esta odiosa trama no se dejó esperar.

En aquella época mi padre y yo andábamos siempre juntos.

Una tarde en que la bretona y yo rodábamos por el suelo, azotándola yo á camisa alzada y riendo ella como si la hiciesen cosquillas, abrióse de golpe la puerta del comedor y apareció mi padre, y fué su entrada tan brusca que no hubo disimulo ni fingimiento posible; ella acudió á bajarse las faldas y yo me puse rojo: la despensa estaba abierta, el queso partido, la botella del aceite sobre la mesa; ¡todo me acusaba!... Las cejas graves y bondadosas de mi padre se fruncieron; yo temblé: luego he sabido que adoptó aquella expresión severa por no reir Sus labios sólo se abrieron para exclamar:

—¡Valiente mayordomo!...

Frase en la cual adiviné mi cesantía, como sucedió, pues la bretona fué despedida y yo perdí, con las llaves de la despensa, el derecho á entrar en la cocina y entenderme con la nueva sirviente, quien recibió, acerca de cómo debía tratarme, severas instrucciones. Entonces tendría yo ocho ó nueve años.

Mis estudios de segunda enseñanza los cursé en Sevilla, pueblo seductor que grabó en mi alma, á despecho de los viajes y de las frías latitudes donde luego he vivido, el culto idolátrico de la luz y del sol.

Mi familia, cansada de bregar con cocineras, criados y demás enemigos turbadores de la paz interior, alquiló tres habitaciones en una casa de huéspedes de la calle Amor de Dios.

Jamás he conocido otra hospedería como aquella.

Cuando nosotros llegamos sólo había de huésped un tal Pepe Escriu, joven muy simpático á quien las teorías espiritistas tenían medio roído el juicio, varios actores de una compañía de zarzuela que actuaba en el teatro Cervantes y dos estudiantes de

farmacia: más tarde llegaron don Enrique Córdoba, empleado en ferrocarriles, un sordo cuyo nombre y profesión nunca supimos, hombre excéntrico y muy grave, que se complacía en recorrer la casa vestido de volatinero; varios tahures organizadores de una timba que, durante algunos meses, trabajó todas las noches; las hermanas Parralas, astros radiosos, por aquella época, de los cafés cantantes; un tenor italiano y otros tipos que, por diversos motivos, cooperaban deliciosamente á dar nuevo realce y viso á todo aquel cuadro extraño y pintoresco.

Como las habitaciones escaseaban, el hostelero improvisó sobre un pequeño patio interior una insegura armazón de listones de madera cubiertos por una tela embreada, y allí estableció el comedor: pero tal invención no dió buen resultado porque la brea se liquidó con la primera lluvia, y una noche los comensales tuvieron que huir más que deprisa para librarse de aquel inesperado chaparrón de tinta; casi todos quedaron con los trajes manchados, lo que dió origen á reclamaciones, pendencias y disgustos sin número. Entonces el posadero substituyó la tela embreada por láminas de lata, que colocó sobre los listones prudentemente superpuestas y clavadas: con este segundo artificio los huéspedes no corrían riesgo de mojarse, pero en cambio les era forzoso callar no bien empezaba á llover, porque las gotas, chocando contra la bulliciosa techumbre, producían atronador estrépito y era imposible entenderse.

¿Cómo resumir los graciosos episodios que en aquella casa, especie de viviente cinematógrafo ó de mágica linterna, ocurrían?... Unas veces era el sordo quien, vestido de acróbata y armado con una lavativa que llenaba en la fuente, perseguía á las

criadas, disparando sobre ellas furiosos chorros de agua fría; otras era Pepe Escriu quien se tragaba las pesetas que ganó jugando para que no se las quitase el hostelero, hombretón fuerte y brutal, á quien el desventurado espiritista adeudaba algunos meses de pupilaje; ó dos mujeres las que se arañaban y azotaban por un militar, ó dos hombres los que reñían en un tejado por una vecina cordobesa que á todos los huéspedes traía soliviantados y revueltos...

Así pasaron los meses de Julio y Agosto, y en los primeros días de Septiembre y con gran regocijo mío, mi padre me matriculó en el primer año de bachillerato. Después emfermé del sarampión y no pude concurrir á clase hasta fines de Octubre: fuí con mi padre, avergonzado de hallarme en un edificio tan grande y entre muchachos desconocidos que me miraban con irritante curiosidad, como burlándose de mi trajecillo de marinero. Don Juan Pérez López, profesor de *Geografía,* me recibió con caballeresca seriedad, limitándose á indicarme cuál era el libro de texto y el asiento que yo debía ocupar entre mis compañeros. Pero el cura don Aquilino Fuentes y Martín, catedrático de *Latín y Castellano*, me miró fijamente, como queriendo leer en mis ojos mis alcances, y diciendo que aquella asignatura era muy difícil y que debía aplicarme mucho para alcanzar á mis condiscípulos y recobrarme del tiempo perdido. Yo, temblando de miedo, la mirada humilde y las mejillas más rojas que amapolas, prometí estudiar y asistir á clase puntualmente.

La cátedra del excelente don Aquilino, parecía un gallinero, porque él, para estimularnos poniendo de su parte nuestro amor propio, concedía los pri-

meros puestos á los alumnos más aventajados, empujando así, á los perezosos y á los torpes, á los últimos bancos: las preguntas llovían sobre nosotros, impidiéndonos todo reposo ó distracción durante hora y media.

—Tú—decía don Aquilino,—¿cómo se declinan los comparativos?

El muchacho, que no esperaba tal agresión, solía quedarse desconcertado y boquiabierto. Entonces don Aquilino Fuentes exclamaba:

—Estás dormido. ¡El otro!

—Como los adjetivos de la segunda clase.

—Muy bien; arriba; correrse...

Luego, encarándose con el vencedor, continuaba:

—Ea: espérate que vas á ponerme ejemplos: *doctus*, positivo, ¿cómo forma el comparativo?

El alumno vacilaba: don Aquilino proseguía:

—El otro, el otro... el otro...

—*¡Doctior, doctius!*

—¿Y el superlativo?

—*Doctíssimus.*

—Arriba: correrse todos. Mañana me traes copiada la formación de los comparativos y superlativos en latín y castellano, ocho veces.

Y así nos obligaba á rodar á lo largo de los bancos, perdiendo puestos y agoviados bajo un flujo de preguntas.

Cuando se las había con alguno muy torpe ó muy desaplicado, don Aquilino, que era irritable y violento, cambiaba de táctica.

—Veamos—decía;—¿á qué temas corresponde *lupus*?

El interrogado, con una cara donde se reflejaban igualmente el miedo, la sorpresa y la ignorancia, respondía:

—Tema... tema en *a*.

Al oir tan desaforado disparate el excelente dómine perdía toda resignación y paciencia.

—Ven acá, zopenco!—exclamaba tartajeando de coraje.

—Tema en *u*.., en *i*...—gemía el chico azorado.

—¡Ven acá he dicho!... No me obligues á levantarme porque será peor...

Y cuando le tenía á su lado continuaba interrogándole, y por cada nuevo desatino le aplicaba un coscorrón ó un pellizco, concluyendo por hincarle de rodillas ó mandarle al calabozo hasta las seis de la tarde.

Aquel año y el siguiente tuve los mismos profesores, pero en el tercer curso fué maestro mío de *Retórica y Poética* el cariñoso y sabio presbítero don Francisco Rodríguez Zapata, discípulo del ilustre poeta don Alberto Lista y último representante de la buena escuela sevillana. A Rodríguez Zapata le quise mucho; el buen viejecito, que ya era septuagenario, también me quería entrañablemente, y ahora que hallo ocasión me complazco en dedicar este recuerdo á su memoria.

De todas las asignaturas del bachillerato, la que más estudio, desvelos y lágrimas me costó, fué la *Psicología Lógica y Etica*, á cargo del riguroso y fanático tradicionalista don Vicente Rodríguez de Peñalver. Capítulo tras capítulo, hoja por hoja, línea por línea, sin omitir coma ni punto, teníamos que estudiar el maldito libro de texto; un insípido librote de más de quinientas páginas de prosa confusa, deslabazada y abominable, que no se acababa nunca. La *Psicología* y la *Etica* la aprendimos con facilidad y prontitud relativas, por más que nuestro temprano juicio fuese refractario á los

intrincados razonamientos de las ciencias más ó menos ligadas á la sutil Metafísica; pero con la *Lógica*, «la ciencia que dirige nuestro entendimiento para llegar acertadamente al conocimiento de la verdad y explicarla á los demás», según rezaba el texto, no tan sólo no lográbamos llegar jamás al conocimiento de nada, sino que apenas nos entendíamos con nosotros mismos; y todo aquello de las proposiciones *contrarias, subcontrarias, subalternas* y *contradictorias*, y los capítulos que trataban del silogismo, de los sofismas, de los criterios de verdad, del uso de la hipótesis en filosofía, de la ciencia considerada como fin del método, etc., etc., eran para nosotros punto menos que incomprensibles. Pero, á despecho de tantas dificultades, llegué á dominar completamente la asignatura y obtuve en los exámenes de Junio un premio que alcanzaban muy pocos. Desde entonces quedó sembrada en mí la afición á los estudios filosóficos.

Profesor mío de Física y Química fué don Basilio Márquez Chaparro; de Historia Natural, don Ricardo Iribarren y de Agricultura, don Gregorio García de Meneses, hombre sabio y deliciosamente original, en quien los alumnos adoraban.

Por aquella época feliz mi padre y yo andábamos siempre juntos (*), como dos buenos amigos; nos levantábamos á la misma hora, juntos íbamos al Instituto y de paseo, y tanta confianza tenían mis amiguitos con él como conmigo. Jamás guardé secretos para mi padre; el primer cigarro lo he fumado delante de él... Por las noches me acompañaba mientras yo estudiaba las lecciones del día siguiente, aconsejándome benévolamente que me

(*) Véase lámina I.

fuese á dormir cuando veía que el cansancio, ó ese invencible y dulcísimo sueño de la niñez, me cerraba los párpados. Yo protestaba.

—¡No quiero—decía,—hasta no aprenderme esta lección no me acuesto!...

Para ahuyentar la pereza me chapuzaba el rostro con agua fría, espantaba el marasmo de mis músculos dando saltos por la habitación é inmediatamente volvía al trabajo, los codos apoyados sobre la mesa, la cara entre las manos, en la actitud reconcentrada del que lee y medita atentamente: pero el sueño vencía á mi voluntad y sin variar de posición, para que nadie advirtiese mi flaqueza y desmayo, me quedaba dormido profundamente. Al despertar, veía que mi padre, que leía *El Imparcial* sentado delante de mí, se había burlado de mi mentirosa aplicación cerrándome el libro ó poniéndome debajo de la nariz una pajarita de papel...

Todas las noches, mi padre, que no perdía medio de ilustrarme, familiarizando mi inteligencia con el espíritu y altas enseñanzas de los grandes autores, leía delante de mi cama y hasta verme dormido, el *Don Quijote* ó la *Historia de Gil Blas de Santillana,* libros que, á pesar de sabérmelos casi de memoria, nunca me aburrieron. ¿Cómo olvidar á mi padre, que tan bueno fué para mí?... Siempre recordaré su cabeza venerable, su barba blanca, sus ojos azules, llenos de bondad, su nariz aguileña de corrección impecable, su frente, triste y hermosa como la de Hugo, y aquel constante buen humor derivado de la reflexión y de un supremo conocimiento de la vida.

Los domingos, mi padre y yo realizábamos largas excursiones por los alrededores de Sevilla, re-

corriendo á pie los pueblecitos de Santiponce, Castilleja, Palomares, San Juan de Alfarache, Coria y otros que blanquean entre los cerros sembrados de olivares que bordean la orilla derecha del Guadalquivir: salíamos de la capital temprano, con el sol, y regresábamos á la hora de cenar, tras una jornada de seis ó siete leguas, por lo menos.

Cierta tarde, volviendo de Castilleja, estuvimos en un ventorro comiendo boquerones, y aceitunas de las excelentes que por allí se cosechan. El vientecillo frescachón de la tarde y lo mucho que habíamos corrido, despertaron el rabioso apetito de mis doce ó trece años: los boquerones y las saladas aceitunas llamaban al vino; yo comí y bebí bien... y, confieso mi pecado: llegué á embriagarme un poquito. Salimos del tenducho, reanudando nuestro paseo: yo iba muy alegre: después subimos al tranvía que va á Sevilla y en él atravesamos el puente de Triana: á la entrada de la calle Reyes Católicos, el coche se detuvo para mudar de ganado y yo eché pie á tierra queriendo satisfacer una necesidad apremiante. No hallando en mi aturdimiento orinadero, empalizada, ni muro solitario que conviniese á mi deseo, me acerqué á un puesto de fósforos y periódicos, sin cuidarme de lo que su dueño dijese; éste, no bien comprendió mi intención, empezó á increparme brutalmente y yo le contesté con tan gárrulo y soez desenfado, que un mozo cargador que estaba oyéndonos, no pudo reprimir su cólera y terció en la cuestión, poniéndose en contra mía. Ante este inesperado peligro, la borrachera me sugirió nuevos alientos y sabiendo que mi dignidad de hombrecito me impedía ceder y que eran vergüenza y humillación notorias el quedarme callado, respondí al cargador con pas-

mosa osadía; le insulté, creo que aun me atreví á amenazarle con mi bastón de acebuche. El hombre, justamente indignado, me acometió con propósito evidente de administrarme una copiosa mano de pescozones; pero yo, que era muy fuerte y ágil, burlé la agresión de mi enemigo, teniendo al mismo tiempo la fortuna de alcanzarle en la cabeza con dos buenos bastonazos. Viéndole desconcertado y próximo á caer al suelo, permanecí tranquilo y dispuesto á la lucha, pero sin abusar de las ventajas obtenidas. Mi padre terminó la cuestión obligándome á subir al tranvía, que ya se marchaba; durante el trayecto no supe hablar palabra, ni recuerdo si ocurrió algo notable, porque el aloque, la pelea y, sobre todo, el temor de haber disgustado á mi padre, me tenían aturdido. Cuando mi madre supo mi aventura, pensé que el cielo se caía sobre mi cabeza y que los profundos me tragaban.

—¡Mi hijo borracho—decía;—mi hijo riñendo en las calles como un pillete playero!... ¡Ve ahí el resultado de las malas compañías! ¿Es ese el modo, granujón, que tienes de pagar los sacrificios que estamos haciendo por ti?... ¿Qué hubieran dicho tus profesores si te hubiesen visto en ese estado?... ¡No, no quiero pensarlo, porque me vuelvo loca!...

Estos insultos, contra los cuales nada me era permitido contestar, me encendían la sangre, lastimándome más que si me pinchasen con alfileres las niñas de los ojos.

Pero cuando mi madre me vió herido en una muñeca y que de la rozadura salía un poco de sangre, lloró y gritó hasta ponerse ronca: me dijo que yo sería su perdición, que empezaba á darla disgustos desde muy niño y que, de continuar por aquel camino, pararía en un presidio, en el hospital... ¡ó en

un patíbulo!... Aun ignoro si llegará á cumplirse la imponente profecía maternal, pues nadie sabe lo que el impenetrable Destino le tiene reservado pero he prometido solemnemente hacer cuanto pueda porque tan sombríos vaticinios no se realicen, lo que hasta ahora voy consiguiendo sin mucho trabajo.

De aquellos cinco años de estudios guardo gratas memorias: compañeros míos fueron Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, que tantos y tan brillantes y merecidos triunfos han alcanzado después; Pizarro, Ricardo Santos, Pepe Izquierdo, José Fernández Bandera, muerto heroicamente, ocho años después, en la guerra de Filipinas; Pepe García Orejuela, redactor ahora de *El Liberal*, de Sevilla; Daniel Bilbao, Luis y Antonio Medina Garbey, los hermanos Benjumea y otros muchos que ahora formarán el cogollito de la aristocracia sevillana. ¡Todo pasó!... Pasó y va ya muy lejos: de aquel dichoso vivir sólo quedan recuerdos... humo...

Cuando terminé el bachillerato mi familia se trasladó á Madrid, en cuya Universidad Central debía yo cursar la facultad de Filosofía y Letras.

Entonces debieron acordarme aquel célebre romance de Quevedo:

«A la corte vas, Perico;
niño, á la corte te llevan
tu mocedad y tus pies:
¡Dios de su mano te tenga!»

LO PASADO

(DRAMA EN UN ACTO Y EN PROSA)

MATILDE.—Veinticuatro años. Esposa de Santiago, marqués de Vargas.

SERAFINA.—Cuarenta. Ama de llaves que conoció soltera á Matilde y en la que ésta tiene gran confianza.

FEDERICO VÉLEZ.—Treinta y dos. Médico: enamorado de Matilde.

SANTIAGO.—Cincuenta. Marqués de Vargas.

JULIÁN.—Criado.

ANTONIO.—Idem.

Escena contemporánea: en Madrid.

ACTO ÚNICO

Gabinete adornado con gran elegancia. Chimenea encendida. Sobre la chimenea un reloj. Puertas laterales y otra al fondo. A la izquierda una ventana. Es de noche. Derecha é izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

SERAFINA; luego JULIÁN.

SERAF. (Sale por la derecha enjugándose los ojos.) ¡Qué pena!... ¡Pobre señora!... Hay cuadros que no pueden verse con ojos enjutos.

JULIÁN. (Por el fondo.) ¿Puedo pasar?

SERAF. (Corriendo hacia él.) ¡Chist!

JULIÁN. ¿Eh?...

SERAF. Calla.

JULIÁN. Ya callo... ¿Qué sucede?

SERAF. Eso digo yo: ¿Qué sucede? ¿Qué hay?... ¿Viste á don Federico?

JULIÁN. No; acababa de salir en auxilio de un enfermo cuando yo llegué.

SERAF. ¡Maldita suerte!

JULIÁN. El criado con quien hablé prometió buscarle si no volvía tan pronto como él esperaba.

SERAF. ¡Siempre igual!... Por todas partes la misma incertidumbre, la vacilación... la noche. ¿Qué hora es?

JULIÁN. Las ocho y veinte. (Se dirige á la chimenea para arreglar el fuego.)

SERAF. (Sentándose.) ¡Estoy muerta! No puedo pensar; mi voluntad se rinde. Infinitamente peores que esos dolores agresivos que estallan, son las penas íntimas, las calladas, taladrantes y hambrientas como carcomas.

JULIÁN. ¿Cómo sigue el niño?

SERAF. Peor.

JULIÁN. ¡Voto á!...

SERAF. (Levantándose y mirando con terror hacia la izquierda.) Habla bajo, no sea que la marquesa nos oiga. (Pausa.) Pues... sí: el niño está peor, mucho peor. ¡Pobrecillo mío!... Ya iba á cumplir tres años y de pronto, apenas libró los peligros de la dentición, llega la difteria, le coge por la garganta y aprieta... aprieta... ¿Puedes decirme qué ley, qué razón, qué justicia, obliga á esos

piececitos inmaculados á caminar tan derechamente hacia la muerte?

JULIÁN. Es verdad.

SERAF. Yo le he visto nacer, Julián, y le quiero como si fuese mío; recuerdo que la primera mirada de sus ojillos medio cerrados, fué para mí. (Llora.)

JULIÁN. (Conmovido). Dice usted bien. Mi primer hijo también murió y... ¡qué diablos!... no he podido olvidarle aún. Y eso que los hombres somos más duros de corazón, más fríos...

SERAF. Esto, de atajar el daño á tiempo, hubiera sido poquita cosa.

JULIÁN. Seguramente.

SERAF. Pero ni la marquesa, ni el señor marqués, ni yo... quisimos reconocer la gravedad del caso. Adivinábamos lo que luego sucedió y temíamos confesárnoslo á nosotros mismos. «Eso no tiene importancia», dijo don Santiago; y la señora agregó: «Dios querrá que ello no sea nada». Y yo, aun sin creerles, no protesté... no pude protestar... ¡imposible! Parecíame que hablar del peligro, era llamarlo, y que la fe y despreocupación de todos, bastarían á espantar la muerte. ¡No fué así!

JULIÁN. ¡La pobre marquesa estará loca!

SERAF. Completamente; habla, y medio minuto después ya no recuerda qué ha dicho; oye y no comprende. En estas cuatro horas últimas parece haber vivido muchos años. (Pausa.) ¡Bah, nadie viene!... Estos son los inconvenientes de habitar un hotel excéntrico; los aires serán más puros, mejores

los alimentos... pero llega un trance como éste, en que necesitas los auxilios del prójimo, y te mueres solo.

JULIÁN. Así es.

SERAF. Además, no sé qué tiene Madrid, que nunca hallas á nadie en su casa.

JULIÁN. A nadie.

SERAF. La enfermedad del niño empezó anoche. Luego se agravó y seguramente estaba peor de lo que creíamos, pues los niños son como los pájaros, que, si dejan de cantar, es para morir. Cuando llamamos al médico de la Casa de Socorro...

JULIÁN. Yo fuí quien le avisó.

SERAF. ¡Es cierto! No me acordaba... Pues dijo que el niño estaba enfermo de difteria, y que era necesario practicarle en la garganta una operación muy difícil.

JULIÁN. Que tiene un nombre muy raro.

SERAF. Sí, muy raro: la... la... bueno, como sea; operación que él no se atrevía á ejecutar. Así pasamos la noche, y desde esta mañana ya sabes cómo andamos todos.

JULIÁN. Corriendo por esas calles en busca de médicos que no aparecen.

SERAF. ¡Y cómo llueve!

JULIÁN. Calado y remojado estoy yo hasta los tuétanos. (Pausa.)

SERAF. ¡Oye!... Un coche.

JULIÁN. Sí... tal vez... (Corriendo hacia la puerta. Pausa.)

SERAF. No; tampoco...

JULIÁN. Pasa de largo. (Pausa.)

SERAF. ¡Ay, Julián!

JULIÁN. ¿Qué?

SERAF. Si el niño muere... los marqueses no vivirán juntos mucho tiempo.

JULIÁN. ¿Cómo?

SERAF. Porque ella morirá de dolor... ó se volverá tonta... ó loca... ¡No sé! Pero ese niño es el eje sobre que reposa el bienestar de todos.

JULIÁN. (Pensativo.) Creo lo mismo. (Pausa.)

SERAF. (Bajando la voz.) ¿Oyes?

JULIÁN. Sí.

SERAF. El niño...

JULIÁN. Sí.

SERAF. Que no puede respirar.

JULIÁN. Es un ronquido...

SERAF. (Que irá acercándose hacia la derecha.) El ronquido del que se ahoga.

JULIÁN. El jadeo de la agonía...

SERAF. ¡Chist!... Calla.

Cristina, Victoria, Isabel

ESCENA II

Cuentos

1946

SERAFINA, JULIÁN y MATILDE

MAT. (Saliendo precipitadamente por la derecha, como loca, y dirigiéndose á Serafina.) ¿Qué... cómo...? qué haces aquí?... ¿Oyes al niño?

SERAF. No, señora.

MAT. ¡Mientes!... ¿No le oyes?

SERAF. Allí le veo, en su cuna... Y, como siempre, parece dormir.

MAT. ¡Ah... eso es lo que yo no quiero, que duerma!... Porque ese sueño me recuerda el otro... ¡y no quiero recordarlo!... ¿Sabes, Serafina?... el otro... el otro... tú me comprendes... el último... ¡Hijo de mi alma! (Llora.)

SERAF. Señora...

MAT. ¡Ay, Serafina!

SERAF. Por Dios...

MAT. Serafina mia... ¡Cuánto sufro... cuánto!... ¡Oh, si supieras lo que es esto!

SERAF. No desespere usted...

MAT. ¡Déjame!

SERAF. El peligro, afortunadamente, está todavía lejos.

MAT. (Con súbito arrebato.) ¿Oyes? (Por el niño.)

SERAF. ¿Qué, señora?

MAT. ¿Pero, cómo... qué?... ¡Oh!... ¿Me habré vuelto loca? ¿Nada oyes?

SERAF. (Mirando siempre hacia la derecha.) Nada; el niño duerme; su respiración es tranquila... El señor marqués le mira y la expresión de sus ojos es serena...

MAT. ¡Es serena... serena... la expresión que tiene en los ojos el señor!... ¡Dios!... ¿Habré perdido el juicio?... Mi hijo se ahoga... poco á poco... le oigo... es una sofocación invasora. ¡No, no niegues!... Ahora se ahoga más que antes, ¿oyes?... Luego se ahogará más que ahora... ¡No, mentira!... Ese ronquido no vive en mí, en mi cerebro... sino que viene de fuera... ¡de ahí!...

SERAF. Señora, por Dios...

MAT. De esa alcoba...

SERAF. Cálmese usted; estos trances difíciles requieren mucha tranquilidad de espíritu.

MAT. (Reparando en Julián que habrá retrocedido hasta colocarse cerca del fondo) ¡Ah! ¿Llegas ahora?

JULIÁN. Llegué hace un momento.

MAT. ¿Viste á don Federico?

JULIÁN. No, señora.
MAT. ¿Cómo?
JULIÁN. No estaba en su casa.
MAT. (Furiosa.) ¿Y por qué no le buscaste donde estuviese?
JULIÁN. Porque...
MAT. ¡Calla!... Vete y no vuelvas sin él...
JULIÁN. Pero...
MAT. ¡Calla!
SERAF. Es que el criado de don Federico le dijo á Julián que, tan pronto como su amo volviese...
MAT. ¡No espero más... no me fío de nadie!
JULIÁN. Advierto á la señora marquesa...
MAT. No me adviertas nada. Corre, toma un coche... vuela á casa de don Federico; si no está allí, búscale.
SERAF. (Aparte.) Está loca.
JULIÁN. Bien, señora.
MAT. Búscale en el Casino, en casa de sus enfermos...
JULIÁN. Donde esté.
MAT. Eso es; donde esté: ¡dile que soy yo quien le llama!...
JULIÁN. Bien, señora.
SERAF. No pierdas tiempo.
JULIÁN. No.
SERAF. ¡Aprisa, aprisa!...
MAT. Sobre todo... ¡No vuelvas... no vuelvas... si has de venir sin él!
JULIÁN. Hasta ahora mismo. (Sale precipitadamente.)

ESCENA III

MATILDE y SERAFINA

MAT. (Sentándose con muestras de gran abatimiento.) ¡Oh, qué cansada estoy de luchar!... ¡Qué harta!... Si me durmiese, para siempre... ¡qué bien!...

SERAF. (Compasivamente y aparte.) ¡Pobrecita!

MAT. ¡Y eso que, tal vez no hubiera en el reposo interminable de la muerte, consuelo á mi cansancio infinito!... (Pausa. Luego, con repentina animación.) ¿Y Antonio?

SERAF. Fué á casa del doctor Braganza.

MAT. ¿Ha vuelto?

SERAF. Aun no.

MAT. ¡Ah, la impaciencia me ahoga!

SERAF. Vivimos tan lejos del centro...

MAT. ¡Qué desesperación, qué silencio!... Hemos perdido cuatro horas sin adelantar un paso. Este hotel parece una isla desierta.

SERAF. ¡Tiene usted razón!

MAT. (Enternecida.) ¡Ay, Serafina!

SERAF. ¿Qué, señora?

MAT. Tú me conociste niña.

SERAF. Sí.

MAT. Conociste á mi madre.

SERAF. ¡Cómo la recuerdo!

MAT. Presenciaste la ruína de mi fortuna, destrozada por las locuras de mi padre, quien murió donde debía: en un manicomio...

SERAF. Paz á los muertos.

MAT. Fuiste buena para nosotros en los tiempos

bonancibles, y fiel y heroica en los días negros de la miseria.

SERAF. Era mi gusto; mi gusto y mi deber.

MAT. Tú conociste, por nosotros, las vergüenzas del empeño, las amarguras del no tener...

SERAF. Vaya, señora... ¿A qué recordar eso?...

MAT. Tú conociste á Federico, que era entonces un estudiantillo sin fortuna; sabes cuánto me quiso, sabes que yo le amé con amor inmenso, que, al ser imposible, enlutó mi alma: sabes, también, por qué me casé con el marqués de Vargas...

SERAF. Demasiado.

MAT. Porque aquel matrimonio remediaba el desamparo de los míos.

SERAF. (Conmovida.) Lo sé.

MAT. De mis hermanos mayores y de mi madre.

SERAF. Fué usted mártir de todos.

MAT. Después... (Llora.)

SERAF. Sí, después...

MAT. Comenzó el suplicio, el horrible suplicio... de los felices que lloran por dentro.

SERAF. Suplicio que nadie agradecía...

MAT. Nadie; porque mi madre murió y mis hermanos se fueron... Desde entonces tú, más que mi ama de llaves, fuiste mi consejera, mi amiga...

SERAF. Me consta y lo agradezco.

MAT. Mi segunda madre.

SERAF. Lo sé, lo sé.

MAT. Por eso, hallándome en momentos de duda, recurro á ti. (Pausa.) ¿Hice mal llamando á Federico? (Pausa.)

SERAF. No.

MAT. ¿No?

SERAF. ¿Por qué? (Extrañándose.)

MAT. Fuimos novios, y aquella pasión dejó en ambos surcos profundos.

SERAF. No importa.

MAT. Yo... no necesito insistir para que mis palabras tengan á tus ojos la autoridad de lo jurado; aun adorando en Federico... porque le adoro... (Conmovida.)

SERAF. También lo sé.

MAT. Le quiero de modo extraño, dedicándole el cariño vago y sin esperanza que inspiran los muertos; es algo inapresable, vedado eternamente á mi deseo... ¿comprendes?

SERAF. Perfectamente.

MAT. Que vive... y respira... muy lejos de mí.

SERAF. Así debe ser.

MAT. Pero, á él... acaso no le ocurra lo mismo.

SERAF. No lo creo.

MAT. Y lo que es peor: ¿verá mi marido con ánimo tolerante que Federico venga aquí?

SERAF. ¿Por qué no?... Don Federico Vélez forma hoy día entre los profesores más distinguidos de Madrid: es el médico favorito de la aristocracia, está en moda...

MAT. (Pensativa.) Sí, sí...

SERAF. Es, además, especialista en enfermedades de niños...

MAT. También.

SERAF. Usted llama á don Federico como llamó al doctor Braganza: en estos casos se puede recurrir á todo el mundo.

MAT. Muy cierto: pero el marqués, aunque nada habla de estos amores, recuerda su historia... Conozco bien el temple de su espíritu; le sé hombre de entresijos, reser-

vón y celoso, á quien lo pasado preocupa, y por lo mismo...

SERAF. Imposible.

MAT. ¡Bah, quién sabe!

SERAF. No es don Santiago capaz de tan innoble pensamiento.

MAT. (Encogiéndose de hombros indiferente.) De todos modos...

SERAF. Eso iba á decir: si algún daño hay en ello, ya es irremediable, pues el paso fué dado.

MAT. Yo debí consultarlo con Santiago; pero... ¿quién tiene calma para reparar en tales pequeñeces?

SERAF. Ese error tiene fácil enmienda.

MAT. ¿Cómo?

SERAF. Aun es tiempo de pedir al señor marqués permiso para llamar á don Federico: él, seguramente, accederá.

MAT. (Distraída.) Tienes razón: es una supercheria sencilla en que no había pensado.

SERAF. (Con decisión.) Y, finalmente...

MAT. ¿Qué?

SERAF. Don Federico debe venir á despecho de todo.

MAT. (Animándose.) Dices bien.

SERAF. Necesitamos aprovechar los auxilios del primer médico que llegue, sea quien fuere.

MAT. ¡Ese es!

SERAF. Salvar al niño es lo esencial.

MAT. Sí, indudablemente; hablaste como mujer de talento: salvar á mi hijo es lo primero, lo primero... ¡por no decir lo único!...

ESCENA IV

MATILDE y SERAFINA: ANTONIO por el fondo.

ANT. Señora...

MAT. (Corriendo hacia él). ¡Ah!... ¿Qué hay?... ¿Y el doctor Braganza?...

ANT. Fuí á su casa.

MAT. ¿Cuándo viene?

ANT. Verá usted...

MAT. (Queriendo salir.) ¿Está ahí?

ANT. No, no... señora marquesa.

MAT. (Iracunda.) ¿Entonces?

ANT. Es que...

SERAF. ¡Torpe, torpe!

MAT. ¿No te dije que no volvieses sin él?

ANT. Sí.

MAT. ¿No lo repetí mil veces?

ANT. Pero...

MAT. (Gritando.) ¿Por qué me desobedeciste?

ANT. La señora...

MAT. (Interrumpiéndole.) ¡Imbécil!... ¡Oh, Dios!... sin socorro de nadie; esto es un infierno.

SERAF. (Por Antonio.) ¡Déjele usted hablar!

MAT. Mi hijo... mi hijo se muere... ¡Dios!... Se muere... y tú no lo sabes... parece mentira; no lo sabes, no... ¡tú que lo sabes todo! no sabes ésto... ¡Esto que es tan grande!... (Llora.)

ANT. La señora marquesa...

MAT. ¡Calla, imbécil!... Calla, calla. . ¡calla!... (Gritando.)

SERAF. Señora, reflexione usted... esa desesperación es inútil.

MAT. ¿Inútil?... ¿Acaso me queda otro recurso que el de desesperarme?... Esa alcoba donde agoniza mi hijo, es como reducto que yo defiendo con los brazos abiertos, así... no quiero que la muerte pase esos umbrales... y, no pudiendo contenerla, pido socorro y nadie acude á mi llamamiento desesperado; ¡nadie, nadie!... ¿Por qué? Dilo tú, si lo sabes. (A Serafina.) ¿Por qué?... ¿Por qué nadie está donde yo le busco?... Responde. ¿Qué predestinación fatídica entolda el fondo de todo ésto?

SERAF. (Aparte.) ¡Pobre Matilde!

MAT. (Dirigiéndose á Antonio con súbito interés.) De modo que el doctor Braganza...

ANT. Estaba...

MAT. ¿Curando algún enfermo?

ANT. No, señora; en el Casino.

MAT. Búscale allí.

ANT. Y caso de...

MAT. (Encolerizándose.) ¡Basta! (Mutis Antonio. Matilde llora.)

SERAF. No llore usted.

MAT. ¡Que no llore, Serafina! ¿Cómo puedes aconsejarme eso?... (Pausa. De pronto, con gran arrebato.) Mira... corre detrás de Antonio.

SERAF. ¿Qué le digo?

MAT. Que vaya al Casino donde está Braganza, y si ya no estuviese allí...

SERAF. (Corriendo hacia el fondo.) Comprendido.

MAT. Que le busque donde esté.

SERAF. Bien.

MAT. Que le persiga de casa en casa, por las calles... ¡que no vuelva sin él!...

SERAF. Bien, bien... (Vase.)

ESCENA V

MATILDE; luego, SANTIAGO

MAT. (Corriendo hacia la derecha.) ¡Ah, Dios, Dios, qué impaciencia!...

SANT. (Saliendo por la derecha con aire muy preocupado.) Matilde...

MAT. ¡Santiago!... (Se dan las manos. Pausa.)

SANT. ¿Lloras?... No te aflijas, imítame; sé fuerte como yo.

MAT. (Llorando.) ¡Hijo mío... hijo mío!...

SANT. Ahora duerme; parece más tranquilo.

MAT. ¡Ah, duerme!

SANT. Sí, desde hace algunos minutos: su respiración también es más serena.

MAT. (Escuchando y con alegría.) Sí, en efecto... ahora nada oigo.

SANT. ¡Pobre Matilde!... Alégrate.

MAT. (Efusiva.) Santiago.

SANT. ¿Qué?

MAT. ¿Tú quieres á nuestro hijo?

SANT. ¿Cómo no?

MAT. ¿Le quieres mucho, mucho?...

SANT. (Sorprendido.) Sí, sí... muchísimo.

MAT. ¿Como yo?

SANT. Como tú... acaso un poquito menos... porque, ya sabes: siempre las madres...

MAT. (Interrumpiéndole.) No, no digas eso: necesito que le quieras como yo le quiero; con toda el alma, ciegamente.

SANT. (Abrazando á Matilde paternal.) ¡Pobrecilla!

MAT. (Con fuego.) Que su vida sea tu vida, y su

pérdida tu desesperación, tu martirio... ¡tu muerte!...

SANT. (Pensativo.) ¡Y lo sería!

MAT. Tu dolor mitiga mi dolor. Jura que por nuestro hijo eres capaz de los mayores sacrificios.

SANT. De los mas grandes.

MAT. Que por salvarle harías lo indecoroso, lo repugnante: robar... matar...

SANT. (Acariciándola y sonriente, procurando tranquilizarla.) Sí, Matilde, mi pobre Matilde: cálmate y no dudes que por salvar la vida de ese niño cuyo rostro parece imagen y copia fidelísima del tuyo, me atrevo á todo... ¡Oh! Cree que si á los seres que nos son queridos pudiéramos defenderles á puñaladas de la muerte, los presidios estarían repletos de hijos y de padres y de esposos, y los cementerios vacíos... (Pausa.) No, no dudes de que adoro á nuestro hijo tanto como tú, acaso más... porque tú eres joven y la juventud ilusionada de todo se consuela; mientras yo soy viejo, Matilde... y si la fatalidad me arrebatase ese niño que esperé tantos años... (Calla enternecido.)

MAT. ¡Cómo consuela saber que somos dos á luchar, y que en esta alianza no hay ningún traidor!

SANT. (Mirando al reloj.) ¡Qué tarde es ya!... ¡Y nadie viene!

MAT. Cuatro horas esperando.

SANT. ¡Cuatro horas!

MAT. Si no son más.

SANT. ¿Y Antonio?

MAT. En busca del doctor Braganza.

SANT. ¿Y Julián?
MAT. Salió.
SANT. ¿Dónde?...
MAT. (Con embarazo.) A caza de... de otro médico
SANT. Así están toda la tarde.
MAT. Lo indispensable es que venga un médico, sea quien fuere.
SANT. Eso es. (Consulta su reloj.) Tentado estaba de ir, yo mismo, en busca de Pepe Barrios.
MAT. ¿Es hora de verle?
SANT. Sí.
MAT. Ve, entonces...
SANT. El coche me llevaría en quince ó veinte minutos (Dudando.)
MAT. Sí, sí, por Dios; sí, ve, corre... no pierdas momento.
SANT. (Con súbita decisión.) Iré, sí; espera... en seguida estoy aquí.
MAT. Pronto.
SANT. Ahora mismo. (Hablando consigo.) ¡Sí, porque lo que á criados se fía!...
MAT. (Aparte.) ¿Cómo decírselo?
SANT. (Palpándose los bolsillos.) Bien, nada olvido: el pañuelo... el dinero...
MAT. (Siempre aparte.) Y debo decírselo; es mi deber.
SANT. ¡Venga, venga!... Mi sombrero, mi gabán... (Se dirige hacia el fondo.)
MAT. Santiago.
SANT. Vuelvo en seguida.
MAT. (Turbada.) Oye... oye, un momento.
SANT. ¿Qué?
MAT. Deseaba preguntarte...
SANT. Sí.
MAT. O, mejor dicho; consultarte...

SANT. Habla.

MAT. Como eres un hombre inteligente que sabe apreciar la exacta importancia de las cosas...

SANT. No comprendo.

MAT. Había pensado que llamásemos... á...

SANT. ¿A quién?

MAT. A... Federico.

SANT. ¿A Federico Vélez?

MAT. Sí. (Pausa.)

SANT. (Sombrío.) A mi vez deseo dirigirte una pregunta.

MAT. (Tímida.) Di.

SANT. ¿Pensabas llamar á Federico... ó le has llamado ya?

MAT. Pensaba llamarle.

SANT. Y no quisiste hacer nada...

MAT. Sin consultarlo contigo.(Pausa.)

SANT. Agradezco tu fineza, tanto más cuanto que la magnitud del motivo que te guía escuda y disculpa cualquiera imprevisión: por lo mismo siento que mi respuesta sea negativa.

MAT. ¿Cómo?

SANT. No hablemos de Federico... ¿quieres?...

MAT. ¿Por qué?

SANT. ¡Oh!

MAT. Es especialista en enfermedades de la niñez.

SANT. Sí.

MAT. (Con orgullo.) Sus merecimientos son indiscutibles.

SANT. Nadie los discute; pero, á despecho, de tantas excelencias, no debemos llamarle.

MAT. Explícate.

SANT. No es menester.

MAT. La salud de nuestro hijo es lo primero.

SANT. (Sombrío.) Sí.

MAT. (Exaltándose.) ¡Lo primero!

SANT. Sí, sí... ¡sí y no!

MAT. ¿Qué dices?

SANT. Para nosotros, la salvación del niño es lo principal.

MAT. (Interrumpiéndole.) Entonces...

SANT. Pero, ante el mundo, no es así.

MAT. ¡Ah!

SANT. No *debe* ser así.

MAT. ¿Por qué?... ¡Una razón!

SANT. Porque... ¡vaya!... No son estas horas de discutir asunto tan delicado. Conste, sí, que agradezco tu atención; conste, también, que mi contestación es negativa y que á ella debes atenerte. Médicos buenos no han de faltarnos: Barrios, Braganza... cualquiera... (Dirigiéndose hacia la puerta.) Con que, hasta después.

MAT. (Con súbita desesperación.) ¡Santiago!...

SANT. ¿Qué?

MAT. Es...

SANT. Sí.

MAT. Es... que á Federico...

SANT. ¿Fueron ya á buscarle?

MAT. Sí.

SANT. ¿Cómo te atreviste?

MAT. No me lo tengas á mal: le llamé... como he llamado á otros; en los momentos solemnes, las consideraciones sociales más respetables pueden despreciarse: salvar á nuestro hijo era lo principal, lo único. ¿Qué importa el resto? (Pausa).

SANT. (Reflexivo.) Estoy pensando, Matilde...

MAT. ¿Qué piensas?

SANT. Que las inconveniencias se cometen, ó por necedad, es decir, por falta de buen sentido ó por sobra de malicia.

MAT. ¿Y bien?

SANT. Tú, no eres tonta...

MAT. Luego soy mala.

SANT. ¿Por qué me engañaste?

MAT. ¿Engañarte? ¡Nunca!

SANT. ¡Vaya!... ¿Por qué me brindas arteramente la fineza de consultarme lo que tu... imprevisión hizo espontáneamente y sin previo consejo?

MAT. Lo hice, es cierto, cediendo á mi primer impulso, mas no hubo en ello torcido propósito, ni dolo en lo que luego te propuse, sino legítimo deseo de cohonestar lo hecho, mereciendo tu aprobación y permiso.

SANT. ¡No los obtendrás nunca!... Sobre nuestro bienestar, sobre la vida y felicidad de nuestros hijos, ¡no lo olvides, Matilde! están el buen parecer, la opinión ajena, que es el honor.

MAT. (Sarcástica.) ¡El honor!

SANT. Para quebrantar una fortuna son menester muchos descalabros; para perder la vida, es necesaria una enfermedad; para perder la honra basta un minuto, sobra con una palabra...

MAT. ¿Y qué? ¿A qué viene eso? ¿Quién puede pronunciar esa palabra? ¿Dónde ve tu suspicacia el minuto sombrío de la deshonra?...

SANT. ¿Dónde lo veo?... En todas partes. ¿Quién puede hablar?... Cualquiera. Basta una

sospecha, una frase, un chiste... lanzado en la mesa del café, para que sobre la frente más pura el fango del arroyo deje un punto negro. El tiempo, que cicatriza y borra las heridas del puñal, extiende y ahonda las puñaladas del deshonor; la nube que pasa por el cielo, bajo el sol, pinta en la tierra una sombra fugitiva, que pasa con la nube; pero la mancha que dejó en nosotros la nube ominosa de la calumnia, es corrosiva como los venenos, insaciable en su acción destructora como los cánceres...

MAT. No comprendo. Eres un espíritu vidrioso, quimerista... que de todo y de todos desconfía.

SANT. ¡Porque conozco el mundo! (Pausa.) Tú quieres á nuestro hijo...

MAT. (Con arrebato.) ¡Ciegamente!

SANT. Bien está; mas no olvides que su fortuna y su nombre son míos; y que, como los hijos no pueden lavar lo que el vicio ó la indiferencia de sus padres ensuciaron, yo para ti, como para los demás, debo estar antes que él.

MAT. (Desesperada.) ¡Oh, Dios... Dios mío!... ¿A qué vendrá todo esto?...

SANT. No he olvidado tu historia: sé que amaste á Federico... como se ama á los veinte años, la edad pujante de la esperanza; sé también que casaste conmigo por simpatía, por pura y filial simpatía... acaso por reflexión. Esto lo saben muchos, ó, por lo menos, lo sospechan, y nadie recordaría de ello, si los triunfos de Federico Vé-

lez no hubiesen reverdecido los capítulos de esta vieja historia. Por eso huyo su amistad y hay entre él y yo inexplicable antipatía: él me guarda el rencor inextinto de los vencidos: en buena lid le quité su bien, su tesoro, su alegría; él, en cambio, proyecta en mí una sombra que el sol dichoso de tu completa posesión no disipa; porque él es tu pasado, lo que ha sucedido, lo que ni aún el tiempo, la esponja terrible que Dios pasa sobre todas las cosas, puede borrar. Por eso nos odiamos; él ve el odio en mis ojos; yo leo la desesperación de la impotencia en los suyos...

MAT. ¿Qué dices?

SANT. La verdad, lo que siento.

MAT. ¿Estás celoso de Federico?

SANT. Sí, tengo celos... ¿Cómo negarlo?

MAT. ¡Jesús, Jesús!

SANT. Si no de él, de su persona... sí de su recuerdo. Los afectos, Matilde, que interesan al honor, deben formar una especie de reducto ó de tabernáculo santo cerrado á todo el mundo, y donde no coexista con el amor á los padres, al esposo ó á los hijos, ningún cariño de esos que podemos llamar pegadizos ó de ocasión. Guiado por tal pensamiento, mi vejez procuró aislarte de todo mal contacto, rodeándote de atenciones, mareando tu espíritu con la música adormecedora del perpetuo agasajo, queriendo ahuyentar de tu memoria los fantasmas callados del recuerdo... Y, de pronto, cuando ya iba creyéndome triunfante, la fatalidad, por obra de tu poco

discurso, viene á desmoronar lo hecho. ¿Dónde fué tu discreción? ¿Quieres, acaso, estrechar los lazos que ya te unen á Federico, añadiendo al fortísimo recuerdo del amor que hubo entre vosotros el vínculo inrompible del agradecimiento?... Yo odio á ese hombre, Matilde; tú lo sabes; déjame seguir odiándole; ese aborrecimiento consuela... ¡No me lo quites permitiendo que, lo que más odio, libre la vida de lo que más amo!... ¡Ah, no, no quiero, *no puedo*... admitir semejante probabilidad!... ¡Salvar él á nuestro hijo!... Venir aquí, violar la intimidad de nuestra alcoba, tener por un momento entre sus manos la salud de esa vida... que es emanación ó derivación de la mía... y luego salvarla y devolvernos lo que creímos perdido, abofeteándome con su generosidad... ¡No, Matilde; eso, nunca... nunca!... No, no lo pienses, no me lo pidas, no me supliques, porque no será...

MAT. (Llorando.) ¡Y te llamas buen padre! ¡Y dices querer á nuestro hijo como yo le quiero!

SANT. Sí, le quiero.

MAT. ¡Mentira!

SANT. Con toda mi alma.

MAT. ¡Mentira, repito! Cuando se quiere con *toda* el alma, se hace todo, se pasa por todo, se transige con todo...

SANT. No.

MAT. Sí, sí... En mí puede más la madre que la esposa, y por salvar á mi hijo, por no ver vacía esa cuna...

SANT. (Amenazador.) ¡Matilde!

—Por ahora, un instante, un instante no más, los dos muy juntos...

MAT. Me atrevo á todo.

SANT. ¡Calla!

MAT. ¡A todo!

SANT. (Exaltándose.) ¡Matilde!

MAT. Y mete en esa palabra lo que en ella cabe: lo infinito. (Pausa).

SANT. (Conteniéndose.) Deliras; no hablemos.

MAT. Sí, continúa; yo lo quiero.

SANT. No, no hablemos... porque desvarías y no puedo oir tu voz... que es la voz de la locura, la voz del abismo... (Pausa.)

MAT. Está bien.

SANT. (Procurando dulcificar la voz.) Me has hecho daño, Matilde.

MAT. Lo siento. (Pausa.)

SANT. ¡Mucho daño!

MAT. Repito que deploro haberte lastimado. (Pausa.)

SANT. Voy, pues, en busca de Barrios.

MAT. (Profundamente abatida.) Adiós.

SANT. Si hallándome ausente viniese Federico Vélez...

MAT. ¿Le despido?

SANT. Sí, despídele: dile que ya no le necesitamos, que otro médico llegó antes que él: la misma Serafina puede recibirle y ahorrarte ese trabajo. Tal es mi voluntad. (Conciliador.) Ten paciencia; considera que, esperando algunos momentos más, puedes evitarme un inmenso disgusto. Y, sobre todo, no riñamos: riñendo me parece que te declaras contra mí, ¿sabes?... Contra mí y en favor del otro. Adiós, Matilde.

MAT. (Abatida.) Adiós.

SANT. Antes de media hora estaré aquí. (Vase.)

ESCENA VI

MATILDE, sola.

(Asomándose á la puerta de la derecha, como para ver al niño.) Duerme; su respiración parece tranquila; mientras respire hay esperanza. ¡Hijo mío! ¿Qué no haría yo por salvarte?... Y su padre quiere que no le ampare, que no le defienda contra la muerte... y me exige tamaño sacrificio en nombre del buen parecer y de unos celos imaginarios. ¿Qué más quieres de mí, Santiago? Por pagar tus bondades renuncié á mi amor y me dediqué á ti, en cuerpo y alma, y jamás tus miradas preguntonas sorprendieron el rastro de las lágrimas que lloraban mis ojos. «No quiero que salgas sola», me dijiste un día; y pasaron los meses sin que me asomase al balcón. «No quiero que tengas amigas», y renuncié á todas y viví sin oir otra voz que la tuya. «No quiero que habitemos Madrid», y me trajiste á este hotel... ¿Cuándo el grito de la protesta subió á mis labios?... Mas ahora no se trata de mí, sino de mi hijo... Yo podré sacrificarte mi existencia, pero la suya preciosa, no: su vida es sagrada y sabré defenderla á todo trance, á mordiscos, á costa de mi sangre... A costa también, si es preciso, de... ¿qué se yo?... (Vacilando. Suena un timbre.) ¡Han llamado! (Con alegría.) ¡Oh!...

ESCENA VII

MATILDE, SERAFINA y FEDERICO

SERAF. (Entra precediendo á Federico.) ¡Señora, señora!...

MAT. ¡Ah!

FEDER. (Respetuoso.) Marquesa...

MAT. ¡Federico!

FEDER. (Con alegría vivísima.) ¡Matilde!

MAT. ¡Oh, gracias, gracias!

FEDER. ¿Gracias?

MAT. Sí.

FEDER. ¿Por qué?

MAT. Por haber venido.

FEDER. ¡Bah!

MAT. Mi hijo se ahoga.

FEDER. ¿Tiene la difteria?

MAT. Sí.

FEDER. Será necesario operarle...

MAT. Sí.

FEDER. Lo adiviné y vengo prevenido.

MAT. A no ser este un caso desesperado, no me hubiese atrevido á molestarle á usted...

FEDER. ¿Molestarme?... ¡Nunca!... Yo, sí, debo darla á usted gracias por haberse acordado de mí.

SERAF. Nos trae usted el consuelo.

FEDER. ¿Y el marqués?

MAT. Salió.

FEDER. ¡Ah!

MAT. ¿Viene usted fatigado? ¿Quiere usted descansar?

FEDER. No, no señora.

MAT. Entonces... ¿veremos al niño?

FEDER. Sí, vamos; estoy á sus órdenes.

MAT. (Andando presurosa.) Por aquí, venga usted, por aquí. Le aseguro á usted...

FEDER. Lo supongo todo.

MAT. Paso delante.

(Salen por la derecha.)

ESCENA VIII

SERAFINA, sola.

Me anuncia el corazón que don Federico viene contra la voluntad del señor marqués, ó sin que él lo sepa. ¡Pobre Matilde!... Es la primera vez que desoye la voluntad de su marido; un marido cariñoso y dócil si de pequeñeces se trata, pero inflexible y duro como un amo en los momentos decisivos. (Pausa.) Parece que se casaron ayer y ya han pasado cuatro años. ¡Cuatro años!... Diríase que en ese tiempo algo muy grande se derrumbó en el alma de Matilde: antes sus labios eran fuente de risas, y las estrecheces de su vida no bastaban á pintar sobre su frente feliz la sombra de una arruga: luego, en cambio... ¡Qué triste es la vida cuando huye de ella la ilusión! Miseria es entonces la riqueza; yacija de duros pedernales el colchón de mullidas plumas; el frío del desaliento duerme bajo las pieles... (Dirigiéndose hacia la ventana.) Nieva; ¡qué noche!... A despecho de los burletes penetra

por las rendijas un vientecillo helado que corta. Cerraremos mejor. (Corre las cortinas.) ¡Y Antonio y Julián sin venir! ¡Bien va!... (En el reloj de la chimenea dan las nueve.) ¡Las nueve! Avivaré el fuego de la chimenea; cuando hay enfermos conviene mantener en las habitaciones la misma temperatura. Este carbón es detestable...

ESCENA IX

SERAFINA, MATILDE y FEDERICO

FEDER. ¡Vaya, Matilde!

MAT. (Llorando.) ¡Hijo de mi alma!

FEDER. Serénese usted; ya ve usted que el niño ni siquiera nos ha oído, y aseguro que su sopor nos es por todo extremo favorable.

SERAF. ¿Cómo está el enfermito?

FEDER. Grave.

MAT. (Llorando.) María... tú que fuiste madre... ¿no sabes lo que es esto?

SERAF. ¿*Muy* grave?

FEDER. Ciertamente, pero no es un caso desesperado.

SERAF. ¡Ah!

FEDER. Ni mucho menos.

SERAF. ¡Dios esté con nosotros!

MAT. (Llorando.) ¡Pobre hijo mío!...

FEDER. Operándole quedará bien.

SERAF. Usted es nuestra única esperanza.

FEDER. Haré cuanto sepa.

MAT. (Serenándose.) Tú, Serafina.

SERAF. Señora...

MAT. ¿No hay nadie en casa?
SERAF. Nadie.
MAT. ¿Ni Antonio ni Julián han vuelto?
SERAF. No.
MAT. Pues, corre al recibimiento.
SERAF. Ahora mismo.
MAT. Y, si *alguien* viene...
SERAF. Sí.
MAT. Avísame.
SERAF. Bien.
MAT. (Aparte, á Serafina.) Me refiero al marqués.
SERAF. (Aparte.) Lo he comprendido.
MAT. Anda.
SERAF. Hasta luego.

ESCENA X

MATILDE y FEDERICO. Luego SERAFINA, que entra y sale según el diálogo lo indique.

MAT. (Con emoción.) ¡Federico!
FEDER. Mi Matilde...
MAT. (Confusa.) Nada debo decirte.
FEDER. (Generoso.) Nada.
MAT. Gracias. Perdóname si alguna vez...
FEDER. (Interrumpiéndola.) Calla, no hablemos de eso: hablemos, sí, del asunto que aquí me trajo. Por ahora, un instante, un instante no más... los dos muy juntos... (*) (abrazándola) para satisfacer el egoísmo de mi corazón...
MAT. (Sumisa.) Federico...

(*) Véase lámina V.

FEDER. ¡Hace tanto tiempo que soñaba tenerte así!... (Pausa corta.) Y luego, unidos... á luchar contra la muerte. ¡No temas! ¡Estoy hecho á vencerla!... Vamos. ¿Qué mayor felicidad, ni qué triunfo más glorioso para mí, que el de ser quien asegure la alegría de toda tu vida?... Salvar á tu hijo, Matilde, es para mí, como salvar á mi madre. (Sacando del gabán un estuche de cirujía.) Vamos.

MAT. (Desfalleciendo.) Me muero...

FEDER. Ten valor.

MAT. Hijo del alma...

FEDER. ¡Levanta ese corazón, mujer!... Anímate, sé fuerte: ante la muerte, los dolores y las lágrimas son inútiles.

MAT. (Reanimándose.) Tienes razón; sí, seamos fuertes. Vamos.

FEDER. (Recordando de pronto.) Espera.

MAT. ¿Qué?

FEDER. ¿Hay agua caliente?

MAT. ¿Para?

FEDER. Para tibiar los bisturís.

MAT. (Corriendo hacia la puerta del fondo.) Sí, sí.

FEDER. Pídela.

MAT. (Llamando.) ¡Serafina!...

FEDER. Eso no debe faltar donde hay enfermos.

MAT. ¡Serafina! ¡Serafina!... (Pausa corta.)

SERAF. Señora.

MAT. Trae agua caliente.

SERAF. Al momento. (Vase.)

MAT. ¡Pronto! (Permanecerá cerca de la puerta del fondo, esperando á Serafina.)

FEDER. (Por Matilde y mientras limpia y va colocando sobre una mesa los instrumentos.) ¡Qué her-

mosa está! ¡Más hermosa que nunca!... De su misma tristeza, arranca su juventud hechizos nuevos. Ella es para mí lo fatal, lo inevitable: si me ordenase matar... sería asesino!...

SERAF. (Por el fondo.) El agua.

FEDER. Venga.

SERAF. (Aparte y mirando el estuche quirúrjico.) ¡Pobre mío... pobre de mi alma!... (A Matilde.) ¿Hago falta?

MAT. No, vete.

SERAF. Ahora.

MAT. Vete, ¿eh?... Y, ya sabes... (Aparte.) Si Santiago...

SERAF. Sí, sí.

MAT. Avísame. ¡Ten cuidado! (Mutis Serafina.)

FEDER. (Advirtiendo el sobresalto de Matilde.) ¿Qué tienes?

MAT. (Vacilando.) Miedo.

FEDER. ¿A qué?

MAT. A Santiago.

FEDER. ¿Temes me vea aquí?

MAT. Sí.

FEDER. ¿Por qué?

MAT. ¡Oh, no sabría decírtelo!... Es narración molesta y demasiado larga.

FEDER. ¿Está celoso?

MAT. Celosísimo.

FEDER. (Va colocando los bisturís dentro del jarro que trajo Serafina.) ¡Bah!... El motivo que autoriza mi presencia en esta casa, es tan legítimo, tan indiscutible...

MAT. Y más sabiendo que, antes de recurrir á ti, agoté todos mis recursos. Yo no quería llamarte, no quería verte...

FEDER. Es natural.

MAT. Mas no hubo otro remedio: el médico de la Casa de Socorro declaró no atreverse á operar al niño; Ledesma está enfermo; á Braganza mis criados le buscaron inútilmente... Entonces, ¡sólo entonces! viendo cerrados todos los caminos, acudí á ti... ¡Es la fatalidad, quien te trae!...

FEDER. Una feliz fatalidad.

MAT. Luego, queriendo explicarle á Santiago tu visita, le hablé de ti como de un especialista á quien convenía llamar.

FEDER. Y se negó á ello...

MAT. Rotundamente: me recordó su odio hacia ti; su honor... ¡ese honor, que coloca sobre la vida de su hijo!

FEDER. ¡No temas! En estos momentos yo no soy un enemigo, ni siquiera un hombre: soy un médico que cumple su deber; nada más. Espero que Santiago sabrá comprenderlo así.

MAT. ¡Ojalá!

FEDER. (Alegre.) Ten confianza en mí; ten fe: la fe remueve las montañas. Matilde, mi Matilde... bendigamos al Destino que así ordena las cosas, reuniéndonos de improviso tras dilatada separación, y buscando para pretexto de esta cita la solemnidad de la muerte.

MAT. (Pensativa.) Así es.

FEDER. Y conmigo vuelve también lo pasado. (Pausa. Mira ese reloj... (Señalando al colocado sobre la chimenea.) El, me separó de ti; él, me trae: entre sus engranajes el tiempo murmura y se retuerce la muerte convirtiendo

en ayer el mañana. ¡Escúchale!... Así cantaba cuatro años hace, acaso desde el mismo sitio, otra noche como ésta... la noche de tus desposorios, en que las palabras del marqués espantaban de tu frente mi recuerdo...

MAT. Es cierto, muy cierto. Mas, ¿á qué hablar de lo irremediablemente perdido? Aquéllo pasó; está enterrado: los muertos, Federico, no vuelven.

FEDER. Te engañas: nuestro pasado no ha muerto, sino que vive, que es... ¡que puede volver á ser!... Yo te amo, Matilde... te idolatro, más que nunca; por ti sería capaz del crimen, de lo monstruoso, de lo inconcebible... Y es tu hijo, quien me ayuda.

MAT. ¡Mi hijo, dices!

FEDER. Tu hijo, sí: porque lo pasado vuelve con él, crece con él... ¿comprendes?... Sin él yo no estaría aquí. Pero... no hablemos de esto, no es sazón; otro día... ¡quién sabe! Ahora, sobre mi bien, está la salud de ese niño, que es tu contento. Vamos, Matilde, á salvarle.

MAT. Sí, sí... pronto.

FEDER. Colaboremos juntos en esta obra santa. (Coge el estuche.)

MAT. ¡Hijo mío!

FEDER. No temas.

MAT. Apenas puedo sostenerme. (Ambos se dirigen hacia la derecha. Suena un timbre.) ¿Qué oigo?

FEDER. Aguarda...

MAT. ¿Eh?

FEDER. (Suspenso.) Han llamado...

ESCENA XI

MATILDE, FEDERICO y SERAFINA: luego, SANTIAGO

SERAF. (Entra corriendo.) Señora.
MAT. ¿Qué?
SERAF. ¡El señor!
MAT. (Con terror.) ¡Ah!
FEDER. ¡El marqués!
MAT. Sí.
FEDER. (Dejando en la mesa el estuche.) ¿Qué hago?
MAT. (Procurando serenarse.) Espera.
SANT. ¡Matilde! (Su voz indicará sorpresa y cólera.)
MAT. (Fingiendo tranquilidad.) En este momento...
SANT. (Avanzando.) ¿Qué hace Federico Vélez aquí?
MAT. (Digna.) Me explicaré.
SANT. ¿No dije que le despidieras?
FEDER. (Queriendo avanzar.) ¡Despedirme á mí!
MAT. (A Santiago.) Sí.
SERAF. (Conteniendo á Federico.) ¡Por Dios, prudencia!
SANT. (A Matilde.) ¿No lo supliqué, no lo ordené?
MAT. Sí, pero don Federico acaba de llegar...
SANT. (Mirando á la mesa.) ¡Falso!
MAT. (Con valentía.) Acaba de llegar y no iba á marcharse sin ver al niño.
SANT. (Irónico.) ¡Sin ver al niño! (Aparte á Matilde.) ¡Mientes, mientes!... (Dirigiéndose á Federico.) Caballero, puede usted retirarse.
FEDER. (Conteniéndose.) Caballero, está usted en su casa y...
SANT. Nada de amenazas.
FEDER. No amenazo.

SANT. Si le ofendí, estoy á su disposición. Beso á usted la mano.

FEDER. Nos veremos.

MAT. (Impetuosa.) ¿Cómo es eso? Ustedes dirimen su cuestión y á mí...

SANT. ¿Eh?

MAT. ¿Quién me ampara? ¿Quién salva á mi hijo?

SANT. (Sombrío.) No sé; cualquiera... ¡Yo no le condeno á morir!

MAT. ¿Hallaste al médico que buscabas?

SANT. No.

MAT. ¿Y vienes solo?

SANT. Sí.

MAT. ¡Ah, vienes solo!... ¡Vienes solo y quieres que Federico se vaya!...

SANT. ¡Matilde!... ¿Qué dices? ¡Le llamas así... Federico!...

MAT. ¿Qué importa?

SANT. ¿Cómo?

MAT. Quiero que salve á mi hijo.

SANT. ¡Matilde!

MAT. Lo quiero.

SANT. (Gritando.) ¡Matilde!

MAT. (Corriendo hacia la puerta del fondo.) ¡No, no se va!... ¡No le dejo ir!

SANT. (Avanzando hacia ella.) ¡Matilde!

MAT. (Desesperada.) Y vosotros no decís nada, no me ayudáis...

SERAF. Señor...

FEDER. (A Santiago con dignidad.) Sin perjuicio de batirnos mañana, hoy puedo curar al niño. La caridad, la misma ciencia que represento, me obligan á salvarle. Es mi deber.

SANT. (Sin responder á Federico y empujando á Matilde.) Quítate de aquí.

MAT. ¡Santiago, por tu madre!

SANT. Vas á perderme. ¡Quítate, quítate!...

MAT. Mi hijo, mi hijo se ahoga... ¡Santiago, por Dios!...

SANT. Vete.

SERAF. Señor...

MAT. (Forcejeando por desasirse.) ¡Oh! ¡Qué vergüenza!

SANT. Estoy yo antes que él.

MAT. No, no estarás. ¡Federico!...

SANT. Matilde...

MAT. ¡Federico!...

FEDER. Señora...

MAT. (Indicando la alcoba.) ¡Mi hijo!

FEDER. Le salvaré.

SANT. (A Federico, amenazador.) ¡Caballero!

SERAF. (Aparte.) ¡Jesús!

FEDER. Le salvaré.

MAT. Sí, sí.

SANT. No lo intente usted.

FEDER. (Conciliador.) Por Matilde...

SANT. No procure usted pasar. Estoy yo aquí.

MAT. ¡Santiago, por lo más santo!... ¡Oh! Por lo que más quieras, yo te lo ruego... ¡Devuélveme á mi hijo! Ese hijo es toda mi alma no me le quites. Por él soy buena, Santiago, que no por ti: él me salvó de todos los peligros, de todas las tentaciones; gracias á él, ¡sólo á él!... tu honor está incólume. ¡Y quieres dejarle morir! ¡Oh, no, jamás!.. No, no morirá mientras yo viva... imposible... No, Santiago... no me vuelvas loca, no... por tu bien, por el mío... Santiago... considera que los locos se atreven á todo...

SANT. (A Federico.) Salga usted.

MAT. ¡Santiago, por piedad!

SANT. Calla.

MAT. (Delirante.) ¡Santiago!

SANT. Defiendo mi honor y mi reposo, ¿entiendes? Mi honor: en mí, el hombre puede más que el padre.

MAT. ¡El hombre!

SANT. Sí; el hombre, el caballero.

MAT. ¡Ah! Pues en mí, la madre vence á la esposa.

SANT. ¡Matilde!

MAT. Vence la madre.

SANT. No lo repitas.

MAT. ¡Federico! ¡Mi hijo!

SANT. ¡Calla!

MAT. ¡Sálvale!...

SANT. ¡Oh!... ¿Qué es eso?

MAT. Sálvale.

FEDER. (A Matilde, aparte.) ¿Qué hago?

MAT. ¡Sálvale!

SANT. No intente usted pasar; defiendo mi honor, mi cariño... (Por Matilde.) Ese cariño, que es mi vida.

FEDER. (Amenazador.) Marqués...

SANT. Sobre ese cariño, nada, nada... ¡Ni lo eterno!

FEDER. Olvide usted lo que hay entre nosotros: en estos momentos yo no soy un rival...

SANT. (Interrumpiéndole.) ¡Siempre!

FEDER. No, no soy un enemigo, sí un médico que cumple su deber. No se oponga usted á ello... ¡Lo ruego... por última vez!

SANT. Atrás.

MAT. (Como loca.) ¡Sálvale, sálvale!... El Destino lo dispone así.

FEDER. (A Santiago.) Ella lo quiere.
SANT. (Colocándose delante de la alcoba.) ¡Quieto!
MAT. Federico, mi Federico...
SERAF. (Queriendo taparla la boca) ¡Señora, señora!
MAT. ¡Federico!...
SERAF. Está loca.
MAT. ¡Mi hijo!... ¡Salva á mi hijo!
SERAF. No sabe lo que dice. (Forcejea con Matilde procurando contenerla.)
SANT. ¡Miserables!
SERAF. ¡Dios mío!
SANT. Atrás; yo mando aquí.
FEDER. Nunca.
SANT. ¿Cómo?
FEDER. Nunca. ¿Por qué?
SANT. ¡Yo mando!
FEDER. No, tú no: ella, ella es quien manda; ¡ella, la madre!...
MAT. Federico.
FEDER. Voy.
MAT. Mi hijo.
FEDER. Le tendrás. Yo le salvaré. (Quitándose el gabán.)
SANT. ¡Infames.
FEDER. Atrás, paso.
SANT. Será por encima de mí.
FEDER. ¿Qué importa? Yo soy como la naturaleza, que matando da la vida. ¡Abridme paso!
SANT. Nunca.
MAT. (Gritando.) ¡Federico!... ¡Santiago!...
SERAF. ¡Don Federico... don Federico!... ¡Señor.. por piedad!
FEDER. Paso.
SANT. Jamás.
MAT. ¡Santiago!

FEDER. ¡Paso!... Tú eres lo viejo, lo inútil, la muerte... Yo soy la salud; la salud y la vida. ¡Paso á la vida!

SERAF. (Corriendo hacia la ventana.) ¡Socorro, socorro!

SANT. Prueba á pasar.

FEDER. Así.

(Luchan: Federico derriba á Santiago.)

SERAF. ¡Socorro!

MAT. Me muero...

SERAF. (Corriendo hacia ella.) Señora... señora...

MAT. (Desvaneciéndose en brazos de Serafina.) ¡Estaba escrito!...

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Madrid.—Noviembre, 1902.

VICO

Antonio Vico, el príncipe de nuestros actores, murió á los sesenta y dos años tras una carrera artística de medio siglo; carrera avasalladora, deslumbrante, como el resplandor de los cometas: el prodigioso resucitador de *Don Pedro de Castilla,* del *Cid Rodrigo de Vivar*, de *Marsilla,* de *Pedro Crespo,* del sombrío *Don Alvaro,* del galante *Don Juan* y de tantas otras gloriosas é imperecederas figuras de la historia y de la literatura nacionales, yace en Nuevitas durmiendo bajo tierra extraña su último sueño; sueño terrible, sin pesadillas ni despertar... Allí está inmóvil, las manos cruzadas sobre el pecho, el artista inquieto por cuyo rostro pasó el fulgurante relampagueo de todos los anhelos, y cuya complexión vagabunda le impulsó á recorrer las más apartadas latitudes.

Antonio Vico nació en Jerez de la Frontera el año 1840 y sus primeros estudios los hizo bajo la dirección del inolvidable don José Valero, con quien trabajó en Barcelona: debutó en Málaga, representando en la zarzuela *Los Madgyares* un papel insignificante; después estuvo en el teatro Principal de Valencia. A pesar de su arrogante figura, de su voz que entonces era potente y sonora, y de su juventud, que prometía legítimos y bien sazonados frutos, ni Romea ni don Joaquín Arjona repararon en él.

Más tarde, el año 1865, animado por su ambición y el consejo unánime de sus buenos amigos, se presentó en el antiguo teatro Lope de Rueda, de Madrid, con una compañía que reunió en Valencia y de la cual formaban parte la Castro de primera actriz, Juanito Ruiz de galán joven, y el barba don Julio Parreño. La obra elegida para inaugurar la temporada fué *Los amantes de Teruel*, á cuya representación asistieron Hartzenbusch, Ayala, García Gutiérrez, Tamayo y otros ilustres autores. De allí pasó al teatro Alhambra, donde estrenó su primera obra, *La capilla de Lanuza*, que también era el primer drama de Marcos Zapata: drama famosísimo que su autor vendió por quinientas pesetas, porque como Zapata dice,

«...Cuando no se tiene un real,
desde Homero hasta Zorrilla,
no digo yo una *capilla*...
¡se vende una catedral!

Por primera vez, en 1873, pisó Vico el escenario del teatro Español, representando con gran fortuna *La muerte de Cisneros* y *La vida es sueño*; y más tarde, en 1880, y en unión de Rafael Calvo, estrenó el drama de Echegaray *La muerte en los labios*, interpretando con extraordinario acierto el tipo del feroz calvinista Walter. *El nudo gordiano, El gran galeoto* y *La Pasionaria*, proporcionaron al joven actor nuevos y señaladísimos triunfos.

Durante aquellos cuatro ó cinco años, el genio poderoso de Rafael Calvo sirvió á Vico de enérgico acicate. Nadie ha podido olvidar aún las nobles luchas que diariamente entablaban aquellos dos colosos: los triunfos de Rafael mordían el amor propio de Antonio, que trabajaba sobrepujándose á sí mismo; lo que uno empezaba á decir con una frase,

el otro lo terminaba con un gesto; las palabras iban y venían entre ellos vibrando, sonoras como un choque de espadas, y ambos justaban animosos, inimitables, arrebatándose los aplausos del público, divinizados por las sacudidas brillantes de los grandes triunfos. Muerto Calvo, sintió Vico la falta de aquel de quien siempre fué hermano, y la pereza invencible de su temperamento andaluz empezó á mermar la honrada emulación que hasta allí le sostuvo.

En Marzo de 1892, representó en el teatro de la Princesa el hermoso drama de Zorrilla, *Traidor, inconfeso y mártir*, y dos años después embarcó para Buenos Aires, visitando luego Montevideo, Valparaíso, Lima, Venezuela, Puerto Rico, Habana, Matanzas, Cárdenas y México, donde sufrió una grave extinción de voz.

Regresó á España en 1895, y tras una larga peregrinación por provincias regresó á Madrid, estando primero en Novedades y luego en la Zarzuela, donde había trabajado en tiempos de Arderíus. La última obra que estrenó en Madrid fué el drama *Cleopatra*, de Eugenio Sellés, que no gustó.

Antonio Vico fué buen esposo, buen padre, amigo excelente y hombre simpático y de alegre y amenísima conversación. Su carácter, como su inspiración artística, ofrecía aspectos muy diversos: á veces era ingenuo y sencillo como un estudiante, y á ratos tenía, como Fernández y González, desplantes orgullosos muy disculpables en un actor de su valimiento y calidad.

Una tarde, hallándose con Rafael Calvo en el café Suizo, alguien les preguntó de dónde eran.

—Este — se apresuró á decir Antonio — es de Sevilla. Yo no pude pasar de Jerez...

Y el veterano autor don Jacobo Sales refiere que otra noche, representándose *Don Juan Tenorio* en el teatro de la Princesa, decía Tamayo que no comprendía por qué Zorrilla escribió casi todo el segundo acto de su célebre drama en ovillejos, siendo este un metro antiteatral y de muy difícil dicción. Vico, que llegaba en aquel momento de escena y sin duda tenía deseos de trabajar, exclamó respondiendo á Tamayo:

—Vayan ustedes luego á butacas y comprenderán por qué don José escribió los ovillejos de su *Don Juan*...

Y Sales asegura que jamás vió á Vico accionar mejor, ni decir con más elegancia y desenfadado donaire.

Otra anécdota más antigua refleja bien la conciencia que tuvo Antonio Vico de sus altos méritos. La refiere Federico Balart.

Se estrenaba *Consuelo,* y el primer acto sólo provocó un aplauso débil y de mera cortesía. Ayala, nervioso, iba y venía por entre bastidores, agitando como un león su hermosa melena romántica, murmurando:

—¿Qué sucede aquí?...

Al pasar junto á Vico, que estaba apoyado sobre la puerta del foro, exclamó sin poder contenerse:

—¿Por qué no me llaman?

—Ahora le llamarán á usted, don Adelardo—repuso Antonio sonriendo.

Y salió á escena diciendo la célebre redondilla:

«Dichas que no merecí
en pago de amor sincero,
por tan obscuro sendero
¡qué tristes llegáis á mí!...»

¿Cómo lo dijo? ¿Con qué gestos subrayó aquellas

palabras?... Nadie podría decirlo: el público empezó á aplaudir; la obra fué salva; Ayala salió á escena.

La última vez que Zorrilla asistió á la representación del *Tenorio*, Antonio Vico le *dedicó* el quinto acto. El viejo cantor inmortal de Granada, quedó atónito.

—Ese *Tenorio*—decía—no es el mío; ¡es el suyo!

Los pintores, y los caricaturistas especialmente, saben muy bien que un solo rasgo fisonómico basta á darnos el retrato y aun el alma de la persona que queremos representar: todo el espíritu de Antonio Vico estaba en su entrecejo; aquellos ojos y aquellas cejas, que la costumbre de espresar continuamente pasiones diversas dotó de extraordinaria movilidad, fortalecían el rugido inolvidable que el gran actor lanzaba en *Teresa Raquin*, y lo decían todo: la agonía de Walter, la cólera fatal de don Alvaro, la duda de Hamlet. Era el sobrecejo grave, dominador y pensativo, de los héroes y de los dioses...

Ya viejo, todavía interpretaba Vico, como nadie, el Yorick de *Un drama nuevo*. ¿Quién ha olvidado los dos célebres versos de la gran creación de Tamayo?...

«¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata
que el honor y la dicha me arrebata!»

Y luego aquella pregunta terrible, que erizaba los cabellos:

—«Alicia, Alicia... mírame así, de frente... ¿Acaso tienes miedo de mí?»

Aquel *miedo* entre los labios de Vico, dicho con su voz angustiosa y nublada, tenía algo inexplicable de rugido y de sollozo.

Los últimos años que el célebre artista pasó en España, fueron durísimos para él. Le conocí en Novedades; viejo, achacoso, afónico, sosteniendo una campaña suicida, representando seis y siete actos diarios: *El nudo gordiano* y *La carcajada*, *Mancha que limpia* y *La vida es sueño*...

Salía de escena con la noble frente bañada en sudor copioso, y regresaba á su cuarto desfallecido, agarrándose á las paredes. Luego se dejaba caer en un sillón, los ojos fijos en el suelo, las rodillas abiertas.

—¡No puedo más!—decía,—¡me ahogo!...

Antonio Vico, tan amante de su familia y de su pátria, murió á la vista de Nuevitas en un buque «impregnado—como dijo Echegaray—con la amargura de las olas,» y su agonía columpiada por las aguas del Atlántico, sería inquieta, como inquieta y azarosa fué su vida. El arte nacional está de luto. ¿Quién podrá, en efecto, recoger dignamente el cetro trágico que arrancó la muerte de las manos frías del gran actor?...

LUISA

Serían las nueve de la noche cuando regresé á mi cuarto dispuesto á poner en limpio el borrador de mi novela *Tik-Nay*, que el editor M. Bouret me había encargado.

Para convertir mi modestísimo lavabo de madera en mesa de trabajo, hube de colocar la palangana y el jarro del agua en el suelo: la media vela con que la tacaña munificencia de mis patronos amparaba mis vigilias, ardía en una palmatoria de hojalata colocada á mi izquierda, sobre un ángulo de la barandilla que circuía el lavabo: á mi derecha quedaba la puerta; detrás el lecho, ingrato y angosto, inmóvil bajo una colcha roja; sobre mi cabeza el techo aboardillado declinaba en rapidísima pendiente, amenazando desplomarse sobre mi maleta colocada al fondo de la habitación, junto á una silla inservible, olvidada allí, probablemente, desde largo tiempo atrás: en los cristales del ventanuco abierto en el techo, la lluvia murmuraba suavemente...

Aguijoneado por la dura necesidad, trabajé activamente más de dos horas, fumando lo menos posible y sólo cuando la malhadada afición al tabaco me movía mucho á ello, como soldado prudente que, sabiéndose con pocas municiones, las economiza y únicamente se resuelve á emplearlas en los momen-

tos definitivos. Hasta aquel desván suspendido bajo las pizarras del tejado en la inmensidad negra y fría de la noche, no llegaba ningún ruído: el hotel dormía, el somnífero murmullo de la lluvia ahogaba el eco velado de los coches que rodaban allá abajo, á lo largo de la calle tortuosa y estrecha; en el silencio mi pluma corría sobre las cuartillas con el suave escarabajeo del ratoncillo que roe un montón de papeles; la vela parpadeaba, y en su cono azulado-rojizo, el pábilo, semejante á un moco negro, se alargaba inclinándose melancólico.

Mientras los dedos de mi mano se contraían nerviosamente sujetando la pluma, el pensamiento indócil vagabundeaba con voltarios mariposeos por opuestos rumbos; y ya corría el *boulevard* recomponiendo impresiones de la jornada; ya lanzaba al porvenir una mirada interrogante y desconfiada; ó dedicaba á la patria, á los padres y á los hijos, fugitivos recuerdos; ó se aplicaba corajosamente al trabajo enmendando lo escrito, limando la frase, dando á las ideas precisión, brillo y robustez.

De cuando en cuando, fatigado de aquel doble esfuerzo físico y moral, me retrepaba en la silla, echando el busto contra el respaldo que crujía, resoplando fuerte...

De pronto oí los pasos de una mujer que subía presurosa la angosta escalerilla de los desvanes; el rítmico risrás de sus faldas crujientes, llenó el silencio del mudo pasillo, obscuro y frío, abierto entre dos filas de puertas cerradas.

—Será mi vecinita del cuarto inmediato—pensé.

Sin dejar de escribir, recordé su silueta de obrerilla parisina: tendría dieciséis años; era de mediana estatura, apretada de carnes, morena, los ojos

perezosos y alegres, la naricilla *en l'air*... Y luego sus manos siempre enguantadas, su gabancillo varonil de color café, su sombrero; una especie de gorro, algo viejo ya, adornado con un gran lazo de color violeta y un puñado de flores.

Mi vecina pasó ante mi puerta, que estaba entornada, deteniéndose junto á la del dormitorio contiguo; metió la llave en la cerradura; después murmuró frases ininteligibles de contrariedad y despecho y tornó á salir: yo levanté la cabeza para verla, mas no pude por hallarme en la luz y ella en la sombra. Sus pasos se alejaban á lo largo del carrejo: luego la oí llamar:

—*¡Garçon!... ¡Garçon!...*:

Pasó medio minuto; nadie contestaba. Ella tornó á decir:

—*¡Garçon!...*

Balbuceaba palabras de cólera. ¡Qué servicio tan asqueroso y tan innoble el de aquel hotel!... Y repitió:

—*¡Garçon!...*

Volvió sobre sus pasos y acercándose á la puerta de mi cuarto llamó con los nudillos.

—Adelante—dije sin moverme.

Tiró de la puerta, que se abría hacia afuera. Sí, era mi vecina: sobre el fondo del pasillo negro, como una de esas figuras borrosas que los pintores esbozan en las escenas ó paisajes nocturnos, surgió su imagen: con su semblante mofletudo y pálido, su mirar persistente y triste, ensombrecido por la melancolía romántica de las muchachas pobres que sueñan y esperan perpetuamente tiempos mejores; su gabancito varonil, sobre el cual los botones pintaban una doble hilera de puntos metalescentes. En su mano derecha mi vecina llevaba una vela.

—Caballero—dijo,—¿tiene usted cerillas?

—Sí, señorita...

Eché mano al bolsillo, sacando mi caja de fósforos. Mi interlocutora agregó:

—Usted sabrá perdonarme esta indiscreción; he venido á molestarle... pero, ya ve usted: estoy á obscuras y el maldito *garçon*, sin duda se ha acostado...

Mientras hablaba, sus ojos curiosearon por la habitación, resbalando rápidamente desde el lecho á la maleta, colocada y como aplastada bajo el techo; y luego al lavabo, convertido en mesa de labor y cubierto de cuartillas.

—Usted trabaja mucho—dijo.

—Mucho, sí, señorita.

—Todas las noches le siento á usted escribir hasta muy tarde.

—No tengo otro remedio.

—Yo también trabajo todo el día: mas si pudiera, laboraría de noche: es más aristocrático.

Sonreí, ofreciéndola la silla en que estaba sentado: la única silla disponible.

—¿Y usted—repuso—dónde va á sentarse?

—Aquí, al borde de la cama, cerca de usted.

Aceptó mi ofrecimiento, mirándome disimuladamente mientras se quitaba los guantes. Después cogió un puñado de cuartillas y procuró leer.

—¿En qué están escritas?

—En español.

—¡Ah!... ¿Es usted periodista?

—Sí.

—¿Y estas serán crónicas para su periódico?...

—No; eso es una novela para el editor de la *rue* Visconti, M. Bouret.

Aquella vez advertí que mi joven amiga levanta-

ba los ojos para examinarme de hito en hito, francamente, y pasajeramente me sentí orlado del prestigioso nimbo legendario con que los habitantes de las frías latitudes septentrionales adornan á los hijos oriundos del país del sol.

—¡Escritor!—murmuró complacida;—*c'est chic!*

¡Pobre ingenua! ¡Hallaba *chic*, ser periodista y español!...

Quiso retirarse; yo la disuadí.

—No se acueste usted aún—dije;—quien duerme, no vive; y la vida, aunque sea mala, es preferible á la muerte. Hablemos, pues...

Hablamos; díjome hallarse empleada en un almacén de sombreros, sito en las inmediaciones de la Puerta San Martín y en cierta vieja calle cuyo nombre he olvidado; ganaba dos francos y trabajaba desde los ocho de la mañana hasta las siete de la tarde; á mediodía tenía una hora libre para almorzar.

—Gasto cuarenta francos en comer—añadió,—y la habitación me cuesta quince; restan, pues, cinco francos mensuales para vestirme. Como ve usted, mi suerte no es envidiable...

—Sí, efectivamente...—repuse,—pero, ¿qué remedio? La vida es así; yo también trabajo mucho desde hace tiempo y no salgo de pobre.

Procuré consolarla explicando que en el arte, como en el taller, la lucha implacable por el pan es la misma: para los parias ese combate no tiene treguas; es noche sin aurora, mar sin playas, tiempo sin medida, desierto sin oasis... Nuestro desamparo y miseria nos hermanaban, poniendo entre ambos pluralidad de deseos y emociones comunes: ella tenia frío y en mi cuarto no había lumbre; advertí que su gabán y sus cabellos estaban mojados por

la lluvia; mi pobre vecina no logró nunca reunir dinero para comprar un paraguas; yo tampoco hubiese podido salir á la calle sin riesgo de mojarme, porque mi calzado era de tela y estaba roto. Y aquello, con ser mucho, no era lo peor; lo peor vendría después, cuando el invierno se formalizase. También hablamos del débil tabique que separaba nuestras habitaciones y por el cual los ruídos menores pasaban: podíamos espiarnos mutuamente y sin esfuerzos de atención; todo se oía: el crujir de los muelles del lecho, el ruído con que el agua del jarro caía dentro de ls palangana, el tenue roce de la toalla con que nos secábamos las manos. Aquello equivalía á vivir juntos... Yo, sintiendo madrugar á mi vecina, comprendía que la pobre no andaba bien de rentas; ella, oyéndome trasnochar hasta muy tarde, pensaba que el peso de los *luises* no debía de romperme los bolsillos...

Ella, distraída y alegre, cogió la pluma y una cuartilla donde empezó á escribir los versos de una cancioncilla en moda; yo miraba su nuca de color mate, sobre la cual los cabellos desrizados por la lluvia se adherían; y luego su talle breve y sus caderas ampulosas, rebasando por todas partes el perímetro cuadrangular de la silla.

—¿Cómo se llama usted?—pregunté.

—Luisa.

—¿Luisa, qué?...

—Luisa Côme. ¿Y usted?

—*Edouard.*

Continuó plumeando, divirtiéndose en escribir su nombre y el mío enlazados. Animado por aquella muda muestra de simpatía, me acerqué á mi joven amiga, besé su nuca, mordiendo sus cabellos que me cosquilleaban los labios.

—Estése usted quieto—exclamó defendiéndose con un gesto digno y frío.

—¿Por qué?

—Todavía, para eso, es demasiado pronto.

No insistí, pues no hubo en su repulsa sombra de gazmoñería ni de femenil disimulo, sino la repulsa instintiva, sincera, rotunda, que á los espíritus delicados inspiran las caricias demasiado bruscas. Nos despedimos hasta la mañana siguiente, quedando comprometidos á vernos todos los días.

Luisa salió, dejándome presa de íntimo y suavísimo júbilo; me reconocía menos aislado que antes y tranquilo, cual si repentinamente hubiera asegurado el abrigo y el pan de todos mis días. Luego la sentí llegar á su cuarto, cerrar la puerta, acostarse; bajo el peso de sus caderas macizas, el lecho, inseguro, crujía. Di con los nudillos algunos golpes en el tabique.

—¿Está usted acostada?—grité.

—Sí. ¿Y usted, no se acuesta?

—En seguida.

Así fué; el sueño me vencía y dejé la pluma; y es que la alegría empereza acaso más que el dinero y la hartura de todos los goces. A la mañana siguiente, muy temprano, Luisa llamó á mi puerta; abrí los ojos, frunciendo los párpados, molestado por la dura luz cenital del ventanuco.

—¿Quién?

—Yo; es muy tarde, van á dar las ocho; corro al trabajo; adiós.

Por la noche volvimos á vernos; yo estaba escribiendo cuando ella llegó, mojada, renegando de la lluvia que empapó sus vestidos. Sentóse y hablamos de asuntos diversos, entreabriéndonos mutuamente el santuario de nuestra intimidad, pre-

guntándonos acerca del pasado, maravillándose ella de que un español como yo no tuviese navaja...

Aprovechando un momento en que su buen humor y sus risas se desbordaban, quise abrazarla; me rechazó:

—Todavía no—dijo;—mañana.

Aquel día mi vecina se levantó muy tarde; era domingo: el día dorado del reposo y del sol. Cuando salí de mi cuarto para ir al de Luisa, serían las doce: ella acababa de levantarse y su rostro grueso conservaba aún la pesadez soñolienta de una larga quietud: probablemente estuvo acostada y despierta durante muchas horas, gustando el placer aristocrático, tan codiciado por los pobres, de levantarse tarde.

—¿Dónde irá usted esta tarde?—pregunté.

—No sé; quizá visite á una tía mía dueña de un Salón de Lectura.

—¿Y dónde almorzará usted?

—Aquí.

—¿Fiambres?

—Sí. Con un panecillo y un pedazo de queso que reservé de mi cena de ayer, resisto perfectamente hasta la noche. Yo cómo muy poco.

Describió el aspecto del modestísimo *restaurant* donde ella y sus compañeras de trabajo almorzaban. Era un salón rectangular, sucio y obscuro, sembrado de mesitas cubiertas por largos manteles blancos cuyas puntas llegaban al suelo; un mozo alto y cetrino, iba de aquí para allá con paso tardo y una servilleta al hombro, sirviendo á los parroquianos; gente pobre que comía deprisa, metiendo groseramente sus cucharas en los platos de potaje, y con el sombrero puesto. Al fondo del local y alrededor de una mesa capaz para doce ó quince per-

sonas, se sentaban las compañeras de Luisa: entraban arracimadas y riendo, llenando el salón húmedo con la alegría estruendosa de sus voces y la expresión de sus semblantes pálidos bañados en el nimbo chillón de sus rojos cabellos. Todas se sentaban juntas, hablando simultáneamente, entregándose al doble júbilo de la libertad y del reposo, comentando lo más notable ocurrido en el obrador, burlándose de la maestra y del jefe de talleres, con su abdomen puntiagudo y sus piernecillas estevadas, preparando diversiones y giras campestres. Algunas citaban allí á sus amantes, sobre cuyos hombros reclinaban á los postres, bajo la atmósfera azulada que formó el humo de los cigarrillos, sus cabecitas inconscientes... Esto sólo ocurría durante la semana; los domingos la gran mesa del *restaurant* quedaba vacía de obreras; el regocijo de vivir las dispersaba y todas corrían tras su contento, unas al campo, otras al baile. Luisa Côme, que no tenía amante ni amigas predilectas, había de resignarse con el melancólico Salón de Lectura de su tía Beatriz.

Yo repuse:

—¿Quiere usted almorzar conmigo?

—¿Y después?

—Después, pasearemos.

Ella, recordando tal vez, los aplazamientos propuestos por su prudencia á mi deseo, me miró con la parsimoniosa cautela con que se observa al acreedor que viene á presentarnos una factura importante.

—Bueno...—dijo.

Salimos á la calle dirigiéndonos hacia el Pasaje Jouffroy, donde almorzamos. Era uno de los últimos días del pálido otoño; las calles estaban moja-

das y las mujeres caminaban recogiéndose los vestidos: el ambiente frescachón acariciaba las mejillas; un apretado tapiz neblinoso cubría los cielos. Luisa vestía como siempre: su sombrero adornado con un lazo y un manojo de viejas flores; su gabancillo de corte inglés que apenas la cubría las caderas; su falda negra, bastante usada; sus brodequines de becerro... Al ver una tienda de modas, Luisa sumergió en los escaparates una larga mirada codiciosa y profunda.

—Cuando tenga dinero—dijo—he de comprarme un sombrerito redondo.

Asentí mordiéndome los labios, sintiendo no poder satisfacer inmediatamente aquel fácil capricho. Los sombreros *canotiers* son, para las obrerillas parisimas, un ideal; lo que para un jovenzuelo el primer frac; lo que para una chula, un mantón alfombrado.

Almorzamos bien y observé complacido los bienhechores efectos que aquella comida copiosa producía en mi compañera, avezada á los guisotes suicidas de un *restaurant* de ínfimo orden. Luisa habló mucho; tenía los ojos brillantes y sus carnosas mejillas ardían. Luego de beber café nos dirigimos hacia los grandes *boulevares*, invadidos á la sazón por una multitud fanática y estúpida que la heroica campaña de Emilio Zola, en favor de Dreyfus, enardecia. Nadie, ni aun el prodigioso pintor de *Germinal* y de *La Debâcle* sabría copiar la espantosa hoguera de intereses, odios, ambiciones políticas y rencores innúmeros, que abrasaba á París en aquella época. Los judíos, acobardados momentáneamente por el inaudito suplicio que la injusticia brutal de los más fuertes estaba realizando en la Isla del Diablo, callaban horrorizados, con el ho-

—¡A ese, á ese, que es judío! ¡Matarle ahí!...

rror expectante, reconcentrado, que inspiran á las multitudes las tragedias de la guillotina; y París, luego de salvar lo que él llamaba «honor del ejército francés,» fué olvidando á Dreyfus, la víctima inocente que agonizaba allende los mares cubierta de oprobio, entre cuatro paredes...

De pronto Zola arroja á la cabeza del Presidente de la República su implacable *¡J'accuse!*...

—¿Quién osa levantar su voz hasta nosotros?— exclaman los poderes constituídos.

Zola responde:

—Yo.

Y al contestar así, no alude á su elevada personalidad de artista inmortal, sino á su condición de hombre libre y consciente, amante de la razón y del derecho, que habla creyéndose bajo la noble égida protectora de un gobierno honrado y justo. La voz poderosa de Zola es el grito colérico del clarín que empuja á la batalla; los semitas, reanimados súbitamente, se buscan, se agrupan, se estrechan las manos, juran vaciar el oro de sus arcas para rescatar al hermano infeliz, cargado, como el cabrón que los antiguos egipcios lanzaban al desierto, con las culpas de todos, y *L'Aurore* les sirve de tribuna. Con ellos están también los anarquistas, los socialistas, los republicanos de buena cepa, enemigos de la teocracia, los librepensadores; todos los díscolos, en fin, que forman más ó menos en la extrema izquierda de las modernas corrientes filosóficas y políticas. Pero ante aquella numerosa, fuerte y apretada hueste, congrégase otra multitud infinitamente más numerosa y mejor armada: los antisemitas tienen el apoyo material y moral del ejército, que juzgándose ofendido en las personas de los generales acusados por Zola, abominan de éste; y

suman también á esta eficacísima alianza la de todos los elementos aristocráticos y teocráticos, la protección incondicional del gobierno, la adhesión de los jesuítas, de la juventud estudiosa, de las autoridades civiles, de la prensa, que tan inmenso poder ejerce sobre la opinión francesa. Casi todos los periódicos son antidreyfusistas; los caricaturistas, Caran-Dache entre otros, ridiculizan á Zola, presentándole en momentos y actitudes innobles, y aquellas caricaturas se venden por millares; Rochefort y Drumont concitan sobre la cabeza augusta del padre de *Teresa Raquin* y de *Nana,* una tempestad implacable de odios. El artístico Montmartre le vuelve la espalda; la adinerada burguesía del *faubourg* Saint-Germain, abomina del «*miserable crapuloso*» que surge inopinadamente á turbar con su briosa protesta y sus alardes justicieros, el reposo beatífico de sus digestiones; los estudiantes del barrio Latino, también se arremolinan bajo la negra bandera de la reacción, gritando:

—*¡Compuez Zola!...*

Nada, sin embargo, intimida á Emilio Zola, quien, no satisfecho con esperar la lucha cruzado de brazos, corre al encuentro de las muchedumbres indignadas, aconsejándolas primero, fustigándolas después con verbo durísimo, llamando á todos sus detractores al banquillo de los acusados, respondiendo al grito trepidante de la plebe colérica con el reto temerario de un duelo á muerte. Zola, como Voltaire, hubiera podido escribir sobre su escudo nobiliario: «Todos contra uno, uno contra todos.»

Tras el inolvidable *¡J'accuse!...* la prueba más gallarda y rotunda de independencia de espíritu que conozco, Emilio Zola publicó su *Carta á la juventud,* y sucesivamente la *Carta al Ejército* y la

Carta al Cuerpo de Seguridad, de todas las cuales se vendieron por París en pocos minutos millares de ejemplares; y la gran ciudad retembló cual si un enjambre de diablos locos ejecutasen sobre ella un redoble de campanas y de tambores infernales.

No obstante, Zola triunfa; su esfuerzo sobrehumano arrolla el ímpetu combinado de millares de enemigos, y su gesto es bello y heroico como el del nadador que vence el empuje de un torrente, del torrente formidable que arrancó de su lecho peñas enormes y desarraigó los cedros seculares: los furiosos borbollones del desprecio y del odio pasan sobre su cabeza; todos son á insultarle, tirándole á los ojos el estiércol de la calumnia; todos le golpean, unos en el pecho, otros en la frente, los peores en la honra; él, impasible y mudo, cruzado de brazos como Napoleón ante los campos de batalla, sigue y sigue... y tiene aquel avance algo de incontrastable y fatal. Ya ha logrado la revisión del famoso proceso; ya algunos miserables que él acusó se han suicidado; ya el infeliz Dreyfus ha vuelto de la isla del Diablo y espera entre rejas la sentencia, favorable ó adversa, del tribunal que ha de juzgarle; dreyfusistas y antisemitas rodean desde las cinco de la mañana los altos muros del Palacio de Justicia, sin cuidarse del barro donde se hunden sus pies ni del agua que llueven las nubes. No obstante, el grito de la reacción resuena por todas partes, como eco sombrío de los viejos siglos.

«M. Zola—leo en *L'Intransigeant*,—protegido por algunos policías, dirígese hacia la salida del Palacio al *boulevard*. La multitud, que logró romper el cordón de guardias, le persigue injuriándole. Zola, macilento, desfallecido, es casi arrastrado por el abogado Labori al franquear la verja. Por todas

partes resuenan gritos terribles de: *¡Compuez Zola!* La policía carga para dispersar á los manifestantes; la muchedumbre procura acercarse á Zola enseñándole los puños; un hombre avanza y poniéndole un puño en la nariz, grita:—*¡Crapuloso! ¡Miserable! ¡A muerte!...* Y la multitud repite:—*¡A muerte, á muerte! ¡Al agua!...*»

. . . . . .

Cuando Luisa y yo llegamos al *boulevard*, el grito eterno, el odioso grito de *¡Compuez Zola!* llegó á nuestros oídos: el hampa de París y nutridos grupos de estudiantes, avanzaban por el comedio del anchuroso boulevard de los Italianos, dando ¡mueras! á Dreyfus y á los judíos; los agentes de orden público procuraban ahuyentar á los manifestantes sable en mano; frecuentemente los coches y aun los grandes ómnibus de *Magdelaine-Bastille,* cargados de viajeros, tenían que detenerse para no atropellar á los transeuntes fugitivos, que huían convergiendo instintivamente hacia los mismos puntos; la multitud que discurría pacíficamente por las aceras, se arremolinaba delante de los portales, recelando una agresión. Luisa no sabía exactamente lo que tan revuelta baraunda significaba: ella no leía periódicos; hasta su obrador, perdido en la encrucijada de dos viejas calles estrechas y aislado del mundo por el culto devorante del trabajo, no llegaban los ecos clamorosos de la vida. Mientras nos dirigíamos hacia el Louvre, procuré explicar concisa y claramente de qué se trataba; y Luisa, que era buena, púsose inmediatamente y por íntimo y espontáneo impulso de parte de Dreyfus y de Zola, de los oprimidos; Alfredo Dreyfus tenía hijos y mujer; ¡pobrecillo!... ¡Cuánto habrá sufrido; qué ganas tendrá de abrazarles!... Luego su alma cándida

desatóse en improperios contra la burguesía y el clero, guiada por ese instinto que mueve al pueblo á ver en los jesuitas los autores y responsables únicos de todo lo malo. Los grupos de furiosos manifestantes pasaban rozándonos con un aleteo fatídico de buitre que persigue hambriento alguna presa, y sus gritos oprimían el corazón con la doble emoción depresiva de la injusticia y del miedo:

«¡Abajo Zola!... ¡Abajo Dreyfus! ¡Mueran los judíos! ¡Viva el ejército!...»

Las turbas corrían con los cabellos en desorden, amenazando á todos con sus puños crispados, dirigiendo al cielo nebuloso sus bocas abiertas, desquijaradas por un odio inconsciente y estúpido. Frente á la iglesia de la Magdalena, varios gendarmes dieron una carga que los manifestantes procuraron resistir arrojando sobre los representantes de la autoridad una lluvia de piedras; también sonaron varios tiros, pero el grupo de revoltosos quedó deshecho; los que lo formaron huían por las aceras para tornar á reunirse más lejos: tras aquel pelotón vocinglero venían otros y otros... y las cargas y las carreras y las pedradas se repetían. Dominando el fragor de estos pequeños combates, las gargantas enronquecidas gritaban:

—¡Abajo Zola! ¡Mueran los judíos!...

Luisa se aferraba á mi brazo, intimidada por tan furioso y sostenido clamoreo; sabíamos que, en tal situación, bastaba que un mal intencionado gritase apuntándonos con un gesto:—«¡Esos son judíos!...» para que la muchedumbre imbécil y fanática cerrase contra nosotros.

Llegamos á los Campos Elíseos y proseguimos nuestro paseo hacia el Arco de Triunfo, cuya magnífica mole de piedra recuerda desde muy lejos la

figura de Napoleón, entrando por él cargado de laureles. De pronto ocurrió un lance que pudo costarme muy caro. Delante de nosotros, á bastante distancia, un numerosísimo grupo antidreyfusista, se apiñaba profiriendo en gritos iracundos contra Zola y los judíos. Repentinamente, como por ensalmo, los gritos cesaron para comenzar en seguida. Todos voceaban:

—¡Un judío... un judío!... ¡A ese, que es judío!...

Advertimos en la muchedumbre un movimiento extraño, é inmediatamente Luisa y yo, presintiendo un grave peligro quisimos apartarnos de allí, huyendo del centro del paseo hacia la acera más próxima. Luisa corría delante de mí, repitiendo:

—Ven, ven...

Pero ya no pudimos, porque á los dos la emoción de lo trágico acababa de encadenarnos al suelo. Del fondo negro formado por los gabanes y obscuros trajes de los manifestantes, surgía el rostro lívido, espantosamente lívido, de un hombre que huía; y tras aquel semblante descompuesto por el terror, otros semblantes, pálidos ó rojos, descompuestos por la ira.

—¡A ese, á ese, que es judío! ¡Matadle ahí! (*)—rugían quinientas gargantas.

La emoción me había quitado todo movimiento y mis ojos se dilataban abarcando el horror de la innoble escena; Luisa me llamaba inútilmente desde lejos. El pobre judío perseguido corría hacia mí derechamente; había perdido el sombrero y sobre su frente cubierta de sangre los cabellos se erizaban; tenía los labios exangües; en sus ojos, de par en par abiertos por el miedo, creí leer una súplica dirigida á mí; la súplica de no lastimarle, de no atajarle en su huída... Era un hombre de treinta

---

(*) Véase lámina IV.

y cinco á cuarenta años, alto y vigoroso; los que le acosaban de más cerca, eran quince á veinte estudiantes, jovenzuelos barbilampiños en su mayoría, que se disputaban el placer innoble de golpear á mansalva sobre la pobre víctima: uno le daba un puntapié en los riñones; aquél, queriendo acogotarle, le desgarraba el cuello; otro, de un bastonazo en la cabeza, le derribó. Entonces todos le rodearon; algunos, por el impulso adquirido en la carrera, no pudieron detenerse y pasaron sobre el infeliz caído; pero muy luego volvieron sobre sus pasos y todos fueron á pisotearle, á insultarle, á escupirle... Aun pudo la víctima levantarse y continuó caminando, siempre hacia mí; ya no corría, el terror, sin duda, paralizaba sus piernas y limitábase á andar, alelado, humillando la cabeza y el busto bajo los golpes.

—¡Es un perro judío!—gritaban todos;—¡acabemos con él!...

Aquello me indignó, y repentinamente sentí que el estupor y amilanamiento de los primeros instantes se trocaba en movimiento agresivo de repugnancia, y luego de fiereza y coraje vivísimos. Quise defender al judío, al miserable fugitivo que, con algo más de ánimo y un cuchillo, hubiese respresado aquel enjambre de cobardes verdugos.

—¡Atrás!—grité sin conciencia exacta de lo que decía.

Creo que les llamé miserables y canallas; aquello no fué temeridad, sino una explosión noble de mis nervios, una protesta viril de todos mis sentimientos humanitarios; denosté y cerré las manos para herir instintivamente, como pude echarme á llorar ó extender los brazos impetrando piedad para el delincuente. En un instante perdí de

vista á Luisa y me vi cercado y agredido por multitud de brazos.

—¡Defiéndete!—dije al judío.

Recuerdo que le insulté: el desdichado temblaba sobre sus rodillas y movía los labios sin poder hablar, produciendo un ronquido angustioso como un estertor. Al sentirme empujado y golpeado injustamente, me volví loco; el griterío de mis enemigos me enardeció, aumentando mi vértigo, y bajando la cabeza acometí, arremetiendo contra todos, sin recordar que en un bolsillo interior llevaba una llave inglesa. Caí y me levanté, y luego fuí reculando, buscando para mi espalda el amparo de una pared vecina; cuando varios agentes de orden público acudieron á mi auxilio, mis vestidos estaban rotos y mis cabellos y mi rostro ensangrentados. Ante los sables de la autoridad los revoltosos huyeron. Luisa se acercó á mí; estaba llorosa y pálida.

—¿Qué tienes? ¿Cómo estás?—exclamó cogiéndome las manos;—¡oh, qué disgusto!... Creí que te mataban...

Ya era tarde y emprendimos el regreso hacia nuestro hotel, recorriendo los viejos jardines de las Tullerías; en una fuente lavé con mi pañuelo mis ligeras heridas; Luisa me observaba atentamente, con expresión de cariño y respeto, y comprendí satisfecho que mi honrada acción había rendido su ánimo: fué una excursión dulce, triste y callada; bajo el cielo plomizo los árboles retorcían sus negras ramas desnudas; las fuentes repetían en el silencio la monótona canción interminable de su despedida...

Aquella noche cené en el cuarto de Luisa, pan, queso y un trozo de carne fría. Luego dije:

—Son las once. ¿Quieres que me vaya?

Ella bajó los ojos, ruborosa. Yo añadí:

—¿Me quedo?

—Como gustes.

—Entonces... me quedo.

Comenzó á desnudarse, haciendo sobre sí misma, para vencer su pudor, un gran esfuerzo. Enajenado de gozo, quise abrazarla, empujándola hacia el lecho.

Ella exclamó:

—¡Ah, en España los hombres son brutales!... Pues ello ha de ser, ¿á qué esas impaciencias?... Espera.

Tenía razón y me contuve, algo humillado por aquel reproche. Luego, viéndola acostada, apagué la luz...

EL SOCIALISMO EN EL TEATRO

La ola socialista crece. Como las del mar, avanza rugiente, ofreciendo irisaciones diversas, y luego se acerca á la playa y choca bravía contra las rocas, quebrando en miriadas de gotas su bruñido cristal, desgranando su cresta en infinitos copos de espuma; y, vencida en aquel asalto, se repliega sobre sí misma, con la acre suavidad del felino que se encoge para saltar, tornado con sempiterna porfía al asalto de la costa enemiga...

Así la marea socialista crece, invencible; invadiendo el periódico, la novela, el teatro después; ofreciendo cuadros magníficos, inspirados por este doloroso desasosiego causado en los espíritus por la revolución social que viene preñada de horrores, de excesos irremediables, tremolando una bandera negra, fúnebre emblema director de una multitud vejada y hambrienta que caminará hacia su redención chapoteando sangre...

El socialismo triunfó en la novela con el hermoso *Germinal,* de Emilio Zola; en el teatro, ha vencido también: en España, con *Juan José;* y hace pocos días en París, con *Los Malos Pastores (Les Mauvais Bergers),* drama en cinco actos, que ha causado extraordinaria sensación.

Joaquín Dicenta, en Madrid, y Octavio Mirbeau, en Francia, coinciden; sus obras están vaciadas

en moldes parecidos, y, aunque entre los argumentos de una y otra no haya semejanzas, ambas fueron inspiradas por el mismo pensamiento, tienden al mismo fin, exponen dolores análogos, plantean idéntico pavoroso problema. Dicenta y Mirbeau han expresado la creciente inquietud de esta sociedad desquiciada que busca á tientas nuevos cimientos para el edificio político del porvenir, y, respondiendo á las necesidades de la época en que viven, las interpretaron exponiéndolas con maravilloso colorido ante los ojos del público *satisfecho*, que *no quiere* ver las necesidades ajenas, y de los *indiferentes*, que *no saben* servirse de sus ojos... Mirbeau y Dicenta, viviendo á muchas leguas de distancia, coincidieron dando dos notas agudas, clarísimas, que vibran al unísono fundiéndose en una magnífica y soberana; ellos sintieron, *por reflexión*, las torturas de los vencidos de la vida, y escribieron dos obras terribles en que palpita esa hambre anónima, inconfesa, que empuja al lupanar y al presidio, y donde resuenan esos gritos no formulados aún, contenidos en millares de gargantas que quieren pedir ¡venganza y justicia!... y no saben cómo...

Pero Dicenta nació en España, y en Francia Octavio Mirbeau, y esta diversidad de origen imprime á sus producciones diferencias notables de *nacionalidad*.

***

El drama de Mirbeau fué muy discutido por el público que asistió al estreno, y por la prensa.

Nadie podía imaginarse que Sarah Bernhardt, la aristocrática Sarah, tan acostumbrada á representar papeles de reinas y damas de alto copete,

pudiese acoger en su teatro un drama socialista, casi anarquista. La segunda noche se determinaron en el público dos corrientes contrarias que estuvieron en inminente peligro de provocar un choque ruidoso. A la conclusión del tercer acto, cuando resonaban los clarines anunciando la llegada de las tropas que acudían á rechazar á los huelguistas, los espectadores de las galerías empezaron á gritar: «¡Viva la anarquía, viva la Comuna, mueran los burgueses!...»

Mientras el público de las butacas y de los palcos replicaba hostil, mirando hacia arriba: «¡Viva el ejército!...»

No sucedió más. Después la obra ha gustado; los periódicos tímidos, que al principio no osaron aplaudirla, esperando hipócritamente el fallo público, ahora la elogian y el genio de Octavio Mirbeau triunfa y se impone...

¿Quién es Mirbeau?...

En el tomo octavo del *Diario de los Goncourt,* hay un episodio infantil que le retrata moralmente de arriba abajo.

«*Lunes, 26 Agosto 1889.*—Hoy he pronunciado el nombre de Octavio Mirbeau delante de mi prima, que dijo: «Mirbeau... ¡ah, sí!... ese es el hijo del médico de Remalard, en donde tenemos nuestra propiedad... ¡Cuántos latigazos le he sacudido en la cabeza porque el maldito, para demostrar su valor, se echaba bajo las patas de los caballos de mis coches, y de los de Andlau!»...

Pues bien; aquel niño rubio, atrevido, de mirada inquieta, reveladora de un espíritu indomable, que se tendía delante de un coche en marcha braveando el peligro, es el autor que ahora desafía desde el teatro las iras de una sociedad cobarde que, des-

provista de criterio, aplaude ó silba, cuando los ambiciosos afortunados que la explotan, la mandan silbar ó aplaudir.

El argumento de *Los Malos Pastores* es terrible, conmovedor.

Juan Roule, protagonista del drama, obrero inteligente y arriscado, comprendiendo que la vida es imposible en las minas explotadas por el opulento Hargand, predica la huelga, único medio que, á su juicio, puede conquistar las concesiones que sus compañeros anhelan: en esta empresa le ayuda Magdalena (Sarah Bernhardt), su amante, mujer de inteligencia varonil y corazón nobilísimo, la única que le comprende, le defiende y le alienta en la lucha, con su amor y sus consejos. Declarada la huelga, Hargand se niega á ceder á los deseos de la comisión obrera que va á hablarle, manifestando que sabrá rechazar los desmanes de los revoltosos con las bayonetas de la tropa. El peligro crece y al fin estalla, con una grandeza trágica enorme: la escena durante el último acto es un campo de desolación; se ven montones de ladrillos que sirvieron para hacer barricadas, muros derribados y humeantes, destacándose sobre un horizonte sombrío bañado en los resplandores del incendio, y por allí pasan, llevados en camillas, los heridos, los muertos.

Es una hecatombe terrible; las mujeres y los viejos que no intervinieron en la batalla, acuden desolados, corriendo de un punto á otro, llorosos, agrupándose alrededor de cada nueva camilla que traen, preguntando á gritos por el hijo ausente, por el hermano que no ven... Y hay episodios patéticos, ayes desesperados, que crispan los nervios. Juan Roule sucumbe en el combate y Magdalena, que

lucha á su lado y siente bullir en sus entrañas al hijo de su amante, recibe un balazo en la frente y muere también, arrastrando á la tumba aquel germen halagüeño de futura redención...

Así termina el drama.

En él todos los tipos están magistralmente dibujados: Juan Roule (Guitry), obrero alto, membrudo, inteligente y enérgico, que habla bien, sin retóricas hueras, pero con valentía arrebatadora y subrayando sus palabras con los expresivos ademanes de su mano derecha cerrada, el gesto favorito de los hombres de acción; Magdalena, que le quiere y le admira, con esa intuición maravillosa que ilumina el entendimiento de las mujeres enamoradas; el viejo Thieux, padre de Magdalena, personificación admirable del obrero pasivo, abrutado, que arrastra sin protestas su cadena; y Roberto, hijo de Hargand, el patrono, que, aristócrata de nacimiento y socialista de corazón, procura reconciliar á su padre con los obreros y evitar el choque sangriento de los huelguistas con la tropa, y perece en la barricada predicando concordia á ambos bandos rivales.

En el curso de la acción hay frases felices y escenas grandiosas, fascinantes. La desarrollada entre Dolly, la hija de Hargand, y una pobre vieja que la sirve de modelo para un cuadro. Dolly es compasiva, pero su ligera cabecita de niña aristócrata ignorante de las miserias humanas, no comprende los sufrimientos de la mujer que tiene delante, sentada en un banco, con una cesta de naranjas sobre sus rodillas; y sin medir el indiscreto alcance de sus palabras, la felicita por las arrugas de su entrecejo, la demacración de sus mejillas, la expresión desmayada de sus ojos, los rizos blancos

desplomados sobre su frente terrosa; ¡oh, qué buen modelo!... y la echa en rostro su fealdad, su vejez, su miseria harapienta, dándola por todo ello su enhorabuena, ¡sarcasmo cruel que calofría al espectador!... Y después se admira de verla tan seria, tan triste: «Con ese semblante—dice—no me sirve usted; alégrese; ¿por qué no ríe?...» Hasta que la anciana no puede reprimirse, y rompe á llorar...

Y también la escena en que Hargand corre entre los obreros preguntando por su hijo, á quien adora, ofreciendo su fortuna por hallarle, llorando como una plañidera, él, que siempre tuvo cerrado el corazón á todo sentimiento compasivo; y más tarde, cuando le ve muerto, arrojándose sobre su cadáver, gritando enloquecido: «¡Roberto, Roberto!...»

Pero, á nuestro juicio, los mejores momentos son los del cuarto acto; tienen una novedad y una valentía nunca vistas. El escenario representa un bosque inmenso, para fingimiento del cual Sarah Bernhardt ha empleado de recursos incomprensibles: en primer término hay algunos troncos cortados á hachazos y una cruz sobre cuatro ó cinco escalones de piedra; el suelo está cubierto de ramas caídas y de hojas secas; por entre el follaje aparecen retazos de un cielo rojizo, una puesta de sol admirable agorera del drama humano que va á desarrollarse. Allí empiezan á reunirse los huelguistas: llegan en pelotones, con sus blusas desgarradas, sus rostros amenazadores ennegrecidos por el carbón de la mina; están hambrientos, desesperados; es una multitud imponente que invade el escenario, que ruge, que oscila; dentro, en el fondo del bosque, resuena el bronco clamoreo de millares de obreros invisibles que procuran acercarse.

Juan Roule, de pie junto á la cruz, empieza á

arengarles; sólo le acompaña Magdalena y algunos amigos, muy pocos... porque los huelguistas han perdido la fe que en él tenían, pues el hambre es muy mala inspiradora del entusiasmo, y muchos le acusan de traidor. Al principio Roule tiene frases viriles, felicísimas, que subyugan aquel populacho desorientado, y entonces la multitud palmotea y el público, electrizado, aplaude también; pero luego, irritado contra la cobardía de sus compañeros que no saben sufrir, les fustiga sin piedad. «¡Tenéis que sufrir, tenéis que morir—dice,—para labrar la redención de vuestros hijos; el que os hable de victoria es un imbécil ó es un asesino!...»

La multitud, enardecida, se revuelve contra Juan Roule como un tigre contra el látigo del domador; Felipe Hurteaux, celoso tal vez de la popularidad de Roule, la capitanea y los más atrevidos se precipitan sobre éste para arrastrarle: él se defiende, agarrándose á la cruz con una mano; sus contados amigos le defienden también. La lucha crece, por todas partes resuenan denuestos, y alaridos de cólera, y cuanto más se estrechan y arremolinan los combatientes, del fondo de la selva aparecen más obreros, todos rugientes, enderezando al cielo sus puños crispados, pidiendo la sangre de Juan Roule que les ha vendido...

Entonces surge la figura de Magdalena, la incomparable Sarah, vestida de negro, con la rubia cabellera flotante: Sarah, que también se levanta con los brazos extendidos, lanzando uno de esos gritos suyos de histérica; grito frío, agudísimo, como una estocada. Aquel grito sobrepuja á los demás, y la multitud, atónita, se contiene: Magdalena habla conmoviendo á su auditorio, refiriendo sus cuitas y las de Juan; ellos también sufren, ellos también tienen

hambre... «¡Queredle—grita refiriéndose á Juan;—él sólo piensa en vosotros, sólo vive para vosotros; yo, que duermo á su lado y recibo la confesión de sus pensamientos íntimos, lo sé!...»

Los amotinados, enternecidos, aplauden. Magdalena sigue triunfando, y Hurteaux y Roule concluyen abrazándose al pie de la cruz. Cuando los huelguistas se han ido, Juan besa á Magdalena, diciendo que la debe la vida; y ella, extenuada por tantas emociones, se desploma en sus brazos, exclamando: «¡Te amo, te amo, te amo!...»

* * *

En este drama, Octavio Mirbeau se nos ofrece con esa independencia salvaje, nota sobresaliente de su carácter batallador; y, en la implacable dureza de su lenguaje, en sus apóstrofes brillantes, resplandece su anhelo de justicia, su amor hacia los pobres.

La crítica ha aceptado la creación de Mirbeau con extrañas reservas. Enrique Rochefort censura el título *Los Malos Pastores,* considerándolo agresivo para los diputados socialistas. Esta alambicada interpretación es errónea: el autor califica de *malos pastores* lo mismo á los diputados radicales que á los monárquicos, á los generales de ejército que á los clérigos, á Magdalena y á Roule; á todos aquellos, en fin, que presiden, que rigen, que mandan, sea cual fuere el bando político donde militen. Y esto queda explicado cuando Felipe Hurteaux exclama, respondiendo á la arenga anarquista de Juan: «Y tú también, Juan Roule, hablas como un diputado...»

Lo que equivale á decir: «Tú también eres un mal pastor...»

Otros han dicho que el pensamiento inspirador del drama no es nuevo, y que la obra termina sin resolver el problema social... ¿Y qué?... ¿No ocurre acaso lo mismo en esos dramas á los que el amor sirve de sempiterno eje fundamental de argumentos?... En el arte, como en el mundo, no deben buscarse sentimientos nuevos, sino formas bellas; éstas únicamente varían y pueden ser, ó no, consideradas como creaciones artísticas, sólo ellas se dejan influenciar por el medio y los siglos; el espíritn que las informa permanece inmóvil, inmutable, eterno. Y en cuanto á que no aporte una solución al conflicto político, ¿puede exigirse que cinco actos resuelvan un problema que subsiste desde que pululan por el mundo opresores y oprimidos?...

«Me parece, sin embargo—escribe Mirbeau en un artículo donde se defiende de estos ataques,—que el simbolismo del quinto acto ofrece, ya que no una solución, una conclusión horrible, con una filosofía que muchos juzgarán pesimista en demasía, pero cuya siniestra grandeza y terrorífica verdad son innegables. Y es ésta: la autoridad es impotente; la revolución es impotente; aquí sólo queda el dolor que llora en un rincón de la tierra, del cual ha desaparecido la esperanza... El día en que los miserables se convenzan de que no pueden evitar su miseria y romper la cadena que les sujeta para siempre al potro del sufrimiento; el día en que les falte la esperanza, el opio de la esperanza... ¡ese día sobrevendrá la destrucción, la muerte!...»

Algunos, asustados ante el terrorífico desenlace del drama, han dicho: «Suprimid el quinto acto...» Y Clemenceau responde: «Suprimidle antes de la vida...»

Pero es que la sociedad, distraída ó cobarde, ha llegado al colmo de la ingratitud: se asoma al escenario de un teatro, cinematógrafo animado en que su moral se retrata, se ve, se oye... ¡y no se conoce!... Y huye despavorida, gritando:

«¡No, mentira, todos sois á engañarme: ese no es mi retrato; esa visión sangrienta, como las de Lady Machbeth, no es mi destino!...»

* * *

¿En qué coinciden las obras de Dicenta y de Octavio Mirbeau?... ¿En qué difieren?...

Hay entre ellas diferencia de temperamento, de ambiente, de *nacionalidad,* como antes decía; é identidad de sentimientos y de ideales.

Juan Roule, hombre inteligente que ha leído mucho y sabe expresar lo que piensa, que ha luchado siempre en pro de los menesterosos y sufrido largos martirios en los penales de Río Janeiro y de Barcelona, llega á la muerte por el triunfo de la causa que estima redentora: todo lo supedita á la idea única que presidió las determinaciones de su vida; su mismo amor á Magdalena, con ser muy grande, sólo es un episodio de su historia, casi un medio de que procura servirse para vencer en la terrible contienda empeñada; Magdalena, con su juventud y su cariño, le anima, le consuela en sus descalabros, le fortalece con sus consejos, y endulza las amarguras de sus noches sin pan con sus blanduras de hembra... Pero Juan Roule sólo vuelve los ojos hacia su amada cuando está vencido y ya no puede seguir luchando: entonces busca en su regazo blando cabezal donde reclinar su frente ardorosa, y, cuando el desmayo pasa, sigue adelante, fascinado por los mágicos espejismos del ideal que vislum-

bra, allá en lontananza. Magdalena, por tanto, no preside su vida, no le guía; le sigue...

En la creación de Dicenta ocurre lo contrario. ¿Quién era Juan José antes de conocer á Rosa?... Nadie; un obrero del montón, él mismo lo dice; un comparsa anónimo, sin ilusiones, sin fe, que trabaja porque á trabajar le enseñaron y cumple su obscura misión con la mansedumbre del burro que saca agua de una noria. Mas el amor de Rosa fué á modo de amuleto milagroso que pulió y limó las asperezas de su entendimiento, refinando su oído y quitándole las cataratas que hasta allí le impidieron ver claro; y entonces un sin fin de horizontes ignorados surgieron ante su fantasía juvenil, y tuvo conciencia de su origen, de su misión en la sociedad y de que tenía que trabajar para aquella mujer, único ser de quien recibió halagos, placeres, y la inspiración desconocida que le alentaba, infundiéndole alegría tranquila, perenne...

Aun recuerdo las frases de Juan José, enérgicas, vibrantes, que estremecían mi cuerpo con calofrío nervioso, porque no hay hombre que alguna vez no haya sentido algo igual.

...«*Pa* mí se acabó el mundo al mirarte. Amigos, diversiones, ¡hasta el vaso de vino que tomaba en la taberna al volver de la obra!...

»A trabajar *pa* ella, me dije, y con calor, con frío, cortándome el viento la carne ó abrasándome el sol la piel, cantaba yo encima del andamio, más contento que nunca, porque aquel frío y aquel calor, y aquel dale que le das sin descanso, eran mi jornal, el cuarto donde habitas, tu comida diaria, tu paseo de los domingos, el vestido de percal *pa* tu cuerpo, el mantón de lana *pa* tus hombros, ¡tú entera que vivías por mí!... ¡Qué me importaban el

cansancio, y la faena y el peligro!... ¡Calcúlate lo que iba á importarme padecer de día, si me esperabas tú por la noche!...»

Y cuando Rosa le abandona, y se va con otro, porque tiene hambre, y «el hambre es mala consejera del querer», siente Juan José todo el peso de su infortunio, su aislamiento, su miseria, la crueldad de la sociedad que le priva de trabajo, quitándole con esto su derecho á la vida, á ser amado, á ser feliz; robándole, de un solo golpe, el pan de los labios y el cariño del corazón; y entonces conoce su humillación y se avergüenza de la bajeza de su estado, y es socialista y anarquista, y va á presidio y es criminal; ¡todo!... porque Rosa, su único bien, le falta y no sabe cómo reconquistarla. El lo declara al terminar el tercer acto:

«¡Huir!... ¿Y *pa* qué voy á huir?... ¿Qué libro con huir?... ¡La vida! ¡Mi vida era esto, y lo he *matao!*...»

Rosa, por consiguiente, no es para Juan José lo que Magdalena para Juan Roule; no es un episodio de su historia, es su vida entera: cuando aquella mujer le deja, Juan José se anula, se rinde á su destino, se suicida dejándose prender.

Juan Roule es un socialista de cátedra, que sabe pronunciar discursos y persigue un fin altruista; Juan José es socialista instintivo; el socialismo no lo discute, lo siente, y esto ocurre cuando la traición de Rosa le revela que para vivir tiene que defender el fuego de su hogar, el cuerpo de la compañera que abriga sus noches; porque al pobre se le niega todo, todo, ¡hasta el pan y la mujer!...

Y á los españoles, ¿cómo no decirlo?... nos gusta más el drama de Dicenta: es menos aparatoso, menos teatral, que el de Mirbeau, pero vivificando su

grandiosa sencillez está el amor soberano, despótico, del macho dominador que no soporta rivales; que en un arrebato de ira abofetea á su querida y luego llora sobre la mejilla golpeada, y toda esa mezcolanza de ternuras, de acritudes, de celos terribles, que forman la sencilla psicología pasional de nuestro pueblo.

En *Los Malos Pastores* se agita preferentemente la cuestión social, porque Octavio Mirbeau es francés, y en los países fríos la lucha por la vida es más difícil que en los templados, y la conquista del pan, por ende, más reñida: primero es comer, y la hembra se pospone al estómago.

Joaquín Dicenta, hijo del Mediodía, no siente el horror á la miseria con la intensidad que Mirbeau, y esto se refleja en Juan José: Mirbeau es vecino de París, una ciudad fría donde la gente anda muy de prisa, desplegando, para vivir, todas las energías de su cerebro y de sus músculos; Dicenta habita en España, país cálido en que la potencia generadora del sol y la feracidad del suelo disculpan la pereza de los habitantes, que derrochan lo que más vale, el tiempo.

De todos modos, estos dramas, lejos de aumentar el antagonismo que ahora divorcia á las clases sociales, lo dulcifica y aminora; son á modo de avanzadas de pregones, que van acostumbrando á los explotados á la idea del triunfo y confirmando á los opresores la seguridad de su ruina, sirviendo á los primeros de resortes propulsores y de paracaídas á los segundos; lubrificando, en suma, los engranajes de esta máquina social tan gastada, para que el choque previsto sea menos sangriento

Juan José y *Los Malos Pastores* son los dramas socialistas más acabados de la literatura latina

contemporánea, y Joaquín Dicenta y Octavio Mirbeau, no obstante las distancias y las diferencias de clima y de raza que les separan, han coincidido y se dan, á despecho de los Pirineos, un cordial apretón de manos.

París, 1897.

LA CANCIÓN DE LOS GUSANOS

Desplómate ante el monstruo que te roe;
nuestro imperio cesó; llega el gusano.
Víctor Hugo.

Empieza Noviembre; la tarde fué lluviosa, pero la noche llegó serena y transparente; callan las brisas agarrotadas por el frío; la luna y las estrellas anegan con yerto resplandor el limpio espacio.

Sobre un montículo, cerca de la vía férrea por donde los trenes pasan emulando el correr insensato de los cometas, está el cementerio, necrópolis inmensa, desagüe de una gran ciudad que aparece muy lejos, bajo un nimbo ardiente que recorta el negro perfil de sus pujantes torres seculares y las cúpulas panzudas de sus palacios.

Duerme el cementerio al abrigo de elevados muros; la vaga luz sideral abrillanta la pulida arena de los caminos; entre el verde pálido de los sauces y el obscuro tupido follaje de los cipreses cimbreantes, las tumbas modestas y el fastigio de los mausoleos orgullosos blanquean; la lluvia derramó manchas amarillentas sobre los viejos sepulcros de donde las inscripciones van borrándose: todo reposa en el vasto dormitorio de lo eternamente inmóvil; el eco gemebundo de las campanas que los vivos voltean en honor de los muertos, llega hasta allí muy debilitado.

En el silencio, bajo los pálidos herbazales que cubren el suelo, surge una canción... que, aun naciendo de lo más hondo, llega á lo más alto.

Es la canción de los gusanos; la canción augusta entonada triunfalmente por lo pequeño alrededor de la mesa, siempre puesta, donde la muerte va consumiendo en trágico festín los despojos de la vida.

Entre las carnes desgarradas, los gusanos, borrachos y alegres, cantan:

***

«Hoy los vivos vinieron á cubrir de flores nuestras mesas siniestras; ¡mejor!... Luego esas flores, marchitas y caídas entre el barro, también serán para nosotros.

—¿Qué es eso, compañero?

—¿No lo adviertes? Este cadáver se mueve un poco.

—No te importe. Es que el canto plañidero de las campanas y el llanto de las dos hijas que dejó abandonadas, parecen despertarle.....

—¿Y si despertase?

—¡Bah! ¿Para qué?... Tornaría á dormirse.

—¿Y si se levantara?

—No temas; volvería á caer. ¿De qué le servirán las cuencas vacías de sus ojos? ¿Cómo sus músculos destrozados pondrían en movimiento su esqueleto pasivo?... En su cráneo hueco, reina la noche: la luz no llegará jamás á él; los ruídos no podrán conmoverle avanzando por la rota cadena vibrante de sus oídos. Ve su corazón, agujerado como una esponja; ve sus manos verdosas, eternamente insensibles al deseo y á la cólera. ¡Oh, no; no temas que se levante! Mira su hinchado vientre donde

nuestros hermanos parecen hervir agitando convulsivamente sus amarillas colas, dándole el aspecto de una enorme araña de patas incontables; ve su lengua negruzca, grietosa, donde los hijos de nuestro amor comienzan á germinar. El suplicio de ese cadáver es horrible, lo sé; pero no pedirá socorro; no puede... Por su garganta, largos gusanos hambrientos van y vienen...

***

—¿Y ese ruído?

—Es el exprés, que pasa.

—Se va...

—No importa; ya le alcanzaremos: nosotros, como las horas, caminamos despacio, pero sin descanso, y nuestro tesón vence la rapidez del bólido que huye... y le detiene... y le mata...

Yo soy contemporáneo de todos los siglos y mi canción resuena triunfalmente en todas partes: la tristeza indefinible que flota sobre los paisajes más bellos y la cabeza de las mujeres dormidas, es obra mía. Nací pequeño, mi armazón endeble tiene el sombrío color de la tierra húmeda, mi espíritu inquieto sólo resplandece en mi hociquillo rojo y en mis ojos punzantes como alfileres, ardientes como brasas: el pie de un niño puede aplastarme, y, no obstante, vivo más que los mundos. Cuando Eva y Adán mordían la dulce manzana de la reproducción, yo cantaba bajo su odorante lecho de flores; yo devoré el cuerpo de Abel, yo presidí el sueño de las momias dormidas bajo las pirámides; yo gocé el cuerpo envenenado de Cleopatra; yo canté sobre las olas la muerte del dios Pan... ¡Todo es mío! Los volcanes que se apagan, los montes que se resquebrajan y desmoronan, los mares que se secan, los

pobres soles apagados, divagando á tientas por el espacio..... ¡Todo es mío! La ambición de Alejandro, el verbo de Pericles, el heroísmo de César desafiando desde una barquilla el furor de la tormenta, la virtud de Lucrecia, me pertenecen igualmente. Yo rompí la espada de Roldán; yo muerdo la dura frente de las esfinges que miran al desierto; yo cubrí el polo de hielos eternales; yo ensancho mi imperio apagando el incendio recóndito del globo. Soy la Justicia que nivela al poderoso y al humilde; soy también la Igualdad, que establece el equilibrio entre los hombres; la babosa frialdad de mis caricias identifican al deforme Leopardi y al gallardo Don Juan.

***

»¡Din, dan... din, don!...

¡Din, dan!

Din..... dan....

—La música de las campanas alegra mi festín: también ellas, como las flores de las guirnaldas funerarias, serán mías cuando el moho del tiempo hiera sus bronces, y sus moléculas disgregadas lentamente por el aire, vuelvan á la tierra, como volvieron las torres que la presunción humana enderezó hacia el sol.....

—¿Oyes, compañero?

—¿Quién ríe?...

—Es el poeta ante cuya tumba desfilaron esta mañana muchas hermosas mujeres que repiten sus versos de memoria.

—Deja que su calavera ría en la sombra.

—¿Cómo?

—El callará. ¡Ah, poeta! Tu nombre ilustre es mío y descenderá al callado panteón de las tinie-

blas impenetrables; los versos conque arrullaste el sueño de tus queridas, me pertenecen; el Silencio reposará eternamente sobre tu nombre con un índice sobre los labios. ¡Artistas, temblad ante el gusano!..... Lo metafísico, lo más impalpable, la vibración melódica de una cuerda, la imagen reflejada en el cristal del espejo, ¡todo es propiedad mía!..... Los espejos se quiebran, los papeles donde el músico dejó el eco adormecedor de su inspiración, se pierden y se rompen y se pudren... y vuelven á la tierra, donde yo espero. Praxiteles perpetuó en mármol de Paros la imagen de Friné; Vinci salvó á Mona Lisa del olvido; Tiziano pagó con inmortalidad relativa los favores que á su genio otorgó la marquesa de Ferrara..... ¡No importa! El mármol se pulveriza, el lienzo se desgarra, la pintura se borra... y todo pasa camino del Infinito donde grandes y pequeños, tienen con el gusano una cita á la que nadie falta. Lucha, artista; sube, triunfa, emborráchate de gloria; vencer, es conquistar laureles para mí. Cuando pasados muchos años tus admiradores destapen tu ataúd para trasladarte á otro panteón mejor, más digno de tu fama, sólo recojerán el polvo de los gusanos que te comieron...

***

»Aquí yace un sacerdote: la vejez, domeñando las pasiones, purificó la expresión de su rostro; la tranquilidad inefable del semblante prueba que recibió sin horror el último beso de la luz: pasó sus días en éxtasis, mirando al infinito, creyendo saberlo todo, ignorando que nosotros dormimos tras el remoto *por qué,* de lo creado. ¡Pobre iluso! Mientras él abominaba de la materia, nosotros, que

habíamos de matarle, ya habitábamos en los glóbulos de su sangre, deslizándonos por entre los sutiles engranajes de su cerebro; aquel poderoso cerebro de teólogo, que sólo en Dios pensaba.

—¿Qué hacemos con él?

—Devorarle. Ya sus pies inmóviles no pueden librarle de nuestra ferocidad: es uno de tantos trofeos conquistados en el combate de la vida; nos pertenece; comamos. Devoremos las entrañas piadosas del buen pastor; sus manos inocentes, purificadas en el altar; sus labios rezadores; la lengua que jamás pronunció en vano y sin respeto el nombre de Dios. Comamos: en su corazón y en su cerebro, alcázares de virtud, sólo Dios y el gusano pudieron penetrar. Bajo nuestro poder implacable van pasando las religiones y hundiéndose los templos: las poderosas divinidades índicas, los dioses de Zoroastro, los temidos sacerdotes de Ammón, los viejos arúspices, las estatuas de Minerva y de Marte que presidían los Juegos Olímpicos, el Alá tolerante del Korán... vuelven al polvo. Para el gusano que todo lo sabe, las religiones son inútiles; para llegar á lo incognoscible, no necesitamos intermediarios. Desde sus tronos respectivos, Dios y el gusano se miran sin temblar.

***

»¡Ah, cortesana!... Ya estás aquí, apercibida á dormir el último sueño: pero tampoco en esta noche sin amanecer, dormirás sola; estamos nosotros. ¡Nosotros!... Tus amantes de toda la eternidad, los únicos á quienes no engañarás, los primeros que podrán poseerte sin sobresaltos, sin sacrificios, lentamente, saboreándote como se paladean los manjares de exquisito sabor. ¿Qué se hizo de tu poder?...

Busca al más ardiente, al más rendido de tus amadores, y después que yo infecte tu cuerpo, pregúntale si sería capaz de abrazarte. La blancura de tus carnes satinadas excita mi apetito insaciable. Te devoraré; á lo largo de mi larva gelatinosa irá pasando la escultura soberana de tu cuerpo. Los cabellos morirán sobre el seco cráneo: yo penetraré con el ruído opaco de lo que se arrastra por tus oídos, hechos á los arrullos de la pasión; yo corromperé tu boca convirtiéndola en cuna de nuevos gusanillos; yo romperé el cristal de tus ojos y cubriré de baba asquerosa tus labios perfumados; mi podredumbre hinchará tus senos, azulándolos, y correrá por tus caderas, mordiendo lo que otros besaron, sepultándose luego en tus entrañas para destruir el secreto vaso de la dicha... Ninguna mujer resiste á mi repugnante seducción; mis conquistas se cuentan por millones; tengo la atracción de lo horrible: Lais, Aspasia, Mesalina... todas fueron mías. Ven, tengo hambre: simultáneamente me sentirás en todas partes: sobre tus párpados, entre tus labios, á lo largo de tus muslos inmóviles. Entrégate bien, así, como no te rendiste á nadie. Y mientras me ahíto, pregúntale al Silencio por el eco de tus risas, por el brillo de tus ojos á la Noche, por el aroma de tu aliento al hedor insoportable de lo que se pudre...

***

»¡Din, don... din, dan!...

Las campanas siguen volteando y su canción es como epitalamio entonado en honor de los siniestros desposorios que el gusano celebra con todo lo que muere. Esta es la fosa común; el gran estercolero donde el miedo de los vivos, más que la caridad á

los muertos, permite que las prostitutas y los presidiarios y los mendigos, se pudran juntos: sobre aquel hoyo repleto de carne miserable, los cuervos, aletean, envidiando á los gusanos triunfantes. Yo por nadie tengo predilección: el rey y el foragido, el analfabeto y el sabio, me son igualmente despreciables. Aunque vivo, como la araña, en la humedad y en la sombra, mi poder, que es muerte, alcanza á los cielos, y corre por los cuerpos con la sangre y por los espacios con la luz. Todo tiembla ante mí; el palacio, el torrente, el volcán; Dios mismo necesita crear continuamente para que yo no le devore. Yo habito el cerebro luminoso del artista, el surco que abre el labrador, el tabernáculo donde la mujer recibe y guarda los gérmenes de la vida: los mundos que se forman los árboles que brotan, los niños que nacen, son platos que voy añadiendo á mi festín interminable. Tengo el poder de lo definitivo; de las vorágines, la atracción: las ciudades de los vivos vienen poco á poco hacia mí: mi ciudad, que es el cementerio, no se mueve: aguarda...»

. . . . . .

Las campanas doblaban á lo lejos tristemente: bajo la lechosa luz sideral que mordía la pulida arena de los caminos, los gusanos, borrachos y felices, cantaban...

***

. . . . . .

. . . . . .

La esposa despertó; era de noche; las campanas continuaban volteando por los tristes que ya han callado.

¡Din, dan... din, don!...

A media noche suspendía la tarea para obligar á Luisa á acostarse.

—¡Ah, qué voces tan tristes!...

El la besó sobre los labios largamente, disfrutando el perfume de sus cabellos, las suavidades aterciopeladas de su cuerpo tibio. La esposa protestó:

—¡Basta por hoy!... Déjame, recemos por los muertos...

—¿Quién piensa en ellos?

—No seamos impíos; esta es su noche; oye las campanas.

—¿Para qué?... ¡Viva la vida!... Ámame... Acaso esta noche consagrada á los muertos, conciban tus entrañas al hijo de nuestros amores...

«EL LIBRE EXAMEN»

(1894)

Aquella tarde, día diez de Mayo, llegué á casa de mi amiga rebosando alegría.

—Hay novedades—exclamé;—al cabo creo que mis ilusiones van á realizarse; acabo de ver á Carlos Chíes, que ha fundado un semanario republicano y desea que yo forme parte de la redacción. He visto el primer número; está bien confeccionado y si cumple cuanto en su programa promete, irá lejos. Se titula, *El Libre Examen*. ¿Hermoso nombre, verdad?... Ahora habrá más de cuarenta chicos voceándolo en la Puerta del Sol. ¡Cuánto siento no haber escrito algo en él!...

Luisa, sin participar de mi contento, me observaba atentamente.

—¿Y ese amigo tuyo—preguntó—es rico?

—No— repuse desconcertado,—es pobre; pero su empresa es noble y lo noble siempre halla eco. Además, al hombre que, como él, quiere sobresalir, no se le debe dejar solo.

—Pues, desde ahora pronostico, que ese periódico morirá ridículamente. ¿No comprendes que todas las publicaciones, por buenas que sean, empiezan perdiendo dinero? Eres un tonto á quien cualquiera engaña; un iluso: acuérdate de *El Gato Negro*. ¿Qué sucedió con él?....

Queriendo llevar mi entusiasmo al corazón de mi amiga, confesé noblemente los escasos medios pecuniarios de que disponía para contribuir al sostenimiento del periódico: quizá no llegasen á cien pesetas; pero, en cambio, tenía tesoros inagotables de esperanza: el periódico iría bien escrito y llamaría la atención; Sánchez Pérez, Zahonero y otros autores nos prestarían su ayuda valiosa, la publicación cubriría gastos rápidamente y entonces no era difícil conseguir el apoyo de alguno de los prohombres del partido. Como el optimismo es para la juventud el sentimiento más contagioso, Luisa no tardó en participar de mi confianza. Pues, qué, ¿nó podía yo llegar donde otros?...

Y empezó la lucha, esa lucha titánica entre el periodista que quiere ser oído y un público diseminado, indiferente y anónimo, que se obstina en no escucharle. Se publicó el segundo número de *El Libre Examen* y recibimos bastantes suscripciones de Huelva y de Vizcaya: estos halagadores resultados robustecieron nuestro valor. La realidad, sin embargo, no correspondía á las ilusiones: aquella semana apenas llegaron á cuarenta las pesetas recaudadas, y pasaban de ciento veinticinco las que consumía el periódico semanalmente. Pero; ¡qué diablos!... Con menos empezamos, pues ahora teníamos un millar de entusiastas que nos leían, que se apresuraron á remitirnos el importe de su suscripción y que hacían votos fervorosos por nuestro engrandecimiento y rápidas bonanzas.

Inesperadamente produjose una conjunción tan formidable de fuerzas enemigas, que estuvimos á punto de fracasar. No podíamos publicar el número cuarto por falta de dinero; los cajistas que nos ayudaban se negaron rotundamente á componer una lí-

nea más si no percibían la mitad, por lo menos, de cuanto les adeudábamos: la imprenta donde el periódico se tiraba, nos dirigió análoga intimación; y para que nada faltase, el dueño de la casa donde establecimos la redacción provisionalmente, nos reclamó su dinero, prometiendo no dejarnos salir de allí, si antes no cobraba de sus cuentas hasta el último real.

La cuestión se agravó tanto que ignoro cómo no fuimos derrotados: urgía buscar otra imprenta, adquirir el papel del número próximo, trasladar la redacción á otra parte. Para ello consultamos nuestras fuerzas económicas, que apenas llegaban á la grotesca suma de quince pesetas. ¡Qué angustia! Morir cuando acabábamos de nacer, quedar vencidos ante el público que ya nos leía y del cual recibíamos diariamente cartas entusiastas, renunciar de una vez á tantas ambiciosas ilusiones... ¡Oh, imposible! No así sucumbe la empresa que dos hombres resueltos juraron defender.

Carlos y yo nos separamos muy tristes, agoviados por el problema que al día siguiente, lunes, necesitábamos dejar resuelto. En toda la noche pude dormir, discurriendo la traza ó modo de resolver airosamente aquella difícil situación. Recordaba á mis amigos; veía sus caras, sus trajes, sus movimientos y lo exhausto de sus bolsillos. ¡Ninguno podía socorrernos! Un instante pensé en recurrir á mis padres, pero desechó tal idea con horror y aun tuve lástima de mí mismo. ¿Cómo? ¿Tan débil era que no sabría caminar sin que mi familia me diese la mano?... Volví á recorrer mentalmente el círculo de mis conocidos... De pronto insinuóse entre aquella multitud de figuras, un perfil olvidado; después los contornos de esta sombra simpática se acentuaron

mejor y apareció un retrato, el de don Pedro Sala y Villaret; un caballero con quien yo tenía poca confianza, pero que siempre me trató con singular cariño y á quien yo sabía en relaciones constantes y estrechas con personas que gozaban de influyente y holgada posición. El recuerdo de don Pedro fué un rayo luminoso de inestimable valor, pues constituía una esperanza y de esperanzas está repleta la mitad más hermosa de la vida; á la mañana siguiente, muy temprano, corrí á casa de mi compañero. Al vernos, cada cual procuró leer en el semblante del otro, el estado de su ánimo.

—¿Tienes algún plan?—pregunté.

—Ninguno—repuso Carlos desalentado;—¿y tú?

—Yo, sí.

Expuse precipitadamente mi proyecto: se trataba de aliarnos con un señor amigo mío, de relatarle bien, sin melindres ni pleguerías extemporáneas, nuestra situación, los pocos medios de que disponíamos, el alto fin que nos animaba y, finalmente, la necesidad ineludible en que el casero y los cajistas nos ponían de tener sesenta pesetas para aquella misma tarde, so pena de renunciar para siempre al fruto de lo mucho que ya llevábamos sembrado. Todo esto lo explicaba yo febrilmente, mientras caminábamos hacia la calle del Alamo, donde don Pedro Sala vivía.

—¿Y, venceremos?... ¿Crees que venceremos?—preguntaba Chíes á cada momento.

Don Pedro nos recibió amablemente: estaba en su despacho escribiendo las últimas páginas de su libro, *El ateísmo ante el sentido común*, obra que atacaba vigorosamente las teorías de varios filósofos alemanes y franceses contemporáneos. Al principio la conversación fué lánguida; hablamos vaga-

mente de generalidades que ni á don Pedro ni á nosotros interesaban: del último libro de Spencer, del eco simpático que iban despertando en Europa las teorías criminalistas de Lombroso y de Ferri, y de la violenta polémica que *Lourdes,* la última novela de Emilio Zola, había suscitado. Después recordamos lo poco que en España interesan estas cuestiones, la indiferencia que enerva nuestras energías nacionales, y la falta de valor ó de iniciativas de los hombres que figuran á la cabeza de los partidos políticos: aquí importaba hacer algo nuevo, algo grande que aportase á la vida pública nuevos elementos de regeneración: convenía, pues, formar una juventud valerosa, inteligente, activa, despreocupada, capaz de acometer las empresas más difíciles...

La conversación, por sí sola, se había colocado en el terreno que más nos favorecía, y aproveché esta oportunidad para exponer el verdadero objeto de nuestra visita; referí el entusiasmo conque el público había recibido los primeros números de nuestra publicación, los heroicos arrestos que nos animaban y el generoso desinterés conque renunciábamos á toda idea de lucro siempre que el periódico viviese, acabando por describirle con frases conmovedoras y elocuentes, cuán grande sería nuestro agradecimiento si lograba sacarnos del terrible compromiso en que estábamos. Al llegar á este punto, que tanto lastimaba nuestra delicadeza, miré á Carlos Chíes de reojo: estaba muy colorado; á mí, las orejas me echaban fuego...

—No queremos—añadí, procurando inútilmente cobrar serenidad—que se nos dé nada; sí que se nos preste...

Pedro Sala, con un afectuoso interés que no olvi-

daré nunca y consigno aquí con verdadero júbilo, celebró mucho nuestro proyecto, y no sólo prometió hacer cuanto pudiese por conseguir aquella «miseria» (él la llamó así) que necesitábamos, sino una subvención que nos ayudase á seguir adelante.

—¡Animo, jóvenes!—dijo al despedirnos,—porque estas luchas son las que dan buen temple á las almas; mañana, á las once, les espero en casa de don Juan Jámesson; yo habré preparado ya el terreno y podrán ustedes hablar libremente.

¡Excelente don Pedro! Es tan bueno, que seguramente aquella noche no durmió pensando en nosotros, como yo no dormí la víspera pensando en él.

Al día siguiente, en efecto, y á cambio de un pequeño anuncio que sólo servía para que aceptásemos sin empacho la bienechora subvención que, desde luego, se nos otorgó, recibimos de manos de don Juan Jámesson ciento cincuenta pesetas con las que nos creímos definitivamente salvados. En seguida y con generosidad digna de encomio y recordación, pagamos á los cajistas parte de lo que les adeudábamos y se buscó otra imprenta; el número se confeccionó á escape y de cualquier modo, escribimos tres ó cuatro artículos, recogimos de aquí y de allá algunas noticias, se inventaron otras, se revolvieron todas y el periódico empezó á componerse.

Pero aun quedaba, como vulgarmente se dice, el rabo por desollar. Necesitábamos buscar en seguida la casa donde las oficinas habían de ser instaladas, porque en el periódico debían constar, indefectiblemente, las señas de la nueva redacción, y con este pensamiento empezamos á recorrer calles. Unos cuartos eran muy altos, otros muy caros; afortunadamente, y cuando ya estábamos rendidos de subir

y bajar escaleras, descubrimos en la calle Conde-Duque, número 32, un cuartito segundo con todas las comodidades apetecibles. Al día siguiente, miércoles, trasladamos al nuevo domicilio las dos mesas y las ocho sillas que componían nuestro mobiliario, y cuando llegó, con el jueves, la publicación de aquel número tan atacado por la suerte y tan tenazmente defendido por nosotros, ya la redacción estaba instalada.

El número aquel fué denunciado; lo supimos pocos días después, cuando nos llevaron la cita que nos mandaba comparecer sin pérdida de momento en la Casa de Canónigos, escribanía del señor Rivero. Este atropello nos abrasó en ira y á propósito de ello escribí un artículo furibundo que me valió un nuevo proceso. Finalmente, Chíes y yo volvimos á ser procesados por negarnos á «jurar en nombre de Dios» como testigos, en la causa que el juez del distrito del Hospital, don Juan Antonio Montesinos, incoaba, por delitos de imprenta, contra nuestro colaborador don Nicolás Díaz Pérez.

Aquella vida febril, las inmensas actividades morales y físicas derrochadas semanalmente, el prurito de no defraudar las halagüeñas esperanzas de don Pedro y de don Juan, siempre dispuestos á ayudarnos con sus consejos y su dinero, los procesos que se nos instruían con las mismas formalidades que si de una causa por homicidio ó estafa se tratase, los peligros y las fatigas, en suma, que nos abrumaban, hubieron de producirnos una pasión, ó más bien, una manía, cifrada sólo en «sostener el periódico.» *El Libre Examen* era nuestro hijo y nosotros, á fuer de buenos padres, estábamos obligados á defenderle aún con riesgo de nuestra salud. ¿Puede vivirse sin luz, ni calor, ni alimentos,

ni aire?... Pues todo esto y algo más fué para nosotros el periódico: cediendo á un capricho pueril habíamos cifrado en aquella hoja de papel lo presente, lo porvenir, todas las alegrías, las ilusiones todas: aquello era lo que popularizaría nuestros nombres, la tribuna á que subíamos para hablar hebdomedariamente con el público que aplaudía desde provincias y cuyas calorosas adhesiones nos trasmitía el correo todas las mañanas; la aldaba que empuñábamos para llamar con mano firme á las puertas del templo donde los inmortales se aburren...

Pasó el mes de Junio, los de Julio y Agosto pasaron también y el de Septiembre estaba muy adelantado. La lucha seguía y nosotros cada vez nos hallábamos con nuevos alientos para proseguirla: sin embargo, el público, á pesar del avanzado color político del periódico, se mostraba reservado y frío; las suscripciones llegaban lentamente, los corresponsales no pagaban bien, los recursos económicos disminuían. En vano procuramos empeñadamente conocer, por las cartas que recibíamos, las inclinaciones del público, con propósito de escribir á gusto de la mayoría: imposible; los resultados eran tan escasos como grandes los esfuerzos: no obstante, íbamos subiendo la cuesta, y seguramente el triunfo sería nuestro si teníamos la suerte de no caer antes de llegar al término de la jornada.

Un golpe terrible, capaz, por sí solo, de abatir el coraje del paladín más entusiasta, fué á herirnos cuando, extenuados por otros muchos contratiempos, necesitábamos de toda nuestra energía para no sucumbir. Don Juan Jámesson, que, desde hacía algún tiempo, experimentaba graves perturbaciones en sus asuntos económicos, vióse constreñido á retirarnos la subvención. Cuando me lo dijo miré á

don Pedro, que estaba presente, y su semblante melancólico ratificó la fatal noticia.

Corrí desalado á la redacción y puse á Chíes al corriente de lo que pasaba: nos quedábamos solos, completamente solos, atenidos á nuestras propias fuerzas, y por tanto la lucha, que hasta entonces fué difícil, desde allí en adelante sería desesperada. Empezaron las economías: restringimos algo la tirada del periódico, del que vendíamos dos mil quinientos ó tres mil ejemplares, timbróse menos papel, despedimos al ordenanza y comenzamos á utilizar hasta los sellos usados que aun servían: también mermamos los sueldos del capataz que hacía el cierre y de los repartidores del periódico, y proscribimos por las noches el uso del petróleo; con dos velas teníamos bastante. Luisa, que vivía en un cuartito interior de la misma casa donde teníamos la redacción, al conocer el desesperado trance porque atravesábamos, se ofreció á ayudarnos en cuanto fuese menester. Los primeros fríos de Octubre anunciaron la proximidad del invierno. ¡Qué días y, sobre todo, qué noches tan tristes nos esperaban!...

Esta época la recuerdo con tedio invencible. Las mañanas las pasábamos Carlos y yo en la redacción, despachando la correspondencia del día anterior y esperando impacientes la llegada del cartero, única persona que podía traernos algún socorro: después leíamos la prensa y redactando noticias esperábamos la hora de almorzar. Por las tardes Chíes se marchaba á sus quehaceres particulares y yo iba á casa de Luisa. ¡Cómo recuerdo aquellas horas de invierno, lluviosas y frías!

El cuarto de mi amiga tenía dos ventanas á la calle Limón y constaba de un gabinete espacioso,

cocina y dos alcobas. Generalmente, Luisa me esperaba en el rellano de la escalera.

—¿Han venido cartas?—preguntaba yo.

—Sí, dos: no quise dárselas á Carlos por no quitarte el gusto de abrirlas. Creo que ésta trae dinero; ¿y tú?... Espera; no rompas el sobre todavía...

Yo, sin perder momento, me sentaba á escribir, y á última hora, cuando la falta de luz venía á interrumpir mi trabajo, Luisa dejaba sus labores y ambos descansábamos, hablando perezosamente ó dormitando sobre la mesa, arrullados por el ruido cadencioso de la nieve ó de la lluvia. Otras veces nos asomábamos á las ventanas abiertas sobre la calle Limón: desde allí abarcábamos los tejados de la fábrica de cervezas de Mahou, cuya enorme chimenea, renegrida por el humo, parecía un dedo embetunado y gigantesco. En aquellas tardes monótonas, el edificio siempre estaba silencioso; nunca vibraban voces en su interior ni ardían luces en sus ventanas; sólo el incesante y pavoroso resoplar de la máquina acreditaba que el coloso palpitaba bajo su capa de nieve. Junto á la fábrica había una casita de ladrillo, cuya única puerta sólo se abría los domingos; en la casa inmediata estaba el comercio de un viejo plomero, y después una taberna, con sus puertas y sus cortinillas rojas. Luisa y yo, con las frentes apoyadas en los cristales de nuestra ventana, mirábamos atentamente. Del ceniciento cielo caían en copioso flujo grandes copos de nieve; á lo lejos los tejados desiguales se confundían bajo una sábana blanca y rugosa; por la calle Limón pasaban algunas muchachas que iban á llenar sus cántaros en la fuente de la Travesía de los Guardias, y el ruido tenue de sus pisadas subía hasta nosotros: las luces amarillentas de los faroles, tirititaban

dentro de sus fanales; las de la taberna, al atravesar las cortinillas del escaparate, manchaban el áspero empedrado de la calle con destellos rojizos que se encogían y alargaban como lenguas ardientes, Todo era soledad y abandono: las casas estaban cerradas, la calle desierta: sólo se oía el robusto alentar de la fábrica, los ecos plañideros de las campanas que regulan los místicos ejercicios de las monjas Comendadoras de Santiago, y las bélicas cornetas del cuartel de Conde-Duque.

Después de cenar me sentaba otra vez á escribir. La casa dormía; en el patio resonaba el continuo gotear de la lluvia; las inalterables pulsaciones del reloj acompañaban los rasgueos de mi pluma y la mortecina luz de aceite que alumbraba aquellas vigilias terribles, esparcía por los ángulos de la habitación reflejos tímidos. A veces ruidos extraños me interrumpían: eran producidos por ratoncitos que recorrían el piso entarimado sabiendo que allí no había gato cazador ni amo vigilante á quienes temer: paseaban en todas direcciones sus inteligentes ojuelos, negros como cuentas de azabache, frunciendo el hociquillo y arrastrando el rabo majestuosamente: eran pardos, con el pechito y las extremidades blancas: cuando me cansaba de verlos daba una voz ó un puñetazo sobre la mesa, y los animalejos huían instantáneamente, como sombras de una visión dantesca. A media noche suspendía la tarea para obligar á Luisa á acostarse (*). Luego seguía trabajando hasta las dos ó las tres de la madrugada, hora en que apagaba la luz y me dirigía á tientas por el rellano de la escalera hacia la redacción: allí esperaba Carlos.

(*) Véase lámina II.

Nadie, que no haya pasado por ello, puede comprender la fuerza de ánimo necesaria para sentarse á escribir en una madrugada de invierno, sin café y sin fuego, como nosotros lo hacíamos: con el sombrero puesto, embozados en nuestras capas, juntando las rodillas bajo la mesa para prestarnos mutuamente algún calor y alentándonos á cada momento los dedos fríos de donde la pluma se escapaba. La noche en que podíamos comprar café éramos felices, pues la mágica bebida tenía la doble virtud de quitar el frío y espantar el sueño. Mas aquellas orgías eran raras: el periódico lo necesitaba todo; una peseta mal gastada podía hacer falta al día siguiente.

Por efecto, sin duda, de un artículo mío violentísimo, desencadenóse contra nuestra desventurada publicación una furiosa racha de denuncias: el Juzgado comenzó á visitarnos semanalmente; una nube de peligrosos procesos nos envolvió; y en Correos, y por orden gubernativa, los paquetes de *El Libre Examen* eran secuestrados, lo que servía á los malos corresponsales de feliz disculpa para no pagarnos... Era evidente que el fiscal quería acabar con nosotros.

En tan desesperada situación acudimos nuevamente á don Pedro en demanda de socorro: pero nuestro buen amigo nos demostró que un cúmulo de circunstancias fatales obligaron á Jámesson á cerrar su bolsa, y que por aquel lado toda esperanza de salvación fracasaba.

—A pesar de eso—dijimos,—es absolutamente preciso que usted nos ayude, porque sería doloroso perder en un momento el trabajo de tantos meses. Acaso doscientas ó trescientas pesetas nos bastasen para triunfar de una vez.

Don Pedro escuchaba silencioso, mordiéndose el áspero bigote y mirándonos fijamente á través de los empañados cristales de sus gafas. Cuando salió de su mutismo fué para preguntarme si yo sabía francés. Contesté afirmativamente.

—Entonces—dijo—todo se ha arreglado, porque don Juan quiere traducir una obra y nadie puede hacerlo mejor que usted: espérenme ustedes mañana en la redacción; lo demás es cuenta mía.

Al día siguiente nuestro incansable protector, fiel á su palabra, fué á vernos llevando el libro *La conciencia*, original del conde Agénor de Gasparin, y las doscientas sesenta pesetas que don Juan me daba por la traducción. Este refuerzo pecuniario nos permitió pagar á los acreedores más exigentes y comprar tinta, papel, sellos de franqueo y otros artículos indispensables, y la batalla continuó: era una pelea grandiosa contra el público indiferente, el fiscal enemigo y la feroz miseria que nos asediaban. Entonces Carlos confeccionaba casi todo el periódico, yo escribía un artículo, recortaba algunas noticias y traducía sin descanso, tanto por entregar á Jámesson aquel trabajo que ya me había pagado, como por obtener otros que me prometieron y que nos importaba cobrar antes de que el dinero recibido se acabase.

El Libre Examen subsistía milagrosamente: nunca sabíamos cómo se publicaría el número próximo, pero al llegar el miércoles, día aciago porque en su mañana pagábamos el papel y el timbre, siempre ocurría alguna feliz casualidad que nos sacaba á flote. Zozobrando entre la vida y la muerte y realizando verdaderos prodigios de equilibrio, pasamos el mes de Diciembre, á fines del cual acaecieron terribles contratiempos y mudanzas. El casero nos

despedía, el impresor exigió lo suyo; varios individuos que en otras ocasiones nos prestaron dinero, acudieron en tropel, como obedeciendo á un conjuro, á la puerta de la redacción, rindiéndonos bajo la autoridad aplastante de sus recibos. ¿Qué más?... Hasta el cartero, nuestro único aliado, se negó á seguir entregándonos las cartas si no cobraba las muchas que le debíamos.

Ante estos peligros Carlos y yo nos juntamos para deliberar: siendo imposible sostenerse allí más tiempo, era necesario rebuscar nuevos campos de operaciones: entretanto el periódico se levantaría un poco, la casa de giro nos adelantaría algunas cantidades á cuenta de los recibos que teníamos entregados y así podríamos defendernos un poco más...

A mediados de Enero y no sabiendo ya cómo luchar, establecí en la calle Tesoro una imprentita donde, más tarde, había de cosechar quebraderos de cabeza sin cuento. Tantas abnegaciones, sin embargo, fueron estériles: sin recursos, sin crédito, sin amigos que nos dieran la mano ni socorros de ninguna clase, impotentes para romper la helada actitud del público, sin relaciones con los prohombres del partido republicano y abatidos por incesantes golpes, llegamos á comprender que el término fatal de nuestra empresa se acercaba. Poco después mi compañero, perseguido por delitos de imprenta, huyó á Francia; yo pude escapar de mi casa disfrazado de obrero la misma noche en que la policía fué á prenderme, y aquella unión, que creíamos eterna, quedó rota.

Y, ¡lo que prueba la desesperante inconsistencia y relatividad de lo humano! A Chíes, como á mí, la historia de *El Libre Examen* que tanta vida y tan-

to dinero costó, ahora nos hace sonreir. De cuando en cuando nos reunimos y hablamos de aquellos tiempos ya lejanos.

—¿Te acuerdas?—pregunta él:—¿y Luisa? ¿Qué fué de Luisa?

Yo me encojo de hombros.

—¡Bah!...—exclamo—¿quién piensa ya en eso?.. ¡Cosas de chicos!...

NEUROSIS

El equilibrio y proporción entre el sujeto y el medio ambiente son las condiciones indispensables de la vida, que los *excesos* y los *defectos* extremados pueden producir idéntico dramático desenlace: la disolución, la muerte.

El abuso de impresiones visuales cansa la retina, debilita el nervio óptico y provoca la acromatopsia, ó desarreglo del órgano visual: el mucho ruido ensordece, destruyendo la capacidad vibratoria del tímpano; los perfumes demasiado fuertes enervan el olfato, provocando alucinaciones terribles, como las engendradas por la esencia de thym: y así como el exceso de impresiones desorganiza los elementos sensitivos, base insustituíble de todo fenómeno psicológico, sean cuales fueren sus grados de sutilidad y universalidad, de igual manera el cerebro se rinde y estropea sometiéndolo á un trabajo continuo y demasiado fuerte, determinando esas *neurosis,* semilla nefanda de todas las enfermedades mentales, desde el idiotismo, ó parálización absoluta del entendimiento, hasta la locura, abundoso hervidero de conceptos disparatados que nacen á borbotones, sin razón ni medida.

La neurosis, comprendiendo en esta palabra una multitud enorme de variedades, es la enfermedad característica de las ciudades populosas, pues sólo

se advierte en esos grandes centros en donde el gasto excesivo de energías intelectuales y físicas produce extraños decaimientos cerebrales ó excitaciones injustificàs, que alteran el curso normal de la vida psíquica: y las neurosis á que aludo no son aquellas estudiadas en los libros de medicina y clasificadas según sus síntomas, sino á neurosis generales, especie de enfermedades endémicas que parecen respirarse en la atmósfera de cada pueblo, siendo algo así que recibimos al ponernos en relaciones con su civilización, su carácter y sus costumbres; porque son, precisamente, el resultado fatal de sus costumbres, de su carácter y de su cultura.

Estas neurosis, por ende, suponen una debilidad cerebral, un hastío, un agotamiento de impresiones y de ideales; sed de emociones nuevas, de proyectos nuevos, de horizontes inexplorados, que distraigan la imaginación apartándola del vertiginoso combate por la vida, cada día más implacable, más rudo, según el número de individuos aumenta y los medios de producción disminuyen: es la enfermedad patrimonio de las ciudades *viejas*, de los pueblos *gastados;* que los pueblos, como los hombres, padecen depravaciones ó desvaríos vergonzosos que les hacen buscar en lo *extravagante* excitantes sofísticos á su senectud fatigada.

París es manantial inagotable de neurosis.

El pueblo parisino, mareado por esta existencia que Goncourt calificó, muy acertadamente, de *espirituosa,* vive consagrado á sus negocios y á sus placeres, y sin tiempo de descansar y de recogerse sobre sí mismo para cobrar en la meditación tranquila alientos nuevos: y por eso le vemos andar deprisa, la impaciencia estereotipada en el rostro,

hablando entre dientes y gesticulando, preocupado por sus quehaceres, perturbado quizá por el abuso de bebidas alcohólicas, en las cuales rebusca nuevas energías cerebrales.

Es una *proyección* incesante de ideas, de voliciones, de esfuerzos musculares; y estos esfuerzos se repiten siempre, porque los asuntos se multiplican y el tiempo es corto y las distancias enormes; y los individuos corren por estas calles interminables recibiendo una ducha sensacional continua de ruidos y de colores, que inspira vértigos...

París camina inconscientemente hacia la anarquía: los ideales artístico y científico aparecen cada vez más borrosos, más esfumados, en la polvareda levantada por los pintores y escritores de las últimas generaciones; no se advierte ninguna corriente dominadora y cada cual va por su lado, buscando el éxito en la *originalidad*.

Después del movimiento positivista iniciado en filosofía hace algunos años y que pareció derrotar definitivamente á los partidarios de las viejas escuelas, empieza ahora una nueva y poderosa reacción en sentido idealista, y el empuje de los discípulos de Janet, Saisset y otros, bambolea las afirmaciones de Charcot y Max Nordau; y el mismo público que lee y aúpa á Emilio Zola, ese gran neurópata de la literatura contemporánea, y acude al teatro de la *Renaissance* á aplaudir con el drama de Octavio Mirbeau, *Los Malos Pastores,* el triunfo del socialismo, tributó noches pasadas á Edmundo Rostand, en el estreno de *Cyrano de Bergerac,* una ovación ruidosísima, colosal, comparable únicamente á la alcanzada por Víctor Hugo en el teatro de la Comedia Francesa con el estreno de *Hernani*. Y, sin embargo, el drama de Rostand es

un caso de *atavismo artístico;* un drama extraño, de capa y espada, lleno de lirismos, con vistas al antiguo teatro romántico...

¿En qué quedamos?... El público fatigado sólo busca emociones agradables, sin preocuparse de ulteriores averiguaciones, y lo mismo gana una noche asistiendo á una representación de *Fausto* en la *Gran Opera,* que la pierde en el teatro de Variedades, celebrando *París en marcha.*

Hasta el sabroso misterio del pecado va perdiendo aquí sus encantos: el *Moulin Rouge* y otros cafés donde la juventud se enerva, han destruído este último y supremo acicate del deseo, con sus cuadros plásticos y sus *cancans* desenfrenados: es el *tædium vitæ,* de que habla Max Nordau, preparando el trágico desenlace profetizado á la humanidad por Eduardo Hartmann, el desesperado autor de la *Filosofía de lo inconsciente...*

Una parte de ese público ya no quiere oir dramas, ni óperas, ni conferencias, ni ver mujeres desnudas, ni ir á los circos: todo le es familiar, todo le hastía... y su hastío, precisamente, provoca las *neurosis* de que antes hablé...

* * *

Respondiendo á estos decadentismos inclasificables, hay en el *boulevard* de Clichy varios establecimientos donde se representan todas las noches las escenas más estrafalarias que jamás pudo concebir la imaginación de un morfimano; cuadros ridículos, músicas extrañas, discursos disparatados, que dan risa y pena al mismo tiempo, porque á veces parecen cosa de broma, y otras el curioso visitante, que va por aprender y no por somera delectación, cree asistir á una reunión de dementes

atacados de idéntico delirio: tienen todos estos sitios algo de esa grandeza infantil de los manicomios...

El *Café de la Muerte* es el principal: un edificio revocado de negro al que se entra por una puertecilla bajita y angosta, sobre la cual lucen dos pequeños focos eléctricos que proyectan luz verdosa tristísima, semejante á los fuegos fatuos que corretean sobre las tumbas de los cementerios abandonados. El interior del local está igualmente decorado de negro, y sobre este fondo sombrío se destacan multitud de sentencias escritas con letras blancas, ponderando la brevedad de la vida y el plácido sosiego de los que no existen. La noche á que me refiero, alrededor de las mesas, en forma de ataúdes cerrados, había una docena de personas, entre hombres y mujeres, bebiendo silenciosamente sus vasos de cerveza; cada uno de los concurrentes tenía una velita encendida; en los ángulos del salón aparecían varios esqueletos, afectando actitudes extrañas, con las mandíbulas y los escuetos brazos abiertos; sus cráneos mondos brillaban como bolas de billar, iluminados por luces verdosas; del techo pendía una siniestra lámpara formada con huesos humanos... Un hombre vestido de negro, de pie, en medio del salón, pronunciaba un discurso incongruente, macabro, enderezado á excitar los pensamientos tristes.

—Queridos hermanos—decía,—puesto que habéis entrado en el reino de la muerte, elegid vuestros sepulcros...

Su voz resonaba limpia y sonora en el respetuoso silencio de la sala; los circunstantes callaban, cohibidos por un inexpresable malestar, viendo, entretanto, los endemoniados embelecos que desfilaban

por un cuadro iluminado del muro, donde aparecían la Muerte envuelta en un sudario, y multitud de esqueletos descarnados que salían de sus tumbas empujando las piedras con el cráneo...

Aquellas experiencias, fúnebre prólogo del temeroso viaje que luego íbamos á emprender al otro mundo, duraron más de diez minutos; después nos condujeron á través de varios corredores hasta llegar á otro salón, mayor que el primero y más frío: á un lado se abría una puerta que daba acceso á otro corredor, en el fondo del cual aparecía un ataúd, colocado verticalmente, y alumbrado por la luz de un foco invisible; el sitio ocupado por el público estaba en tinieblas, para mejor favorecer la visión óptica preparada, y, en vez de sillones, había bancos de piedra tallados en forma de losas sepulcrales. Uno de los empleados del establecimiento preguntó si alguno de los presentes deseaba morir...

Varias voces contestaron afirmativamente:

—«¡Yo, yo!»...

Salió uno de los que se ofrecieron á la experiencia por una puertecilla secreta hábilmente disimulada en la pared, y segundos después le vimos reaparecer junto á la caja mortuoria acompañado de un individuo vestido de rojo, quien le colocó de pie dentro del ataúd y le cubrió con una sábana, dejándole únicamente la cabeza al descubierto. Era un hombre pequeño, grueso, de cabeza cuadrada, con el mofletudo semblante cortado por un bigote negro; á tal distancia, preso en aquel marco sombrío é iluminado por la verdosa luz que caía de arriba, tenía todo el aspecto fatídico de un cadáver.

—Ahí tenéis el fin de la vida—empezó á decir el siniestro personaje que nos sermoneaba;—á eso se

reducen los honores, la juventud y el poder: ese es el muro infranqueable contra el cual se estrellarán, en plazo no lejano, vuestros afanes...

Aquellas palabras pasaron sobre el auditorio como una corriente de aire frío, estremeciéndole, y el silencio, si caben en él grados de intensidad, fué más profundo, más solemne. Un órgano colocado en alguna habitación inmediata ejecutó una marcha fúnebre dulcísima, cuyas luctuosas armonías llenaron el salón obscuro aumentando el siniestro hechizo de la escena; dentro, varias campanas doblaban á muerto.

—Ese es tu fin, humanidad perversa—repetía el orador;—polvo eres y en polvo deleznable has de convertirte...

El órgano seguía sonando y las melancólicas campanas doblaban siempre, anunciando las postrimeras contorsiones de una vida que se extingue; todos permanecíamos inmóviles, sintiendo frío en la espalda, los ojos fijos en aquel individuo pequeño, gordo, de cabeza cuadrada, que aparecía de pie y cubierto con una sábana, encerrado en el ataúd...

—Ya ha expirado—decía el orador,—rezad por él; ved cómo la muerte devora sus presas, hermanos míos; á eso se reducen los honores, la juventud y el poder...

Y, en efecto, merced al mágico influjo de los rayos X, asistimos á esa última tragedia de la carne que se desarrolla en el misterio de los ataúdes cerrados. Vimos que el semblante perdía su animación y cómo sus rasgos se emborronaban; los ojos se rodearon de un círculo violáceo, sepultándose lentamente, desapareciendo, en el fondo de las cuencas orbitarias; la nariz se hundía, la boca se desgarraba, riendo con mueca inacabable; el pelo y las

orejas desaparecieron; los pómulos se demacraron, trasparentándose los huesos bajo la piel; y mientras esto sucedía, la sábana parecía arrugarse según los músculos se disgregaban.

—¡Los gusanos de la tierra—exclamaba el orador con voz monótona y grave—han hecho presa en su cuerpo y le devoran!...

Y no mentía; aquello ya no era un hombre; era una masa informe, ante la cual parecían percibirse el olor de las carnes en descomposición y el zumbido de las moscas hambrientas. Después la horrible visión se completó, y tras el sudario apareció un esqueleto enjuto, riendo con carcajada silenciosa sin fin, mirándonos con sus ojos sin luz...

El órgano calló, las campanas dejaron de doblar; pero el público continuaba absorto, contemplando aquel despojo humano yaciendo en el fondo del ataúd negro, inmóvil, iluminado por un foco de luz espectral.

Aun se oyó la voz del orador que repetía entre las sombras y por última vez:

—¡A eso se reducen los honores, la juventud y el poder!...

Luego, nada: el encanto se deshizo, y reapareció el sujeto vulgarote que sirvió para el fúnebre experimento.

La operación se repitió con otro de los concurrentes, que también quiso morir: un joven delgado y muy alto, tanto, que creímos no cabría en el ataúd; pero sí cupo y su cuerpo fué recorriendo el mismo horrible calvario hasta convertirse en esqueleto; al fin, nada: una mancha obscura en el fondo de la caja; un puñado de polvo...

Cuando salimos á la calle, me pareció que todos iban un poco pálidos...

Análogos al *Café de la Muerte* son el del *Cielo* y el del *Infierno*. En aquél todo está decorado de blanco, con nubes y flores y juegos de luces de tonos suaves, y los individuos encargados de servir al público visten de blanco y llevan una corona de laurel alrededor de la cabeza. En el *Infierno*, todo es rojo, y una orquesta de diablos cornudos ejecuta valses disonantes, dentro de un gran caldero bajo el cual arde una hoguera perfectamente simulada con luces de colores.

Pero, ¿á qué seguir?... Viendo uno, se ven los demás, pues todos son de la misma laya. Y lo más famoso de esto es, no que haya individuos á quienes se les ocurra abrir establecimientos así, porque el espíritu mercantil discurre y alambica las cuestiones sobre todo encomio, sino que cierto público acuda asiduamente á estos lugares, verdaderas antesalas de la locura, y dé su dinero por prestarse á las ridículas ceremonias que allí se usan. En eso radica lo extraño, la *neurosis*.

Estos fúnebres divertimientos, ¿no recuerdan aquellos banquetes de los epicúreos que colocaban un esqueleto sobre la mesa donde celebraban sus festines báquicos?... ¿No parece esto un remedo, un eco tristísimo, de aquella alegría enlutada de las orgiásticas postrimerías de la Roma de los Césares?...

Hartmann ha visto en el suicido el fin de la Humanidad: ¿Se cumplirá tan siniestro vaticinio?... ¿No empieza á esbozarse el amor á la muerte en esta sociedad de neuróticos que van á buscar, tras el pavoroso misterio de las tumbas, sensaciones nuevas que remedien su hastío?...

París, 1897.

LA RISA TRISTE

Nadie fíe de apariencias: los semblantes risueños suelen encubrir almas frías, inaccesibles á todo afecto; almas de inquisidores que escuchan, sin emoción, los gritos que arranca el tormento. Cleopatra miraba tranquilamente las convulsiones de las esclavas mordidas por el áspid; Nerón, el refinado artista del crimen, tenía un rostro apacible de niño; las vestales asistían con salvaje delectación á las luchas del anfiteatro; por la frente purísima de Herodías, virgen, al parecer, de todo innoble pensamiento, cruzó la idea de segar la cabeza del Bautista...

La vida es plantío de antítesis crueles: las mayores pesadumbres suelen permanecer ignoradas tras la máscara del contento. El Diablo que sufre y no puede llorar, ríe; las mayores miserias van en coche, visten frac y calzan zapatos de charol; la nieve corona el cráter de los volcanes; los cementerios se cubren de flores... Y el mismo planeta que habitamos, con su enorme panza abastada de elementos vitales que germinan y perecen en la más abominable fetidez, mientras por fuera, á guisa de benéfico manto encubridor de tanta podredumbre, se dilatan campos ubérrimos inundados de sol, ¿acaso no es también un gran dolor, el dolor inter-

minable de todo lo que muere, vestido y enmascarado con el feliz antifaz de todo lo que nace?...

Hay risas tristes, como lágrimas...

Aun recuerdo el semblante de un niño que vi hace años en un *boulevard* de París, vendiendo juguetes un día de Nochebuena.

El frío era intenso, la nieve caía en gruesos copos sobre una multitud alegre. Todos los transeuntes habían comprado algo; éste un tambor, otro una muñeca, aquél una caja de dulces. Las madres se paraban ante el puesto de juguetes y el niño que tanto me impresionó, acudía á servirlas, ofreciendo los pianillos más baratos, los polichinelas más bonitos. Y, mientras hablaba, el pobrecillo sonreía... ¡Qué diferencia entre el franco regocijo de los niños compradores y la alegría contrahecha del niño mercader!... Las muñecas con sus frescas mejillas de porcelana, los payasos con sus rostros enharinados tienen un espíritu que sólo comprenden las almas infantiles.

Seguramente el pequeño vendedor quería con amor intenso aquellos racimos de tambores, de pianillos con notas de cristal, de sables y de cascos brillantes, que otros muchachos iban llevándose. Los juguetes desaparecían poco á poco; los cajones que aquella mañana trajeron de la estación repletos de Nacimientos, cornetas y caballos de cartón, ya estaban vacíos... Pero el niño, dócil al consejo paterno, sonreía á los nuevos compradores que llegaban, enajenando sin esfuerzo aparente todo aquello en que puso una ilusión y un deseo, encubriendo como actor consumado, sus lágrimas con su risa. Aquella Nochebuena sería muy triste para él; durante la jornada repartió á manos llenas las baratijas que fueron su encanto á trueque de un dinero

cuyo valor no comprendía bien, y ya cerrado el puesto, sus padres, atentos al negocio, sólo le darían el tamborcillo desfondado, el carrito sin ruedas, el muñeco roto que nadie quiso...

***

Con los niños que venden juguetes comparo á las jóvenes que en estas noches de Carnaval alquilan disfraces. *Ellas* no van al baile, no pueden, no las dejan ir; necesitan permanecer en sus tiendas al servicio del público dichoso que acude al aquelarre; y tristemente, las manos cruzadas bajo el delantal, la vista fija en el suelo y la imaginación abstraída en la contemplación de cosas distantes ó soñadas, pasean su aburrimiento por delante del mostrador. Todo concurre á reforzar su pena: los vistosos capuchones que envuelven los maniquíes colocados á lo largo de las paredes como enmascarados inmóviles; los *bebés* con sus carotas inocentes y mofletudas; los mantones filipinos, cataratas de flores azules y rojas caídas sobre un charco de leche... Y más arriba, colgadas en ringlera de un listón, puñados de caretas, caretas inexpresivas de alambre, con sus mejillas siempre sonrosadas y sus ojos azules: caretas muy blancas de *Pierrots*, del inmortal *Pierrot* enfermo, que busca á Colombina por los bailes de máscaras; y caretas aristofanescas de Polichinela, y antifaces negros que recuerdan los siglos medioevales de la aventura y del misterio...

Todo oprime el corazón de la gentil vendedora: como los juguetes para los niños, los disfraces tienen para la juventud un magnetismo extraño, un lenguaje intraducible que la hechiza, refiriendo el poema tentador de todas las locuras, de todos los placeres...

Y la vendedora piensa:

—«¡Qué maja estaría yo con ese *bebé* ó aquel mantón... ó de andaluza, con el pecho y los cabellos adornados de claveles rojos!»

En aquel momento penetran en el establecimiento varias personas, hombres y mujeres, que van al baile: la alegría embellece sus labios y abrillanta sus ojos. La vendedora les recibe sonriendo. Esta quiere vestir de gitana, aquélla de locura... Luego se van. El ruido de sus pasos y de sus risas resuena alejándose por las calles silenciosas, y la joven queda más triste que antes.

Una pesadumbre tétrica emponzoña su alma; para ella aquel año no ha traído Carnaval; será uno de esos años desdibujados, vacíos de emociones, que es imposible recordar después...

***

Pensando en los niños que venden juguetes y en las muchachas que alquilan disfraces, me acuerdo de los artistas; de los artistas pobres que venden sus risas...

Las pintadas panderetas que se rifan en los bailes, los valses rimadores del alegre voltijeo de las parejas, el sabroso cuento que el público leyó de sobremesa entre sorbo y sorbo de café, fueron concebidos con sueño y frío, con hambre, tal vez, en horas de doloroso alumbramiento. El artista ríe ó llora, pero llora suavemente. Su dolor, es una especie de dolor suave, de pesadumbre discreta y amable, ó de risa triste... como las risas de los niños que no juegan, de las jóvenes que no bailan.

¡Ah!... Vosotros los felices, que váis al baile embriagados por la expresión de una boca juvenil que

—Si usted aceptase mi compañía—dije,—iríamos juntos.

sonríe tras un antifaz negro, y os lanzáis á la orgía bebiendo Champagne en vuestros sombreros de copa, cuando á la mañana siguiente, entre las brumas indecisas del despertar, recordáis el brillante disfraz de la mujer amada, el cuadro adquirido para ella en la tómbola, y las dulces cadencias del vals que meció vuestro contento ¿no pensasteis también en las lágrimas que cuestan á los pobres los bailes de máscaras?...

NOCHEBUENA

Pasé la tarde traduciendo para Bouret, uno de los tres editores que amparan en París el destierro de los españoles periodistas. Hasta mi cuarto, angosta habitación interior situada en el quinto piso de un vastísimo hotel, el ruido de los coches, rodando por el asfalto, llegaba como el vagido de un trueno continuo, lejano y sin modulaciones; desde mi mesita de trabajo veía un retal de cielo plomizo, del cual la nieve fluía silenciosamente en copos incontables, pintando sobre el zinc de las ventanas líneas blancas; la luz dudosa del crepúsculo palidecía sobre el viejo papel de la habitación, de un color azul claro. Cuando el resplandor diurno faltó completamente, encendí una vela y seguí escribiendo; y de cuando en cuando, mientras la pluma dejaba maquinalmente en las cuartillas el hilo del pensamiento, la imaginación recomponía las dulces líneas azulinas del pasado, y nombres de mujeres y de amigos perdidos en la bruma ingrata de lo distante...

A la hora de costumbre salí del hotel, dirigiéndome por la calle Montmartre hacia mi modesto *restaurant*. Era un largo salón rectangular, con mesas de pino colocadas simétricamente á ambos lados de la crujía ó carrejo central, abierto desde la puerta de entrada á las cocinas. A la derecha, tras

un mostrador cubierto por un paño negro, había una muchacha pálida, hija del dueño, que acariciaba á los parroquianos que llegaban ó salían, con una sonrisa automática.

Permanecí indeciso, eligiendo lugar simpático donde sentarme; había poca gente y ésta cenaba deprisa y callando, como viajeros que aguardan la salida de un tren. Un inglés, de quien yo era muy amigo, vino á decirme que, bien á despecho suyo, no podía cenar conmigo.

—Unos paisanos me han convidado; como esta noche, para los que estamos solos, suele ser triste, no creí prudente rehuir su invitación.

Se marchó. Yo, que no tenía familia, ni amigos, ni paisanos, me dirigí á una mesa donde acababa de sentarse una muchacha como de dieciocho á veinte años: tenía el rostro ovalado, la naricilla respingueña; sus ojos azules parecían entristecidos prematuramente por los espectáculos de la vida; llevaba un gabán azul, viejo y muy limpio, y un sombrerito redondo de paño. Al coger la silla para sentarme, murmuré:

—¿Me permite usted, señorita?

—Sí, señor.

—Muchas gracias.

Empezamos á comer soplando sobre las cucharadas de una sopa, demasiado caliente, que acababan de servirnos. Un incidente cómico que nos hizo reir á la vez, aproximó nuestras almas y la conversación comenzó.

—¿Va usted á la Misa del Gallo?—pregunté.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—¡Ah, muy lejos de aquí! A la iglesia de Santa Margarita; hay que pasar el río.

Añadí, curioseando en su intimidad:

—¿Va usted con su novio?

—No... sola; no tengo novio.

—Eso es raro.

—¿Raro?

—Sí, porque es usted muy bonita.

Pareció ruborizarse. Yo agregué:

—¿Irá usted con su familia?

—Tampoco; mi familia vive fuera de París, muy lejos...

Esta respuesta, que sin duda embozaba una vaga melancolía, me empujó suavemente hacia la simpática desconocida; era pobre como yo y como yo estaba sola en la inmensa ciudad cosmopolita, donde nadie se conoce. Pensé que la peregrinación á la lejana parroquia de Santa Margarita fuese un pretexto para atraerme con las emociones de un dilatado camino. Repasé mentalmente el dinero que me quedaba, luego de pagar nuestras cenas: no pasaría de tres francos...

Vacilé, dicurriendo cuerdamente que cantidad tan exigua no lleva decorosamente á ninguna parte; mientras yo me mordía los labios de coraje, ella me miraba desde la penumbra que sobre su rostro vertía el ala de su sombrero. Aquellas miradas, comprometedoras como súplicas, vencieron mis escrúpulos.

—Si usted aceptase mi compañía—dije,—iríamos juntos (*).

—¿Por qué no?... Muchas gracias: las conversaciones agradables acortan los caminos.

Resuelto aquel punto sobre que había de girar todo el programa de la noche, hablamos del pasado

---

(*) Véase lámina III.

con esa despreocupación, patrimonio exclusivo y excelente de los pobres. Se llamaba Mauricia, era alsaciana, el año anterior había estado en el hospital más de ocho meses...

—Todavía—agregó conmovida,—me duele el estómago por las muchas hambres que he sufrido.

—¿Y por qué estuvo usted en el hospital?

—¡Oh... no sé!...

Se encogió de hombros y siguió comiendo; comprendí que no quería responder y no insistí; la evocación de aquellos recuerdos dolorosos echó sobre su rostro el paño blanco de las grandes amarguras.

Me quedé contemplándola atentamente... Luego hablé de mí mismo; confesé las estrecheces de mi vivir, mi poco dinero.

—¡Ah!—exclamó, sin disimular su admiración,—¿usted tampoco tiene dinero?

Paseó á su alrededor una mirada distraída, reparando en los hombres que cenaban solos.

—Bien—repuso de pronto, como resignándose;—es usted pobre, ¿qué importa?

Salimos á la calle; yo la había disuadido fácilmente de visitar Santa Margarita; era mejor ir á mi hotel: nevaba; ella tenía el calzado roto.

—Con el dinero que traigo—dije,—podemos pasar una buena noche.

Mauricia vacilaba, no atreviéndose á preguntarme á cuánto ascendía mi capital. De pronto exclamó:

—Pero antes de irnos á tu hotel, necesito comprar algunos juguetes para un sobrinillo mío.

Aquello, como amenazase de muerte todos mis planes, me desconcertó.

—¡Buena ocurrencia! — dije.—Andar ahora por ahí buscando juguetes. Mañana nos ocuparemos de eso...

Mas ella se obstinó en llevar adelante su gusto y tuve que ceder. En los *boulevares* la multitud se apiñaba ante los puestos de juguetes, empujándose bajo una movediza bóveda de paraguas abiertos; la nieve caía silenciosa extendiendo sobre el techo de las barracas su yerto manto de armiño. En pie, tras improvisados mostradorcillos de madera, los vendedores pregonaban su mercancía, su alegre mercancía, encanto de los niños: los polichinelas, con cuerpos grotescos y grandes bocazas burlonas; los pianillos maravillosos; las muñecas mofletudas, de ojos inocentes; los sables brillantes; las cajas repletas de borregos, pastores y casitas de verdes persianas...

Mauricia no sabía qué comprar, y su espíritu infantil fluctuaba ante los juguetes con delectación maternal.

—No sé—murmuraba,—no sé...

Esta duda la arrastraba de puesto en puesto, insensible al frío y al continuo y molesto vagar de la muchedumbre. Concluí impacientándome.

—Decídete pronto—dije;—para los chicos cualquiera cosa es buena.

Ella había reparado en un piano.

—¿Cuánto vale?—preguntó.

—Veinte francos—repuso el vendedor.

Mauricia me miró.

—¿Te gusta?—dijo.

—Sí, pero es muy caro.

—¡Es caro!...

Su voz fué desmayada como el eco de las llanuras; siguió mirando, abandonando sus ojos á la atracción de los juguetes más lindos; un clown valía quince francos... otro, más pequeño, nueve...

—Todo es caro—repetía Mauricia, advirtiendo

los movimientos negativos de mi cabeza;—todo...

Repentinamente exclamó, alargando el brazo llena de regocijo, creyendo haber logrado el raro maridaje de lo bonito con lo barato:

—Mira... aquel acordeón es precioso... y vale cuatro francos...

Por primera vez padecí la cruel vergüenza de ser pobre.

—No puedo—repuse,—no tengo dinero...

Ella se alzó de hombros, con ganas de llorar, pensando en el sobrinillo que esperaba. Me acerqué al puesto y extendí la mano hacia un montón de muñecas que costaban á un franco cincuenta.

—Aquí—dije;—hay algunas bonitas: escoge ..

—¿Para qué?... Me es indiferente una ú otra.

Sin duda no quería ser cómplice en aquella compra infame: yo, pasando por todo, elegí la muñeca; un *bebé* carirredondo, con el pelo negro y los labios muy rojos.

—Toma—dije.

Luego añadí tímidamente, temiendo un desprecio:

—¿Y ahora?

—Ahora... vamos donde quieras.

—¿A mi hotel?...

—Sí, mejor es... me duele el estómago...

Aquel sombrío dolor de entrañas, era la voz de la miseria En la esquina de la calle Richer me detuve, registrando mis bolsillos.

—Ahí tienes—dije,—un franco y algunos céntimos con que puedes comprar queso y dos botellas de vino; en mi habitación hay pan tierno...

Mauricia parecía escucharme atentamente.

—Aquella es mi casa—proseguí indicando un portal;—vivo piso quinto, cuarto número doce...

¿Te acordarás? No te acompaño á la tienda porque en todos estos comercios tengo cuentecillas atrasadas...

Mauricia repitió:

—¿Dices que compre queso y dos botellas de vino?...

—Sí... y en seguida ve á buscarme; entraré solo para no llamar la atención del portero.

Al llegar á mi habitación encendí la vela, dejé la puerta entornada y me acosté queriendo calentar el lecho para cuando mi compañera viniese. Esperé. Pasaron cuatro minutos, cinco, seis...; Mauricia no venía. La espera acicateaba mi deseo; en el silencio de la habitación mis sienes latían.

—¿La habrá impedido subir el portero?—pensé.

Levantéme medio desnudo y salí al pasillo, acercándome al rellano de la escalera: la obscuridad y el sosiego eran completos; los ronquidos del portero, que dormía en una especie de garita, junto al portal, llegaron á mí... Regresé á mi habitación y me acosté. De repente comprendí.

—¡Esa no viene!—exclamé;—¡me ha engañado! ¡Bonita Nochebuena!...

Comencé á morder las sábanas, lleno de furor; luego, un rayo de esperanza vino á consolarme: tal vez vendría... Esperé: el ruido de los coches, rodando sobre el asfalto de las calles, resonaba en el dormitorio como el eco de un torrente lejano; la nieve derretida caía en gotas que porraceaban rítmicamente el zinc de mi ventana...

Esperando, me quedé dormido.

. . . . . .

Pocos días después, la casualidad me presentó á Mauricia; al verme, palideció y quiso huir. Yo la detuve.

—¿Por qué me engañaste?—la pregunté.

Reconociéndose perdida, fué franca.

—El sobrinito de que hablé á usted—dijo—es hijo mío. Aquella noche él no había comido y me esperaba... ¿Comprende usted?.. Ya era tarde para buscar dinero: la muñeca, el franco y los céntimos que usted me dió, eran la cena de mi hijo, eran su Nochebuena .. y la mía... viéndole contento y sin hambre. No pude resistir á la tentación y le engañé á usted. ¿Hice mal?...

Aquella historia, tierna y sencilla, de dolor, me conmovió. Bendije la pérdida de mis tres francos, pues era imposible causar con menos dinero mayor bien.

—Todo eso—repuse,—da ganas de llorar...

Nos separamos estrechándonos las manos cordialmente.

«VIDA GALANTE»

(1898)

VIDA GALANTE nació casualmente y vivió por raro milagro de la antojadiza fortuna, como viven los niños tras uno de esos alumbramientos terribles en que los médicos anuncian á la familia de la parturienta que, de cien probabilidades, hay noventa y cinco agoreras de un desenlace fatal.

Yo había llegado á Barcelona sin otro equipaje que alguna ropa interior y las quinientas y pico de cuartillas de un libro que pensaba vender al editor M. Bouret; y como no tuviese dinero suficiente para continuar mi viaje hasta París, hube de detenerme en la Ciudad Condal con propósito de apercibir los recursos necesarios á mi viaje. Al salir de la estación de Francia, un mozo cogió mi maleta.

—¿Dónde va usted?—preguntó.

Repuse:

—Donde usted me lleve.

Echó á andar por el paseo de las Palmeras y le seguí, importándome un ardite la calidad del sitio á donde me condujese, pues al hombre que, como yo, sólo llevaba consigo cinco ó seis pesetas, todas las casas y todos los caminos le parecen buenos. Sin embargo, yo no estaba triste y la seguridad de vencer cuantos obstáculos me aguardasen, fortalecían mi ánimo, inspirándole esa inquietud suave que guía

hacia lo desconocido y remoto á las voluntades aventureras. Aquella noche cené y dormí en la Fonda de San Antonio, y á la mañana siguiente visité al librero don Antonio López, quien me pagó inmediatamente una pequeña cantidad que me adeudaba hacía dos años y que yo, por incuria, nunca reclamé; y luego fuí á ver al señor Angelón, director de *La Ilustración Artística*, que al saber mi situación y la mucha prisa que tenía en ir á París, se apresuró galantemente á servirme, aceptando los dos cuentos que yo le llevaba para su periódico. Animado por estas fáciles victorias que acababan de poner entre mis manos las llaves de la frontera, fuí al otro día á casa del editor señor Maucci, á quien tampoco conocía, con la pretensión de traducirle algún libro. Como es lógico suponer, Maucci rechazó mis ofrecimientos, alegando que el gran número que tenía de originales inéditos y de obras agotadas que urgía reimprimir, le vedaba adquirir traducciones nuevas. Pero tales motivos no torcieron ni aflojaron mi empeño y acometiendo á Maucci, hábilmente con donaires y argumentos nuevos, logré arrancarle el permiso para traducir la novela *Un matrimonio aristocrático*, de Octavio Feuillet; libro que traduje en ocho días y por el que percibí cien pesetas, si mal no recuerdo.

A fines de aquella terrible semana de trabajo y cuando ya mi impaciencia contaba por horas el tiempo que aun me faltaba para subir al tren de Francia, escribí casualmente, sin la menor esperanza de obtener resultados útiles y como quien, por distraerse, arroja una piedra al mar, una carta á cierto modestísimo editor de Villanueva y Geltrú, llamado Ramón Sopena, para quien había escrito algunos cuentos desde Madrid y al que sólo de nom-

bre conocía. A la carta donde yo anunciaba mi viaje á París, Sopena respondió con el siguiente telegrama.

«Espéreme usted. Mañana nos veremos.»

Tanta actividad me sorprendió agradablemente, pues nada malo podía augurar. Al día siguiente muy temprano recibí la visita de Sopena; yo, que no le esperaba aún, me hallaba ensabanado y profundamente dormido, cuando él llegó. Ramón Sopena es un aragonés joven, alto, fuerte, los hombros anchos, el mentón pronunciado, la mirada franca, un poco dura, y el verbo conciso, claro y simpático, de los hombres de acción.

—He leído *Punto-Negro*—dijo—y cuanto usted escribe me gusta mucho; por eso quiero que fundemos juntos un periódico; para ello tengo una imprentita y algunos miles de pesetas... muy pocos...

Yo, que había visto nacer y morir tantas publicaciones de editores adinerados, aseguré que con tan raquíticos elementos de lucha, no podríamos «ir á ninguna parte.» Sopena insistió: era necesario abrirse camino, pelear á puñetazos con el Destino hostil y vencerlo. En último caso y por contraria que la suerte nos fuese, el periódico podría vivir cinco meses, seis... y medio año de vida... ¡es vida!... Yo me dejé convencer. Por la tarde Sopena y yo fuimos á los toros, después cenamos juntos; cuando nos separamos ya discutíamos fraternalmente, cual si fuésemos compañeros de toda la vida. Quedamos en reunirnos á fines de Octubre en Villanueva y Geltrú.

—Durante este mes y el siguiente—agregó Ramón,—mientras usted concluye los asuntos que ahora le llevan á París yo realizaré cuantos traba-

jos de propaganda juzgue útiles al buen éxito de nuestra empresa.

Con fecha 14 de Septiembre de 1898, Sopena me escribía á París:

«No pierda usted ocasión de husmear y atisbar cuantos periódicos satíricos, de fecha reciente, estén á su alcance y recorte usted de ellos cuantas historietas mudas y cuentos considere usted dignos de ser reproducidos.

»Cómprese usted unas tijeras y ¡duro con ellas! Lo importante es no perder ripio, pues, como director literario y artístico, debe usted poner especial cuidado en la elección de los dibujos, por ser éstos los que más cautivan la atención del público. Tenga entendido que la viña no nos permitirá costear un dibujante...»

En otra carta que recibí poco después, decía:

«Respecto á la duración del periódico, puedo asegurarle que publicaremos veinte números, durante los cuales podremos apreciar la marcha del negocio.

»El periódico será propiedad de usted y mía, y percibiremos las ganancias á partes iguales. En la solicitud ó participación que se dirige al Gobierno Civil, y en los recibos de la contribución, figuraremos los dos como propietarios, y pagaremos á medias cuantos gastos se originen, tales como el coste, no el valor, de la confección tipográfica; los fotograbados, propaganda, local de la administración, sellos de franqueo y otros gastos menores...»

Consigno estos pormenores porque ellos descubren, mejor que la explicación más prolija y minuciosa, la estrecha unión que desde los primeros momentos hubo entre Sopena y yo, y la sofocante modestia y heroicos apuros que presidieron la for-

mación de nuestra empresa. Cuando regresé de París mi compañero tenía dispuestos todos sus elementos de combate, y no había más que coger la pluma y sentarse á escribir. Empezó la batalla: el día 6 de Noviembre de 1898, apareció VIDA GALANTE: los primeros números se vendían á quince céntimos y constaban de doce páginas.

¿Cómo compendiar en pocos renglones las vicisitudes y tropiezos de aquella hazaña inolvidable?

Yo residía entonces en Barcelona y en una casa de huéspedes de la calle Tallers, donde pasaba muchas noches de claro en claro, ideando historietas, escribiendo crónicas ó cuentos que luego ilustraba aprovechando uno ó más grabados de periódicos extranjeros; traduciendo ésto, procurando españolizar lo otro, componiendo versos y desempeñando, en fin, la faena de tres ó cuatro periodistas trabajadores y duchos en las triquiñuelas y menesteres menudos de su oficio. Así pasaba las semanas y los viernes, día destinado al ajuste y corrección del número que había de publicarse el martes, me marchaba á Villanueva llevando en un maletín los últimos grabados y las cuartillas que aun faltasen.

La imprenta estaba instalada en el número 11 de la calle San Sebastián: yo llegaba embozado en una amplia manta de viaje y con los ojos hinchados por el madrugar y el poco dormir; Sopena me esperaba impaciente parado en la puerta del taller, con las piernas abiertas, su gorra de trabajo echada hacia atrás, sobre la nuca, y las manos metidas en los bolsillos de un ancho pantalón de pana. Al verme, refunfuñaba:

—Anda, hombre; creí que habías perdido el tren y ya pensaba telegrafiarte. Estas zozobras me en-

fermarán del pecho... ¡palabra de honor!... tísico he de morir y tú tendrás la culpa.

Siempre recordaré aquel local amplísimo que más tarde había de proporcionar cómodo asilo á un café cantante: en primer término y á la izquierda, estaba el escritorio; después la máquina, una Marinoni, movida por un viejo motor de gas; y al fondo, las cajas colocadas sobre media docena de chivaletes ante los cuales trabajaban dos ó tres cajistas que apenas sabían hablar en castellano. Mientras yo corregía pruebas en el despacho, Sopena iba y venía, las manos sepultadas en las profundidades del pantalón, inmóvil la terca mirada de sus ojos glaucos, el entrecejo pensativo, preocupado ya por la visión ó presentimiento de la gran empresa que poco después habíamos de realizar.

Con aquellos tan menguados y deficientes elementos, la pobre VIDA GALANTE no podía quedar bien impresa: los tipos eran viejos, el papel malo, los cajistas peores; el motor, que resoplaba y tronaba como un castillo de fuegos pirotécnicos, solía pararse, poniéndonos en la dura necesidad de concluir la tirada del periódico á brazo; los grabadores, además, residían en Barcelona, todo lo cual dificultaba enormemente la confección de los números. Transcurrieron dos meses; así era imposible seguir; ó hacíamos una diablura mayúscula ó el periódico, que se vendía poco, pasaba á mejor vida.

—¿Vámonos á Barcelona?—pregunté yo á mi compañero una tarde en que, paseando á orillas del mar, sondeábamos las negras inmensidades del porvenir.

Ramón vaciló un momento, como el náufrago que, antes de arrojarse al mar desde la borda del buque zozobrante, consulta el vigor de sus brazos, y repuso:

—El mes próximo te lo diré.

Los días pasaban tristemente, borrados en la fiebre de un combate sin horas de reposo: excepción hecha de Gómez-Carrillo, Cuéllar, que ya ha muerto, Limendoux, Arturo Reyes, Lapuya, Asensio Más, González Anaya y algún otro, ninguno de los amigos á quienes escribí rogándoles colaborasen gratuitamente en mi periódico, se molestó en contestarme. El desprecio y la ingratitud de este silencio, aumentaron mi abatimiento; mis compañeros, que ya luchaban delante y lejos de mí, me habían olvidado: yo era un vencido, un fracasado que extenuaba en el vacío estéril sus últimas fuerzas.

—¿Y para descender tan abajo—pensaba yo,—publiqué *Punto-Negro?*

Por aquella época Sopena, que desarrollaba para el trabajo un esfuerzo de león, vivía con modestia suma; yo, que cobraba cincuenta pesetas mensuales... apenas tenía lo indispensable para mudarme de ropa interior dos veces por semana.

Al fin Ramón, pulsando expertamente la marcha insegura y vacilante del periódico y la opinión de sus corresponsales, resolvió, con gran júbilo mío, trasladarse á Barcelona: aquello era algo heroico y también terminante y definitivo, pues del sesgo bonancible ó adverso que luego siguiera el periódico dependía el auge y mejoramiento ó la ruina total de la empresa. Y salimos de Villanueva, y nos fuimos contra la voluntad de todo el pueblo, que, enmollecido por la apagada y somnífera existencia de las pequeñas ciudades, no comprendía nuestro esfuerzo gigante y nos auguraba un fin desastroso.

Desde los andenes de la Estación de Francia, Sopena y yo vimos llegar el tren mixto donde venían los materiales de nuestra imprenta; al verlos,

temblé; la emoción oprimía mi garganta: era una lloviznosa mañana de primavera: en aquellos coches iba embarcado el porvenir; la locomotora disminuía su velocidad; los vagones pasaban ante mí, bajo la lluvia; y pasaban lentamente... lentamente y sin ruido, como algo que se hunde en el mar...

Aquella misma semana los talleres quedaron instalados en el número diez de la calle Gravina, donde continuó la lucha, el combate diario, infatigable, con los dibujantes que no saben pintar, los fotógrafos que no cumplen, los corresponsales que no pagan... VIDA GALANTE era una especie de galera, una horrible galera de dos remos, en la cual dos forzados bogaban cual si hubiesen emprendido un viaje sin término. Declaro que, más de una vez, intimidado por la probabilidad de que mi compañero se arruinase completamente, quise suspender la publicación del periódico; pero Sopena, con fe y tesón admirables, se negó á ello y seguimos adelante.

De buen grado dedicaría aquí un recuerdo cariñoso á cuantas modelos complacientes y alegres camaradas regocijaron aquellas noches en que nosotros olvidábamos los ajetreos y quebrantos de la jornada para dar un ¡viva! entusiástico á la juventud y á la vida... mas temo extenderme demasiado y tocar los enojosos linderos de lo prolijo: cosa fácil, pues los recuerdos rientes se agolpan á mi memoria y un tropel de nombres ligados á multitud de episodios felices, riñen por escaparse de mi pluma.

Dos años después, tras azares sin número y cuando ya habíamos logrado publicar á la sombra del periódico una biblioteca económica de más de setenta volúmenes, la dirección de VIDA GALANTE, buscando horizontes más amplios y mejores donde

desenvolverse, se trasladó á Madrid. ¿Cómo describir las emociones que entonces disfruté? Nuestras actrices y actores más aplaudidos se ofrecieron incondicionalmente á ilustrar, por medio de la fotografía, los cuentos de mi revista; los amigos olvidadizos volvieron á rodearme y yo me holgué mucho de abrazarles. Desde Villanueva y Geltrú, hasta Madrid, ¡qué camino tan largo, tan hostil y tan duro!... Pero el combate, afortunadamente, estaba ganado; las zozobras y penalidades sufridas importaban poco.

Con fecha 17 de Enero de 1902, publiqué en el periódico el siguiente artículo:

»Desde este número la dirección de VIDA GALANTE pasa de mis manos á las manos pecadoras de Félix Limendoux.

»Muchos compañeros creen que Ramón Sopena, editor del periódico y yo, habíamos reñido. No hay tal: es imposible, ó por lo menos, muy difícil, que Sopena y yo nos divorciemos: nos conocimos hace mucho tiempo, en uno de esos períodos inciertos, de crisis y luchas continuas, que los hombres atraviesan poco á poco, los brazos extendidos, como palpando los escollos y sirtes del porvenir obscuro; y cinco años de combate hermanan más que una vida dulce, serena y ahita.

»Lo que acaba de suceder es la realización dichosa de lo que ha tiempo y en horas de consolador optimismo, pensamos:

—»El periódico—me decía Sopena muchas veces, —debe ser para ti un *medio,* jamás un *fin.* Si VIDA GALANTE triunfase, deja su dirección y dedícate á escribir novelas, que es labor más agradable, fértil y duradera.»

»Esa hora llegó. Yo te ruego, querido Félix, que

trabajes con solicitud paternal por la salud, desarrollo y futuro encumbramiento del periódico que hoy te entrego: vela por él, cuídale, atiéndele, empújale hacia la victoria por los derroteros que tu buen discurso te inspire y que mi corta suerte me impidió ver: él es para mí lo que esos hijos de quienes nos separamos luego de darles carrera y armarles en corso para la lucha por la existencia: nuestros son sus éxitos, nuestras, también, sus pesadumbres. VIDA GALANTE es una planta que todo lo espera de ti: no la regatées, por tanto, la luz de tu pensamiento, ni dejes de regar, con jugo de tu cerebro, la tierra donde crece: ella es tu tribuna...

»¿Qué te importan los demás periódicos?... Sigue, como hice yo siempre, el consejo de Musset:

»*Quoi qu'il soit petit, je bois dans mon vérre...*»

A lo que respondió Félix Limendoux en el mismo periódico:

»No podría yo añadir una sola palabra á lo que Zamacois dice, hallándolo todo muy en su punto, si la modestia de mi gran amigo no le hubiese impedido decir lo que únicamente yo puedo pregonar de manera desembarazada. VIDA GALANTE debe á Eduardo Zamacois toda su personalidad. Realmente él ha sido quien á todos nos encarriló limando y puliendo nuestro modo de hacer, hasta llegar al actual momento histórico: su talento, su gusto exquisito, su afán de hacer literatura amplísima, tal como no se permite en otras tribunas literarias, su entusiasmo por la didáctica modernista, noblemente entendida, conformaron este periódico hasta el punto de no tener parecido físico ni espiritual con ningún otro...»

Así nació VIDA GALANTE, periódico á quien deseo próspera y robusta existencia, pues á él y á Ra-

món Sopena, mi excelente compañero de fatigas y de victorias, que á todas horas y con tesón verdaderamente prodigioso me anima al trabajo, debo mis éxitos y mis satisfacciones literarias mayores.

Hace algunos meses, pasando por Barcelona, visité la imprenta que los hermanos Sopena han establecido en la calle Valencia, números 275 y 277, con amplios depósitos de papel y de libros, talleres de encuadernación y estereotipia, y otras dependencias; más de treinta cajistas trabajan á las órdenes del regente, don Juan Roca, en un espacioso local ventilado y claro; la vieja máquina donde el periódico comenzó á imprimirse, allá en Villanueva y Geltrú, hace cinco ó seis años, ha sido reemplazada por dos máquinas Alauzet que dos motores eléctricos ponen en movimiento y que devoran diariamente de cincuenta á sesenta resmas de papel. A un lado, bañada en la blanca luz de dos arcos voltáicos, una máquina rotativa llena la oquedad del inmenso taller con el poderoso y sotenido trueno de sus entrañas inquietas. Ramón va y viene desde la encuadernación al escritorio, las manos en los bolsillos del pantalón, animoso y orondo, pisando fuerte como un capitán sobre la cubierta de un buque propio: aquella es su obra, los costosos materiales allí reunidos son fruto de su perseverancia y actividad inagotables.

Aunque nada de aquello es mío, comprendo y participo del orgulloso engreimiento de mi compañero: mi esfuerzo ayudó á comprar tantos objetos; en los chivaletes, en la luz que bruñe la hoja de una gran guillotina donde se corta el papel, en todo... hay algo mío; con savia de mi cuerpo van engrasados los engranajes de la rotativa. ¡Qué diferencia de este local al otro, al primitivo! Los cajistas laboran

calladamente, las cervices inclinadas sobre las cajas; las máquinas crueles acucian la actividad de los marcadores, obligándoles con su tragín continuo á un trabajo incesante; las formas recién ajustadas van á la estereotipia que luego ha de trasladarlas, fielmente reproducidas ó fotografiadas, bajo los cilindros devoradores de la rotativa; en la encuadernación, las plegadoras doblan afanosas los pliegos que otras muchachas cosen y cubren; el tajo brillante de la guillotina sube y baja cortando resmas incontables de papel: seres y cosas todas viven; todos trabajan, los hombres mueven á las máquinas y éstas, á su vez, ya puestas en marcha, empujan á los hombres, concluyendo por revolverse y aunarse el esfuerzo de todos en un solo impulso. En otro departamento, vários mozos construyen toscos cajones de madera que luego llenan de libros; pesados camiones traen diariamente balas enormes de papel que en seguida son devoradas por los cilindros hambrientos, hermosamente insaciables, de las máquinas. Aquello parece un andén ó un muelle.

Ante este próspero tragín, Ramón Sopena, aunque algo entristecido por la lucha, con esa tristeza que acarrea el cansancio de los combates, demasiado largos, se frota las manos, esperanzado y gozoso. Los malos tiempos pasaron, y de tantos ajetreos, de aquellas noches pasadas en la redacción ante las ingratas cuartillas, de tantas fiestas íntimas conque amenizamos nuestras horas de negro humor, sólo queda un recuerdo; el recuerdo dulcemente melancólico que deja en las almas todo lo que ha pasado.

¡Recuerdos agridulces!

¿Puede exigírsele á la vida algo mejor?...

ÍNTIMA

Un buen amigo me trajo aquí, asegurándome que no estaría mal; y, en efecto, dadas mi despreocupación y la facilidad con que me acomodo á las circunstancias, me encuentro *casi* bien.

Mi cuarto es largo como yo y estrecho como yo; diríase que lo construyeron á mi medida. Javier de Maistre, en mi lugar, no hubiese podido escribir su famoso *Viaje alrededor de mi cuarto*: en este dormitorio es imposible dar vueltas, y menos sentado en un sillón; hay que contentarse con ir en cuatro ó cinco zancadas de un extremo á otro.

Mi cuarto es melancólico, sombrío, bajo de techo; una alfombra raída y salpicada de manchas inclasificables, cubre el suelo; aquí retumban continuamente, con eco sordo, las ruedas de los coches que pasan por la calle, y en el aire imagino ver flotar algo gris, soñoliento, que no puedo decir si es polvo ó neblina: la nostalgía de la patria, tal vez; algo doliente que amodorra y pesa sobre los párpados... Así es el escondrijo donde he venido á refugiarme: triste, obscuro y frío; parece un ataúd con una ventana á un patio...

No hay más muebles que los absolutamente precisos: un lecho de madera, pequeño, bajito y angosto, como la cuna de un niño; el velador en que escribo, mi baúl, atado con una cuerda que evoca la dulce

posibilidad de ahorcarse; una cómoda de cuatro cajones y piedra de mármol, y encima de ella un gran espejo veneciano.

¡Oh!... ese espejo aristocrático, es mi pesadilla.

Como es tan grande y la habitación tan pequeña, me veo en él constantemente: al levantarme, al acostarme, mientras me visto, mientras trabajo, cuando me paseo para desentumecer las piernas, siempre veo que mi *otro yo* se levanta, se acuesta, se viste, escribe ó camina copiando mis movimientos con desesperante exactitud; y de noche, cuando la luz de la bujía proyecta mi silueta sobre la pared, el maldito espejo aumenta y complica el efecto óptico, haciendo que mi imagen tenga, á su vez, otra silueta; y si me muevo, las sombras se multiplican, se entrecruzan, agrandándose, achicándose, deslizándose por el techo, por la alfombra, á lo largo de las paredes... Y percibo brazos enormes, que van de un extremo á otro de la habitación, y manos gigantescas, ó una cabeza puntiaguda, imposible, que oscila un momento sobre los visillos de la ventana y va á quebrarse en un ángulo; y esto sucede mientras otros perfiles borrosos, que no sé á qué partes de mi cuerpo referir, bailan un aquelarre mudo y pavoroso.

No soy supersticioso ni propendo á creer en quimeras y fingimientos ultramundanos, pero á veces estas sombras me excitan los nervios de tal modo, que recuerdo los cuentos de Gallant y las candorosas evocaciones espiritistas... y dudo.

Para mayor abundamiento de pesadumbres, el espejo se halla frente á la puerta, de modo que, al salir, lo último que veo es mi *otro yo,* que sale también por el muro, poniéndose el sombrero ó abrochándose el gabán; y cuando regreso de noche,

á obscuras, abro la puerta y lo primero que surge ante mí, merced á un efluvio luminoso cuyo origen ignoro, es mi silueta, recortándose indecisa en la superficie bruñida del cristal, apareciendo de súbito, como el muñeco de una caja de sorpresa. Creeríase que me aguarda.

Aquella cita silenciosa me abruma, me desespera, con su perdurable monotonía. Detesto á los espejos casi tanto como á los relojes. El espejo es la representación material de la conciencia, es la conciencia del cuerpo, como el sentido íntimo es el espejo del espíritu; y como aquélla desmenuza nuestros actos, examinándolos, discutiéndolos y enseñándonos á conocernos, así aquél pone la imagen del cuerpo ante los ojos, mostrando las arrugas que el cansancio de vivir pinta en las mejillas.

¡Maldito espejo, le odio!... Es mi conciencia temblequeteando en el cristal; mi conciencia que ríe, que duda, que medita conmigo, que me recuerda, sin hablar, lo que fuí, lo que soy... Son todos los años de mi vida, toda mi historia, encerrada en un marco negro...

***

Desde la ventana de mi cuarto no se divisan perspectivas halagüeñas: sólo veo un patio cuadrangular, rodeado por casas de seis pisos, húmedo, frío, sucio: un hueco siniestro que incita á pensar en el suicidio.

Por las mañanas entran en él algunos mendigos que imploran la caridad cantando ó pregonando sus penas; hablan con el sombrero en la mano, dirigiendo miradas suplicantes á los balcones cerrados, recibiendo en pleno rostro el agua ó la nieve que escupen las nubes... No sé por qué creo que sus la-

mentos no llegan hasta aquel retazo de cielo gris que diviso en lo alto, circunscrito por los aleros del tejado, y que la tranquilidad, el sosiego eterno, deben buscarse *allá abajo,* sobre las piedras musgosas del patio...

La mesilla donde trabajo ocupa un extremo de mi habitación, junto á la ventana. Algunas tardes, á la caída del sol, hora tristísima en que la noche apaga los postrimeros resplandores del crepúsculo vespertino y las luces empiezan á encenderse, dejo la pluma y procuro distraer el cansancio de la brega observando lo que ocurre en el interior de aquellas habitaciones vecinas cuyas ventanas van iluminándose.

En la pared de enfrente y en el piso inferior al mío, hay dos ventanas tras las cuales se repite diariamente una serie de escenas sencillísimas que siempre me interesan. En una de ellas hay un viejo enjuto, cetrino, con la cabeza orlada por algunos mechones de cabellos blancos; es sastre. Cuando me levanto, le veo allí, sentado ante su mesa de trabajo, cosiendo, cortando, manejando las tijeras ó la tiza, ó enhebrando la aguja; y siempre frío, moviéndose acompasadamente, con la desesperante pasividad de un autómata. Todo el día está clavado en su silla, animado por un resto de vida que bulle en el extremo de sus dedos, cual si la actividad de su ser se hubiese refugiado en aquellos pobres órganos que aun le procuran el sustento diario. Por las noches enciende el quinqué, un quinqué antiguo con pie de bronce y pantalla verde, y continúa sin levantar los ojos de su labor, convencido, quizá, de la inutilidad de mirar al cielo.

Aquel anciano representa cincuenta años, lo menos, de lucha: medio siglo de trabajo, de esclavitud;

medio siglo rechazando á la miseria y á la muerte, peleando hoy para empezar de nuevo mañana la misma ingrata tarea y alargar con la vida el sufrimiento... Y en la ventana inmediata, veo dos muchachas que presumo sean hijas del viejo sastre, y que laboran con el mismo desaforado ahinco que su padre: son jóvenes, bonitas, con hermosos cabellos rubios como el oro. A ratos están alegres y decidoras, y charlan y ríen á carcajadas; otros, sus espíritus, añublados por pesares íntimos, tal vez por crisis económicas irresolubles, permanecen mudos; y los frescos labios no sonríen, y los ojos no se apartan de la labor. Observo sus semblantes enflaquecidos, cerámicos, iluminados por la luz rojiza del quinqué colocado entre las dos, sobre un velador, y la sombra de sus cabezas dibujadas en el muro. Allí viven sujetas al duro banquillo de la paciencia y del trabajo, ignorantes, al parecer, de su juventud, gallardía y gentileza; ofreciendo sus vidas en holocausto al dios devorador del Trabajo, sacrificándose como su viejo padre se sacrificó...

En la psicología del artista enamorado del ideal, las necesidades materiales de la vida son lo de menos:

> «Que no importa vivir como el mendigo
> por morir como Píndaro y Homero...»

Pero, ¡qué momentos tan crueles de desmayo atenacearán el corazón de los que sólo trabajan para vivir y prolongar con su labor, esa labor anodina que no deja rastros, la duración de su martirio!...

Aquel anciano simboliza medio siglo de trabajo que termina; y sus hijas, otro medio siglo de trabajo que empieza...

Considerando este rinconcito de París tan solo, tan virtuoso, pienso en otros *rinconcitos* análogos á aquél, que conozco, y recuerdo á seres queridos que también luchan por la vida lejos de mí; y por mi memoria desfilan los mendigos harapientos que entran en el patio á pedir limosna, y el moro vendedor de tapices argelinos que veo por las noches en el *boulevard,* transido de pena, aterido de frío; un morazo joven, con todos los ardores del desierto en la pupila; y la paralítica que expende castañas junto á la taberna de la esquina, y los niños que corretean las calles vendiendo periódicos, y la vieja ramera que encuentro por las noches en el *Café del Reloj,* ante una mesa, con la mirada errabunda y el labio inferior caído y marchito, apurando con una mueca dolorosa su vaso de cerveza, cual si bebiese el olvido de los hombres, el desprecio de las mujeres honestas y las amarguras de sus treinta años de prostitución... Y toda esa turba, en fin, de desheredados, que viven al acaso, en agonía perpetua...

Para vivir así, es preferible gozar tranquilamente del sueño eterno. Yo no concibo el suicidio por desesperación, porque nada hay que merezca ser deseado locamente; pero sí apadrino y defiendo el suicidio por indiferencia, por hastío... Viva enhorabuena quien alimente el perfume de una ilusión; pero cuando todos los deseos se apagaron y las mieles del contento no bastan á vencer el letal amargor de las pesadumbres, ¿á qué continuar soportando la cruz de una existencia que es trabajo y dolor?...

> «...Al que ni un aura de placer no aliente,
> le debe de bastar lo que ha vivido...»

«EL SEDUCTOR»

(HISTORIA DE MIS LIBROS)

Después de *Punto-Negro, El Seductor* es el más afortunado de mis libros, ya que en menos de dos años llegaron á venderse dieciséis mil ejemplares. Como todas mis novelas, *El Seductor* tiene su historia; y juzgo interesante el origen y desenvolvimiento de esta obra por la popularidad que gozan algunas de las figuras que, inconscientemente y como modelos, coadyuvaron á su concepción.

Yo iba á Madrid, donde sólo pensaba distraer cuatro ó cinco días, pues negocios editoriales de importancia me reclamaban en Barcelona. Joaquín Segura, avisado oportunamente de mi viaje, me esperaba en el andén; luego, mientras un coche de alquiler nos conducía hacia una casa de huéspedes de la calle Jacometrezo, Joaquín explicóme someramente su situación económica, sus proyectos literarios, el empleo que daba á sus noches y á sus días. En toda esta exposición, trazada embozadamente y á saltos, adiviné un misterio. Por la noche, después del teatro, caminando pausadamente bajo el cielo estrellado, vencido el ánimo por la paz augusta de las calles solitarias que llaman con su silencio á la confesión, Segura descubrió su secreto.

—Estoy enamorado—dijo—de una tiple.

Como no declaró el nombre de la idolatrada, me

abstuve discretamente de preguntarlo. El continuó, atajando mi natural curiosidad:

—Es Isabel Brú; pienso en ella á todas horas, la expreso mi amor todos los días...

—¿Desde cuándo dura ese incendio?

—Hace medio año.

—¿Y ella corresponde?

—No; ella... no me conoce.

—¿Cómo?

—Porque me comunico con Isabel por cartas que firmo con mi nombre únicamente; y como jamás hemos hablado y mi reserva acerca de este asunto es completa, Isabel, por más ahínco que ponga en conocer al autor de esta ardorosa correspondencia, carece de medios y de razones para asociar aquella personalidad casi anónima, á la mía.

La generación de este amor es verdaderamente original. Un joven estudiante amigo de Segura se había enamorado de la Brú, á quien sólo de vista conocía y á la que declaró su cariño en una carta cuyo borrador compuso Segura, apreciándose más elocuente y ducho que su candoroso protegido en toda laya de mundanos enredijos. Aquella ambiciosa epístola, como es de suponer, quedó sin respuesta; mas el joven pretendiente no se dió por vencido y siguió firmando cuantas cartas Segura, por abnegada y complaciente amistad, ó por cierto *sport* literario muy disculpable en un autor, continuó escribiéndole: á todo esto, el amador y la adorada no se conocían. Y aquí llega lo más extraordinario y sobresaliente. Sucedió que mi amigo, á fuerza de expresar por cuenta ajena su entrañable cariño hacia Isabel y ponderar las gracias de ésta, su buena voz, garbo y mucha discreción, hubo de prendarse de ella ciegamente, con pasión que poco á poco fué

trocándole, de Mentor y desinteresado consejero, en celoso protagonista de la aventura. Pasaban los meses: atendiendo la voz poderosa, exclusivista, de su egoismo y de su pasión, Joaquín aconsejó taimadamente á su amigo renunciase á la conquista de la tiple, seducción difícil que, por ir dirigida contra una mujer que él supuso altiva y fría de corazón, ningún provecho podía reportarle. Al cabo logró su empeño. En la época á que me refiero, las posiciones ocupadas por Segura en aquel amoroso torneo, estaban perfectamente definidas.

Declaro que tan peregrina narración me interesó. La fábula del hombre feo, pero exquisitamente inteligente y avisado, que favorece con los consejos de su experiencia al tonto hermoso, fué ya tratada por los maestros soberanos del arte: es el argumento de *Fausto* y de *Cyrano*; Teófilo Gautier, el estilista inimitable, compuso algo semejante en la más deliciosa de sus novelas. Pero el caso que refiero, ofrece novedad indiscutible, pues se trataba de rendir á una mujer obligándola á enamorarse del espíritu reflejado en la correspondencia de un hombre desconocido que, para máximo acopio de desventuras, bien podía ser tuerto, canijo ó jiboso.

El incidente, sin embargo, hubiese quedado perdido en el inmenso vertedero de lo olvidado ó anodino, sin la carta que un año después me escribieron desde Valencia; un hombre la firmaba. En ella su autor, tras algunos párrafos que celebraban mi larga pericia y agudeza en cuestiones de psicología femenina, me rogaba le diese la solución del siguiente problema pasional: El quería á una joven de quien imaginaba haber recibido pruebas inconcusas de amor; y, no obstante, ella le burlaba con otros hombres; era, pues, una mujer incomprensible.

«¿Qué hago—añadía;—¿me suicido ó la mato ó mato á mis rivales?»...

Esta carta, eco de un espíritu fantaseador y pueril, retrotrajo á mi magín la historia de aquellos amores casi románticos, de que Joaquín Segura me había hablado. Un escritor, á mi juicio, es como el sacerdote ó el médico á quienes sus feligreses ó clientes otorgan derechos para averiguarlo todo; el escritor, más que ningún otro artista, examina lo mejor velado, explica lo más íntimo, pasea el cortante escalpelo de su observación sobre los más callados y recónditos momentos del espíritu, y tiene cinco mil, diez mil, treinta mil lectores, que piensan y sienten como su autor favorito, porque sólo éste sabe interesarles y traducir sus emociones mejor que ningún otro, y á éstos el novelista debe atender en lo que de su experiencia ó buen criterio soliciten, como atiende y reconoce el médico á cuantos enfermos visitan su consulta.

Obligado por este criterio escribí á mi penitente, explicándole cómo no podía aclarar terminantemente y tan de sopetón sus dudas, pues era aquél asunto de tal riesgo, que su desenlace había de resolver el porvenir de tres personas, cuando menos: yo, antes de aventurarme por tan ignorados y difíciles caminos, necesitaba conocer íntimamente los temperamentos, profesiones y costumbres de mi cliente y de la mujer por éste pretendida; y el carácter de ella, su edad, educación, estado, clase social á que pertenecía, antecedentes patogénicos y otros varios detalles y pormenores que tanto deben interesar al médico, como al psicólogo. Aun añadí más: exigía una descripción circunstanciada de la Amada: necesitaba conocer el color de sus ojos y de sus cabellos, su estatura, el metal de su voz, sus aficio-

Vivía guardando del poeta imborrables recuerdos.

nes predilectas... De esta carta nació *El Seductor*.

«*El Seductor*—dice Ernesto Bark,—es una novela que interesa desde la primera línea y encanta por su aroma poético; es, además, «un documento humano» que merece los honores de la historia entre los tipos curiosos de Madrid, y contiene profusión de ideas admirables acerca de los problemas actuales más interesantes. Distrae, deleita y enseña. Como Balzac, Zamacois sabe elevar sus héroes humildes á la altura de personajes representativos, haciendo del protagonista, del seductor de la pluma, del humilde memorialista, un factor importante: el cerebro y el corazón de los doce millones de españoles que no saben escribir.»

Agradezco al distinguido escritor ruso estos elogios y deseo ardientemente que el público no los aprecie exagerados.

En *El Seductor* hay tipos puramente imaginarios: el de don Plácido, verbigracia, para cuya difícil creación no tuve modelo. Otros, en cambio, fueron copiados de la realidad, como el de aquella Jerónima que resbala entre dos páginas del libro calladamente, sin ruido ni relieve, como pasan por el mundo los niños que nacen muertos. La tiple Francisca Fernani, me sirvió para corregir ciertos pormenores de la excéntrica y compleja psicología de la marquesita de Górgoles...

Discutiendo algunos pasajes de este libro, me han preguntado frecuentemente acerca de la opinión leal, íntima, personalísima, que tengo de la vida.

A despecho mío declaro que la vida es dolor: no obstante, abomino del pesimismo, y los artistas deben combatirlo por higiene, como los médicos combaten la muerte; porque el dolor es negación, quie-

tud, esterilidad. El bien y el mal caminan juntos: sin embargo, aunque particularmente el dolor parece ir triunfando de todos nosotros, á última hora, cuando el Universo quede destruído y el Amor y la Muerte salden sobre la Nada eterna las cuentas de todo lo que hicieron, acaso las alegrías y las pesadumbres queden equilibradas, ya que no hay tumba sin cuna, ni desilusión donde no hubo esperanza.

El último renglón de *El Seductor*, expresa mi concepto de la vida:

«Fué una boda algo triste, como todo lo humano»...

LA ÚLTIMA CONQUISTA DE MANUEL PASO

En 1889, siendo yo estudiante, un librero ambulante vendía frente á la puerta de la Universidad Central, colocados sobre una manta tendida en el suelo y por veinticinco céntimos, las *Nieblas,* de Manuel Paso.

Aquellos ejemplares, lanzados al mercado con vergonzosa depreciación en momentos de inevitable miseria, se agotaron pronto; la musa sentimental del delicadísimo cantor granadino, llamó á nuestros juveniles corazones con emoción simpática; todos le comprendimos; todos, como él, pasábamos sin esfuerzo del llanto á la risa, creyendo, dudando, abandonando nuestras almas á la doble voluptuosidad de las pasiones y de los triunfos entrevistos. A ratos su concepción, fértil y brillante, era escéptica como la de Heine; á veces juguetona, desaliñada, instintiva, como la inspiración de Musset, el llorado ruiseñor de todos los amores: en su espíritu, inquietado por la fiebre del supremo contento, flotaba algo inconcluído que dislocaba sus versos infiltrándoles la poesía de los crepúsculos otoñales; por eso su canción, como la canción de las hojas y de las olas, como la canción de todo lo que pasa, hiere y acaricia.

A Manuel Paso le conocí mucho después, á mediados de 1897, en la redacción de aquel semanario

Germinal que Ernesto Bark, Maceín y yo fundamos, y que más tarde, bajo la dirección de Joaquín Dicenta, había de reunir alrededor de la misma mesa trece escritores jóvenes de acreditado valer. Me presentó á Paso, Rafael Delorme. Era un hombre de mediana estatura, rostrilargo y pálido, metido en un gabán azul: un bigote rubio cortaba su cara inteligente y simpática; los ojos azules, obedeciendo tal vez, á un leve principio de miopía, se fruncían ligeramente para mirar, adquiriendo la expresión indefinible y deliciosamente cariñosa de la pregunta; las orejas, transparentes y exangües, se apartaban del cráneo, descubriendo el camino seguido por la enfermedad que ya tenía herido de muerte el endeble esqueleto; el semblante enjuto parecía aplastarse bajo la frente desembarazada y luminosa. Hablaba en voz baja, interrumpiéndose á cada instante para destoser; su verbo era copioso y agudo, el gesto sobrio; sus labios, aunque amargados por los pertinaces reveses de la suerte, rieron hasta un momento antes de quedar eternamente fríos...

Las enfermizas languideces y femeniles desmayos de aquel carácter, se reflejan en *Nieblas*. Desde muy joven, Paso, «el último bohemio,» como le llamaba Campoamor, renunció al combate; apenas lanzado á la pelea, su voluntad rota le dejó abandonado, sin timón ni brújula, en el mar de la vida.

«¡Vano es luchar, las olas van y vienen,
y venimos y vamos con las olas!
Unas á nuestros pies derraman perlas,
y la garganta nos oprimen otras.
Si alguna humilde nos besó la planta,
esa misma, se crece y nos azota.
La que al amparo de los vientos corre,
con espumas los vientos la coronan,

las débiles espiran en la playa,
y las grandes se rompen en las rocas.
. . . . . .
El que buscare amor, gloria y fortuna,
que se entregue á los vientos y á las ondas.
¡Vano es luchar, las olas van y vienen,
y vamos y venimos con las olas!...»

Y añade en otra página del mismo libro:

«¡Ya me es igual la vida que la muerte!
¡Es inútil luchar!
¿El por qué no me mato no adivinas?
Pues... porque me es igual.»

La amistad de Dicenta marcó en el desgobernado vivir de Manuel Paso un nuevo y saludable rumbo. Merced al poderoso creador de *Juan José,* Paso adquirió algunos hábitos de trabajo y fué aplaudido en el teatro y pudo luchar á brazo partido con la pobreza en vez de sufrir, como hasta allí, bajo los pies de la miseria.

Mas si por este concepto el cariño fraternal de su compañero le fué provechoso y utilísimo, creo lealmente, que, desde el punto de vista higiénico le aceleró la muerte. La vida de Dicenta es vendaval desatado; el demonio seductor de lo imprevisto guía sus pasos; todo le seduce; sobre sus noches y sus días, el desorden tiene encendida eternamente su lámpara roja. La blandengue constitución de Paso no pudo resistir el embravecido tragín de aquel torbellino; el alcohol requemó sus entrañas, el placer le destrozó los pulmones; sus pobres nervios, perdida toda electricidad, flotaron entre la urdimbre de los músculos como cuerdas rotas; y cerca de Joaquín, presa en su revuelta esfera de atracción, el pobre poeta enfermo continuó girando. El deleite llegó á serle doloroso, únicamente en la locura ador-

mecedora del vino hallaron sus pesadumbres y sus dolores algún alivio. Medio año antes de morir, Manolito Paso habría cambiado una mujer por una botella de vino.

No obstante, las *caprichosas* que leen y solicitan la amistad de los artistas, solían buscarle atraídas por el hechizo doliente de sus versos; algunas le escribieron prometiéndole una cita entre los pliegue-de un billetito perfumado... El reía, levantando los hombros, con esa indiferencia inconsciente que los enfermos incurables sienten hacia todo.

La última conquista amorosa de Manuel Paso ofrece una triste originalidad.

Habíamos estado cenando en una tienda de vinos de la calle Siete de Julio varios amigos, entre los que recuerdo á Manuel Carretero y Enrique García Alvarez. Ya en la calle, todos nos despedimos rápidamente y en alta voz, sin estrecharnos las manos, como buenos camaradas que pasan los días y las noches juntos. En el silencio nuestros nombres resonaron:

—Adiós, Enrique.

—Adiós, Manolo.

—Adiós, Paso, hasta mañana.

El grupo se deshizo, siguiendo cada cual su camino. En tal sazón pasaron dos mujeres. Una de ellas, joven y bonita, volvió la cabeza, clavando los verdes ojos con curiosidad y agradable sorpresa, en Manuel Carretero.

—¿Es usted Manuel Paso?—preguntó.

Carretero, sorprendiendo la dichosa ocasión de una aventura galante, contestó:

—Sí, señorita: yo soy.

—¿El poeta autor de *Nieblas?*

—El mismo.

—¡Ah, cuánto celebro conocerle! ¡Hace ya tiempo que repito sus versos de memoria!...

Se comprendieron y ella, la adorable caprichosa fué muy feliz, creyendo abandonar su cabeza despeinada sobre el pecho del artista, aquel pastor de ilusiones que tantas veces la remontó con su canción hacia los íntimos horizontes del ensueño. Dos semanas más tarde Carretero y su amiga riñeron, quedando ella en el error de haber tenido amores con Manuel Paso. Todo esto lo supe yo, por labios de la misma interesada, mucho tiempo después. Al mes siguiente, ó sea á mediados de Enero, ocupando yo en Madrid la dirección del hebdomedario *Vida Galante,* recibí la siguiente carta de Paso:

«Querido Zamacois: Ahí va un articulito titulado *Turrón de Gijona.*

»Le mando á usted el recibo en blanco. Yo, como usted sabrá, lo menos que cobro son veinticinco pesetas, pero, en fin: usted puede hacer lo que le dé la gana ¡Todo, menos quince pesetas! Es la cifra fatal de mis días de hambre. Le suplico me lo mande con el *visto bueno* para cobrarlo mañana, pues hace mucho frío. Usted comprenderá que estoy en el último verso del himno de Riego...»

Aquella carta ingenua y triste, escrita bajo un cobertor, me impresionó intensamente. Pocos días después, Joaquín Dicenta me envió una carta que empezaba así:

«Escribo á usted desde casa de Manolo Paso, donde me he metido hace cinco días y de la que no saldré hasta que él muera, lo que, desgraciada é inevitablemente, ocurrirá pronto.»

Terminando estaba yo de leer estos renglones cuando recibí la visita de Pepe Cuéllar, el *eterno tísico,* como le llamábamos los que conocíamos la

original apuesta entre él y Manolito Paso entablada acerca de cuál de ellos moriría primero. Cuéllar venía de Barcelona, huyendo las enojosas consecuencias del proceso instruído contra él por varios artículos publicados en el diario *Las Noticias*. Su brusca aparición fué para mí un malísimo augurio.

—¡Qué coincidencia!—exclamé casi aterrado.—¿Será posible? ¿Vienes á enterrar á Manolo?

—¿Cómo, está enfermo?... ¡Nada sabía!...

—Creo—repuse—que has perdido la apuesta.

Aquella misma noche, bajo el furioso aguacero que encharcaba las calles, fuí á casa de Manuel Paso; allí estaban su hermano Antonio, su hermana y su madre, García Alvarez y Dicenta, que batallaba por sobreponerse al dolor y á la idea obsesionante de la muerte escribiendo las primeras escenas de su drama *Aurora*. Joaquín y yo penetramos en la alcoba del enfermo; un dormitorio cuadrangular donde ya comenzaba á respirarse el aire denso y pestilente de los ataúdes. En un hueco de la almohada yacía inerte la cabeza de Manuel; una cabeza de Greco, enjuta y larga, con la frente bruñida y el mentón afilado por la muerte apoyado sobre el embozo de las mantas.

—Eso—murmuró Dicenta,—ya no es un hombre.

Luego añadió con su voz ronca y alegre como un eco de fiesta; voz breve, resuelta, de triunfador enamorado de la vida:

—Oye, Manolo, es Eduardo, que quiere echar un párrafo contigo.

Paso abrió los ojos lentamente, sus labios sonrieron y me alargó la mano, una mano seca que daba frío, no obstante estar ardiendo; y sus dedos se crisparon afianzándose á los míos, invitándome á reenerle entre nosotros, á no dejarle marchar aún...

Cuando regresábamos al comedor, llamaron á la puerta de la escalera; Antonio salió á abrir y le oímos hablar en voz baja. Volvió diciendo:

—Es esa muchacha que todas las noches viene á informarse de cómo sigue Manolo.

—¿Quién es ella?

—No sé; cualquiera. Una...

Al día siguiente ocurrió lo mismo. Era *Ella,* la adorada de una noche, que vivía guardando del poeta moribundo imborrables recuerdos (*). Y, mientras *Ella* preguntaba ansiosamente por un hombre que nunca fué suyo, *El* agonizaba sin conocer á la que tres días después, el martes 22 de Enero de 1901 había de acompañarle al cementerio llevando á su tumba una corona de encina y laurel. La vida es caos: cuando me hablan de sus incongruencias, de sus ironías, siempre recuerdo la última conquista de Manuel Paso.

(*) Véase lámina VI.

POST MORTEM

He conocido al verdugo de Madrid: es, al parecer, un hombre como los demás; tiene una casa limpia y clara, una mujer casi bonita y un niño que aplasta sobre las mandíbulas cuadradas de su padre su hociquillo inocente, y ríe alegre bajo la mirada de aquellos ojos pequeños y verdes, de un verde gris.

Escribo padeciendo aún la impresión de aquel diálogo siniestro.

¿Dónde está el alma?...

Aceptando que el espíritu sea lo que siente, discurre, apetece y mantiene la unidad consciente á despecho de la renovación y mutaciones sempiternas del individuo, cabe preguntar dónde radica ese principio maravilloso, fuente de todo impulso, tornavoz de todo sonido, espejo donde toda luz se refleja, pizarra en que las ideas van dejando al pasar, como huella de sus alas impalpables, el polvillo sutilísimo del recuerdo.

Los rancios paladines de la escolástica, defensores de la unidad é indivisibilidad del espíritu, afirmaron que éste se halla «todo, en todo el cuerpo, y todo en cada una de sus partes.» Los cartesianos lo supusieron refugiado en la sangre; otros filósofos en el estómago...

Aunque todas estas opiniones se acercan á la ver-

dad, dando más ó menos derechamente en el hito del enigma propuesto, ya que tanto el estómago, horno ó retorta donde los alimentos se transforman, como la sangre, que lleva y desparrama por el organismo los jugos generados por la digestión, son elementos indispensables de la vida, los descubrimientos de la moderna psicología experimental señalan al cerebro como asiento único y supremo de las funciones intelectuales: los nervios centrípetos transmiten la sensación de la periferia á los centros nerviosos, y éstos, por tanto, son los que oyen, los que ven, los que aprecian la temperatura, forma y dureza de los cuerpos, produciendo, inmediatamente después, la reacción dictadora de la voluntad.

Las mejores observaciones en abono de esta teoría son aquellas que demuestran cómo la vida consciente persiste, aunque sólo sea durante algunos segundos, en las cabezas cortadas.

A mediados del siglo anterior el fisiólogo alemán Carlos Vogt practicó con un gato el siguiente decisivo experimento. Cogió al animal y de un solo golpe le cortó la cabeza, que puso sobre un tarro lleno de harina, para contener en lo posible la espantosa hemorragia del miembro amputado. El laboratorio naufragaba en una penumbra densa. De pronto Vogt, valiéndose de una poderosa lente convergente, proyectó sobre los ojos abiertos del animal un intenso rayo de luz, é instantáneamente el gato, deslumbrado, cerró los párpados.

Este hecho, tan sencillo al parecer, resume, no obstante, las fases ó momentos todos del fenómeno psicológico más complejo. A saber: *sensación* ó transmisión á los tálamos ópticos del choque luminoso sufrido en la retina; *emoción* dolorosa (emo-

ción consciente) y *reacción* voluntaria ó, por lo menos, instintiva, ordenando la clausura inmediata de los párpados.

El experimento del médico alemán viene á dar pavorosa confirmación á ciertas anécdotas terribles que la historia conserva, achacándolas á los novelescos espejismos de la siempre crédula y levantada imaginación popular.

Todos saben que las mejillas de Carlota Corday se arrebolaron cuando el carpintero maratista que ayudaba al verdugo, la abofeteó ante la muchedumbre, y que durante aquella magnífica revolución que tiñó de rojo las aguas del Sena, los mimbres del cesto donde iban cayendo las cabezas de los guillotinados aparecían mordidos por éstos, á quienes la última convulsión agónica de dolor, obligaba, sin duda, á apretar los dientes. También redordaré cómo la cabeza de la desgraciada María Antonieta, al ser presentada al pueblo, miró al verdugo, que la tenía cogida por los cabellos. En nuestra historia registramos un hecho análogo; la mirada de infinita desesperación, elocuente, indescriptible, que la cabeza del comunero Juan Bravo lanzó sobre Padilla, saludándole desde la playa remota donde todo concluye...

Estos casos extraordinarios y superiores á las mayores tragedias soñadas, parecerán más verosímiles recordando lo que, según ciertos médicos, experimentan los guillotinados en el momento mismo de la ejecución. El golpe de la cuchilla es tan rapidísimo y violento, que no da espacio al dolor, y la víctima sólo padece una intensa sensación de frío; sensación análoga á la que recibiría si bruscamente le aplicasen al cuello un corbatín de hielo. Así se comprende que la fortaleza del dolor no trastorne

la armonía consciente de las facultades mentales, según ocurre en la vida corriente, donde no es raro que un susto, una mala noticia, la amputación de un miembro ó cualquiera otra causa moral ó física de dolor, rompa el hilo del pensamiento con la muerte pasajera del síncope.

En nuestros días la ciencia recuerda un hecho, realmente prodigioso, y muy superior á los arriba apuntados.

Todos saben la última tristísima hazaña de Pranzini, aquel elegante que mató á su querida por robarla, y cuyo crimen descubrió la policía merced á un guante blanco que el asesino olvidó en el lugar de la tragedia. Terminado el sumario y no habiendo logrado el abogado defensor decir nada concluyente en provecho de su defendiddo, Pranzini fué condenado á muerte.

La víspera de la ejecución, el reo recibió la visita de un médico.

—M. Pranzini—dijo el profesor—espero de usted un servicio; un gran servicio, que todos mis compañeros y yo, particularmente, habremos de agradecerle.

Pranzini era un cínico que esperaba la muerte tranquilamente, con el reposo del bravo que marcha á un desafío.

—¿Espera usted un favor de mí?—contestó sonriendo.

—Si, señor.

—Le advierto á usted, doctor, por si no lo sabe, que apenas si merezco formar aún entre los vivientes, pues me matarán mañana al despuntar el día.

—Lo sé.

—Entonces...

Lo que el médico quería era realizar con Pran-

zini un experimento decisivo, incontestable, que probase cómo mientras la sangre no pierde su calor ni el impulso que en ella imprimió la última contracción cardíaca, la vida consciente persiste en las cabezas cortadas.

—Sólo espero de usted—dijo el profesor—que mañana, después de ser decapitado, responda á una pregunta que he de dirijirle.

—¿Responder?... ¿Y cómo?

—Guiñándome los ojos.

—Conformes.

Testigos presenciales de aquel diálogo extraordinario aseguran que Pranzini hablaba con sosiego y desparpajo maravillosos.

—¿Se acordará usted?—insistió el médico.

—Cuente usted conmigo—repuso el reo—y vaya seguro de que, si le oigo, he de responderle.

Al día siguiente, en pie junto á la guillotina, el médico, metido en un largo gabán negro, esperaba. Pranzini, colocado boca abajo, puso el cuello sobre el tajo fatal; todo callaba en la inmensa plaza que una multitud aterrada invadía; el verdugo, el famoso Deibler que tantas cabezas, tristemente célebres, ha cortado, tocó un resorte; la cuchilla bajó chispeando sobre el espacio gris; la cabeza de Pranzini cayó al cesto...

Inmediatamente el médico se abalanzó sobre ella y cogiéndola por los cabellos la levantó en alto. Pranzini le miraba; el médico gritó:

—¡M. Pranzini, M. Pranzini!... ¿Me oye usted?...

Y la cabeza guiñó los ojos varias veces; después cerró los párpados...

Esto prueba que si la vida orgánica ó de nutrición está en la sangre, la otra, la inteligente, la

verdadera vida del espíritu, radica en el cerebro. ¡Y qué agonía tan rara la de esas las cabezas truncas, al ver su personalidad circunscrita á la angosta periferia del cráneo, y sentir que no pueden moverse ni gritar; que sus labios se agitan inútilmente en el silencio de la suprema negación; que sobre sus párpados van cayendo las sombras eternales...!

CÓMO TRABAJO

A veces, como en *Duelo á Muerte*, una escena me sugiere la composición de todo un libro del que será epílogo, coronación ó desenlace, el cuadro, momento ó episodio aquél; y otras, una simple frase ó el ver cómo una hija mía de tres años desencuaderna una novela de Catulo Mendes, me mueve á escribir *Incesto*, cuyas páginas parecieron á muchos ladina retractación ó amargo y callado arrepentimiento de todo cuanto he hecho.

Sea como fuere, lo primero que esclaviza mi atención es la fábula y su interesante y lógico desenvolvimiento, pues el novelista no sólo debe ser narrador ameno, intencionado en el diálogo, vigoroso en el colorido, sutil y agudo en el estudio y rebusca de los peor insinuados deseos, inquietudes ó matices del espíritu, y fabricador pródigo de figuras y situaciones, sino que también dedicará preferente atención al argumento donde aquellos episodios y personajes irán engarzados, dándole la originalidad y mayor interés dramático posible dentro de los moldes inamovibles y para todo buen artista absolutamente respetables, de lo verosímil y escrupulosamente razonado.

Ya elegido el asunto, comienzo á estudiar sus episodios y el nombre, edad y carácter de las personas que en ellos tendrán intervención, y todo voy apuntándolo en un cuaderno que más tarde, cuando

empiece á escribir la novela, tendré siempre delante, sobre mi mesa de trabajo. Como soy enemigo de inventar, aun cuando para ello tengo gran facilidad, la mayor parte de los incidentes de mis libros están vaciados en hechos reales de que fuí protagonista ó espectador, y que luego trueco y desfiguro según las necesidades ó exigencias de mi obra. Así, verbigracia, el argumento de *La Quimera,* excepción hecha del desenlace, es narración fiel de cierta aventura de la que fuí actor principal; y las bodas de *Tik-Nay*, son copia ó reproducción exacta de las celebradas por un amigo mío que, yendo de Madrid á Barcelona, conoció á una joven que iba á meterse monja. La viajera lloraba; apenas tendría veinte años; era muy linda. Mi amigo, emocionado por tanta juventud y tan duro y reservado duelo, interrogó á la desconocida:

—¿Quién es usted y cómo siendo tan joven, se rinde usted así al dolor?

—Soy muy desgraciada—repuso ella;—el mundo me aburre y quiero profesar para acercarme á Dios y ser feliz.

Hablaron mucho: mi amigo, rendido á la punzante originalidad de la aventura, ó cediendo únicamente, según él me aseguró y yo lo creo, pues es librepensador fanático, al deseo de disputar al claustro el sacrificio inútil de aquella virginidad magnífica, ofreció á la desconocida su mano; y como ella aceptase, él, á fuer de caballero, mantuvo lo prometido y se casaron. Por tanto, aquella Elena Santa Cruz, mística y liviana, de quien tanto mal se ha dicho por creerla un tipo falso concebido sin otro propósito que el de impugnar determinadas tendencias ortodoxas, ha existido y es una mujer de carne y hueso.

Para la ideación de figuras y carácteres empleo procedimientos análogos. Muchas veces, especialmente si estoy obsesionado por la composición de un libro nuevo, me divierto en recorrer los portales de las fotografías, buscando tipos varios que no se parezcan á los por mí descritos en otras ocasiones. Nada más curioso ni divertido que el examen de este aspecto de la realidad. ¡Cuántos semblantes diferentes! Unos lampiños, otros patilludos, éste ingenuo y bonachón hasta la tontería, aquél impenetrable, burlesco y taimado. Hay cráneos de idiotas, frentes distraídas, ceños que una preocupación de muchos años dejó plegados; estos ojos me acarician, aquellos me preguntan: los retratos de familia, donde un viejo matrimonio aparece rodeado de cinco ó seis chiquillos, parecen explicarme toda una historia de medio siglo; yo les examino fijamente, inquiriendo su psicología, buscando relaciones entre aquellos rostros y las almas torcidas ó buenas, miserables ó generosas, que pasarán por mi narración. Para familiarizarme con mis personajes, suelo pintarlos á pluma sobre un papel, y así llego á conocerlos perfectamente, fuertemente, cual si tuviesen realidad objetiva. El tipo de don Pedro Gómez-Urquijo, me lo inspiró un retrato de Renán; el de Roberto Alcalá, mi amigo el barítono Ramón Mendizábal; el perfil del desventurado protagonista de *Punto-Negro*, recuerda á Gambetta, con su cabeza soñadora, triste y poderosa á la vez, de gran tribuno. Repetidamente, en la composición de un solo tipo, he combinado los rasgos fisonóminos y morales de tres ó cuatro amigos.

Ya apretados en ordenado manojo los episodios y personajes del libro, pongo manos á la obra, dedicando á la nueva empresa un esfuerzo diario de

cinco ó seis horas. Puesto en movimiento, nada me detiene: ni placeres, ni cansancio, ni viajes, ni los trabajos menores de cuentos ó crónicas á que las perentorias necesidades de la vida me obligan. El asunto y las raras bellezas que presumo hallar en mi última creación, me invaden y fascinan de modo que no puedo sosegar: en cuanto leo sorprendo referencias ó analogías con mi fábula, lo que abasta copiosamente de frases, episodios y discreteos el cuaderno de mis observaciones, y hablo de ello con todos mis amigos ó conocidos, sean escritores, empleados modestos ó analfabetos, pues el anhelo de emocionarles y merecer su beneplácito y admiración me permite corregir mi proyecto, añadiéndole pormenores agudos y de indiscutible realce, mérito y delicadeza: es una excitación involuntaria que me acosa durante el día y vigila por las noches emboscada tras los burladeros ó trampantojos de las pesadillas, y sólo me permite descansar cuando llego á poner entre renglones todo mi plan.

El trabajo del artista, como el placer voluptuoso, deleita y mata. Yo, escribiendo, disfruto y padezco horriblemente; unas veces, porque no atino á redondear un pensamiento concisa y gallardamente; otras, porque la forma ó ropaje no guarda, por exceso ó defecto de colorido, ritmo ó sonoridad, armonía con la idea ó concepto informadores: esto dificulta mis funciones respiratorias, el estómago y el corazón me duelen, y á no ser por la esgrima y los baños de agua fría, probablemente la emoción de un trabajo que va dilatándose de año en año, hubiese ya destruído mi salud.

Cuando se me ocurre un pensamiento aprovechable y luego, por obra ó efecto de un incidente cualquiera, lo olvido, sufro bastante más que si hubiese

perdido un billete del Banco, y comienzo á realizar extrañas operaciones de mecánica cerebral para evocar la idea perdida. La recomposición del momento ó paraje donde yo estaba al concebirla, ayuda á mi memoria. Así, verbigracia, digo:

—Esto se me ocurrió en el comedor.

Vuelvo allí y reconstruyo la escena: ocupo mi silla: el plato delante, la botella del vino á la izquierda... procurando de este modo colocar mi espíritu en situación semejante á aquella porque momentos antes cruzaba. A veces, á despecho de tantos cuidados, la idea fugitiva no vuelve; pero otras, y esto es lo frecuente, transcurridos algunos segundos de cruel y tenaz evocación, el concepto resurje triunfador, bañando mi ánimo en júbilo vivísimo.

La corrección de pruebas también me atormenta horriblemente: la preocupación de que los párrafos que voy leyendo en galeradas, serán muy pronto, no bien empiezan á pasar bajo el cilindro de las máquinas, irrevocables y definitivos, me obliga á examinarlos minuciosamente; todo me parece mediano, en todas partes creo hallar asonancias, solecismos ó repeticiones; estas torturas íntimas, casi inconfesables por lo ridículas que suelen parecer á los indiferentes, me recuerdan las de Flaubert, levantándose á media noche para corregir una errata...

Todos estos cuidados son necesarios: los escritores, si no pueden dejar que sus obras cumplan el prudente precepto de Horacio, deben hacer con ellas lo que las madres con sus hijos; que luego de darles á luz, les amamantan, limpian y educan, siendo tales cuidados y agasajos como ratificación ó confirmación del parto. Otro tanto hago yo; por esto las segundas ediciones de mis libros van siempre notablemente corregidas.

CAÍN Y ABEL

¡Y pensar que el fratricidio de Caín es la historia, eternamente repetida, de todos los hombres y de todos los pueblos!...

Don Gaspar Núñez de Arce, exclama en un arrebato de exaltación poética:

¡Oh, humanidad tan pronta al sacrificio!
Podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buena.

Creo, sinceramente, que el ilustre autor de *La pesca* se equivocaba. La humanidad es mala; en una inmensa y desconsoladora mayoría de casos, si se resuelve á practicar el bien es por presunción ó necia y punible vanidad, ó por no tener arrestos, medios ú ocasión de dar vado á sus malos instintos. Desgraciadamente el bien no suele realizarse por noble y purísima filantropía; la bondad es la máscara simpática de la timidez y del apocamiento, el salvo conducto ó pasaporte que los menguados, los rencos de espíritu, los indefensos, tienen para cruzar por el mundo sin peligros.

—Fulano es bueno—dicen los hombres de acción, las almas de presa:—Fulano es bueno; ó, lo que es igual; inofensivo. ¡Pobre, dejadle pasar!...

Le perdonan por eso, por manso; porque en su misma ingénita benevolencia y dulzura lleva la in-

capacidad de reñir con nadie, de arrebatar á nadie lo suyo... no porque los buenos formen legión respetable y temida.

La Biblia, el libro de los libros, lo enseña; los buenos, los dulces de corazón, están en desgracia: Caín mató á Abel...

Y Jehová dijo:

«...Cualquiera que matara á Caín, siete veces será castigado. Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no le hiriera quien le hallase.

...»Y conoció Caín á su mujer, la cual concibió y parió á Henoch... Y de Henoch nació Irad, é Irad engendró á Mehujael, y Mehujael engendró á Methusael y Methusael engendró á Lamech.

»Y tomó para sí Lamech dos mujeres; el nombre de la una fué Ada, y el nombre de la otra Zilla. Y Ada parió á Jabal...»

¡Oh, lector!... Cree que, desdichadamente para todos, la raza sanguinaria de Caín vencedor, no acabará nunca.

Julio Burell, en un excelente artículo titulado *La sugestión trágica*, afirma que en esos repugnantes crímenes del bajo populacho que vemos pasar como cintas rojas por las columnas de la prensa, «no hay ningún sentimiento extraño ni superior á la ruín y primitiva codicia del hombre lacustre ó del hombre de las cavernas.»

Así es; las malas pasiones no mejoran; la humanidad siempre fué y será la misma. La vida es lucha y todo combate supone un triunfador y un vencido, un esfuerzo arrollando y destruyendo otro esfuerzo menor. Unicamente las formas ó apariencias de este combate varían: antes se peleaba esgrimiendo el hacha de sílice en medio de los bosques; ogaño se batalla con la pluma desde la

redacción, ó con la palabra desde los abrigados escaños del Congreso; pero el combate, en su esencia, continúa inmutable; hoy, como ayer, los lidiadores se odian, se asesinan por todos los medios; la traición, la hipocresía, la calumnia, el vacío... y se aborrecen porque ese aborrecimiento es el jugo que mantiene la vida: hoy, como siempre, el hermano sucumbe á manos del hermano, y el mismo temible prestigio del Caín vencedor, le defiende y escuda; todo se encorva ante él; es un hombre que mata; todos le temen... Su misma fortaleza, su valor, son las señales que Jehová puso en él, «para que no le hiriera quien le hallase...»

De esto debían preocuparse los padres que, por egoísmo y particular conveniencia, sólo quieren remansar la condición de sus hijos, trocándoles de independientes y tenaces, en sumisos y mansos, sin advertir que la docilidad y la mansedumbre sirven en los duros combates de la vida de muy poco. La humanidad es mala: en la pelea sus malos instintos se aguzan y exacerban, y la bondad, el altruismo, el desinterés, son como flores raras que hacen volver la cabeza á los indiferentes con desconfianza. Los espíritus cercados, aguijoneados por todas partes, huyen y se guardan de todo.

—Zutano—dicen—me ha hecho un favor. ¿Qué querrá de mí?

Una noche de invierno pasaba yo por la calle de los Reyes: el frío y la lluvia apretaban; los transeuntes iban á buen paso: era hora de cenar: la hora negra de los miserables que tienen hambre y no saben dónde dormir. Ante el escaparate de una pastelería vi un niño de ocho á diez años, cuyos ojos, de par en par abiertos por el hambre, parecían enajenados en la visión de un banquete fantástico:

bajo la luz incierta de los faroles apreció su semblante lívido, su nariz afilada, sus labios entreabiertos y blancos; tenía las manos en los bolsillos del pantalón; su cuerpo blandengue tiritaba, sus pobres pies descalzos se hundían en el barro negro de que las aceras estaban cubiertas...

En la puerta de la tienda había una mujer cuarentona, gruesa y alta, la dueña del establecimiento, que miraba al niño impasible, hallando muy natural, muy lógico, que aquel hijo del arroyo tuviese frío y hambre. Bastóme una ojeada para abarcar la escena y comprender su horrible filosofía: los ahitos jamás se acuerdan de los que ayunan... y el chiquillo seguía tiritando sobre sus pies desnudos, mirando codiciosamente las agujas de ternera, las mayonesas, de sabroso gusto, los pasteles de crema y de chocolate; y más allá, colocadas en ringlera y cerrando el fondo del escaparate, las botellas de manzanilla, excitando la sed con el líquido glauco de que sus panzas transparentes estaban llenas...

Repentinamente tuve piedad del niño, viéndole solo, tiritando ante la inmensidad de la noche fría y negra, y me acerqué á él.

—¿Tienes hambre?—pregunté.

Levantó la cabeza sorprendido, cual si mi voz bajase del cielo; de aquel cielo que su inocencia encontró siempre sordo.

—Sí, señor—repuso,—tengo hambre.

—¿Comerías pasteles?

—¿Por qué no?

—Pues, anda; entra en la tienda y cómete dos. Yo entro contigo...

Miróme de hito en hito, y una expresión rabelesca y cínica de hombre desengañado, cruzó su rostro, aviejándole.

—¿Sí, eh?...—dijo;—¡vaya con el caballero... y qué cosas se le ocurren!... Venir á burlarse de un pobre...

—¡Pero si no me burlo!—grité.

—Podría usted—añadió—divertirse con su señora madre...

Se fué indignado, pesaroso de ser tan niño y no poder meterme los puños por las narices.

La dueña del establecimiento me preguntó:

—¿Ese niño, es algo de usted?

—No, señora.

Referí lo que acababa de suceder: la mujer me escuchó gravemente, sin que su semblante abrutado y rojo traicionase la menor emoción: después se encogió de hombros.

—¡Si que es usted raro—exclamó—convidando á quien no conoce!

—¿Raro?...

—Naturalmente.

—¡Lo raro—repuse colérico—es que usted y yo... y todos los que llevamos veinticinco céntimos en la faldriquera, no seamos capaces de gastar un real en remediar el frío y el hambre del que no ha comido!...

La mujer no respondió; no me comprendía; sin duda continuaba hallando raro cuanto yo iba diciendo. Ella, desde la altura de sus cuarenta años, como el niño, en su inocencia, juzgaron extraña mi proposición y desconfiaron de mí: la mujer encontraba inverosímil que yo me apiadase del prójimo desconocido, del hermano que lleva otro nombre; y en el niño algo no aprendido, puramente instintivo, le decía que mi invitación era una burleta hecha á su miseria. Y es que somos malos, que no comprendemos cómo pueda practicarse el bien por el bien...

Mas, ¿qué remedio?... Si la vida es lucha, la lucha también es progreso y selección: en este combate las especies, como probó Darwin, se perfeccionan, las voluntades se robustecen, lo débiles de cuerpo ó de espíritu sucumben: la debilidad es un nuncio de muerte; la fuerza, cimiento y motivo de vida. ¡Pasó á la vida!...

Recuerdo á una mendiga que llevaba una niña en brazos: la pobre criaturita, inconscientemente, se había dormido con la mano extendida, implorando la caridad: ésta es la herencia del vencido: alargar la mano, humillar la frente, pedir «por Dios» lo suyo... Pero los que nacimos sanos debemos ganar virilmente y por el propio esfuerzo, lo nuestro, lo que por el mero hecho de haber nacido nos corresponde y la ambición fratricida de los demás quiere quitarnos: el derecho á vivir...

En este sempiterno vaivén social, de tal modo se contrabalancean las fuerzas y se aprovechan hasta los menores y más desvaídos impulsos, que cada paladín concluye por ocupar en la pelea el puesto á que sus méritos le hacen acreedor, sin que nada pueda justificar el inmerecido encumbramiento de los unos, ni la ruína y olvido de los más. Estos luchan con su dinero, aquellos con su inteligencia, los otros con su afabilidad y su don de gentes... y en esta concurrencia de medios, el más enérgico avasalla y se impone. Por eso el crepúsculo de los caídos es tan triste: á nadie pueden hacer responsable de su desastre; todos les empujaron; todos y ninguno: el germen fatal de la derrota lo llevaban en sí mismos.

Un individuo, conocido mío, me dijo que pensaba suicidarse: tenía veintidós años. Mi primer impulso fué el impulso vulgar del consejo, de la piedad ton-

ta que se traduce en frases. De pronto recordé que mis palabras serían inútiles, cuando no perjudiciales, ya que sólo iban enderezadas á prolongar un martirio.

—Si está usted resuelto—exclamé,—si realmente halla usted todas las puertas cerradas y no se reconoce con ánimos para abrirlas, mátese usted.

Pasaron algunos días; el individuo, efectivamente, se suicidó; sin duda no servía para otra cosa. ¿Y lo he sentido? No. ¿Por qué?... De no matarse, cualquier hermano le hubiera matado; el brazo de Caín, Dios quiso que palpite levantado eternamente sobre la cabeza de los débiles.

La vida es lucha y el triunfo ó el desastre van con nosotros; el hombro amigo sobre que podamos apoyarnos para no caer, no se ha engendrado aún; Cristo pagó en la cruz la sublime locura de haber creído que todos éramos hermanos.

—«¿Cómo llegaré más pronto á la montaña?
—Sube siempre y no pienses en ello...»
Ha dicho Nietzche.

Madrid.—Octubre, 1903.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Treinta años	5
Humo	12
Lo Pasado (drama en un acto y en prosa)	43
Vico	81
Luisa	87
El socialismo en el teatro	107
La canción de los gusanos	121
"El Libre Examen"	131
Neurosis	147
La risa triste	157
Nochebuena	163
"Vida Galante"	171
Íntima	183
"El Seductor" (historia de mis libros)	189
La última conquista de Manuel Paso	195
Post mortem	203
Cómo trabajo	209
Caín y Abel	215

Novelas de EDUARDO ZAMACOIS

publicadas por esta Casa Editorial

La Enferma.—2.ª edición.

Punto-Negro.—5.ª edición.

Tik-Nay. (*El payaso inimitable.*)

Incesto.—2.ª edición.

Loca de Amor.—2.ª edición.

El Seductor.—3.ª edición.

Duelo á Muerte.

Memorias de una Cortesana.

De mi Vida. (*Recuerdos, ensayos dramáticos, críticas, etc.*)

La Quimera. (*Novela corta.*)—2.ª edición.

De Carne y Hueso. (*Cuentos.*)—3.ª edición.

Horas crueles. (*Cuentos.*)—2.ª edición.